

Enid Blyton

Juventud

J. C.

Con la llegada del verano Los Cinco se reúnen en Villa Kirrin para pasar juntos tres magníficas semanas de vacaciones. Sin embargo, una visita imprevista enturbia sus planes veraniegos: Berta, la hija de un importante científico americano amigo de tío Quintín, se ve obligada a refugiarse en Villa Kirrin ante la posibilidad de ser secuestrada por unos hombres que, como rescate, pretenderían obtener información sobre el trascendental descubrimiento de su padre. Pero, a pesar de la precaución de los chicos, los secuestradores logran llevar a cabo su siniestro plan… que habría sido perfecto si no se hubieran equivocado de víctima.



Enid Blyton

Los Cinco se divierten

Los Cinco - 14

ePub r1.1
liete 05.06.14

Título original: *Five have plenty of fun*
Enid Blyton, 1955
Traducción: Isabel Ulsamer
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO SE DIVIERTEN

Capítulo I

EN «VILLA KIRRIN»

—¡Me siento como si ya lleváramos un mes en Kirrin! —anunció Ana, tendiéndose en la húmeda arena y escarbándola con los pies—. ¡Y pensar que acabamos de llegar!

—Sí, es curioso ver lo rápidamente que nos acostumbramos a Kirrin —repuso Dick—. Llegamos justo ayer y, como tú dices, Ana, parece como si hubiéramos permanecido aquí años y años. Adoro Kirrin.

—Espero que este buen tiempo durará hasta el final de las tres semanas de vacaciones —murmuró Julián, rodando sobre la arena para apartarse de *Tim*, que le estaba pateando para jugar con él—. ¡Vete, *Tim*! Tienes demasiadas energías. Nos hemos bañado, hemos corrido y jugado a la pelota. Ya es suficiente por ahora. ¡Vete a jugar con los cangrejos!

—¡Guau! —ladró *Tim*, disgustado. De pronto, enderezó las orejas al oír un tintineo procedente del camino. Volvió a ladrar.

—Ya me imaginaba que el viejo *Tim* oiría al vendedor de helados. ¿Alguien quiere uno? —preguntó Dick.

Todos se mostraron de acuerdo; así que Ana recogió el dinero y se fue a comprar helados, con *Tim* pegado a sus talones. Volvió con cinco helados. *Tim* no dejó de saltar alrededor de ella durante todo el camino.

—No puedo imaginar nada más agradable que tumbarme en la arena caliente, con el sol acariciándome todo el cuerpo, comiendo un helado y sabiendo que tenemos tres hermosas semanas de vacaciones en Kirrin —dijo Dick.

—Sí, es estupendo —convino Ana—. Es una lástima que tu padre

tenga hoy visitas, *Jorge*. ¿Quiénes son? ¿Tendremos que vestirnos por ellos?

—No lo creo —respondió *Jorge*—. *Tim*, te has comido tu helado de un bocado. ¡Qué terrible derroche!

—¿Cuándo vendrá esa gente? —quiso saber Dick.

—Sobre las doce y media —contestó Jorge—. Vienen a comer, pero, gracias a Dios, papá le dijo a mamá que no quería un montón de niños engullendo alrededor de él y sus amigos durante la comida. Así que mamá dijo que podríamos entrar a las doce y media, saludar y marcharnos otra vez con la bolsa de la comida.

—Debo decir que tu padre tiene buenas ideas a veces —afirmó Dick—. Supongo que serán científicos amigos suyos, ¿no?

—Sí, papá está trabajando con esos dos señores en algún gran proyecto —asintió *Jorge*—. Uno de ellos es un genio. Me parece que ha encontrado una idea demasiado maravillosa para describirla con palabras.

—¿Qué clase de nueva idea es? —inquirió Julián perezosamente, extendiendo las puntas de los dedos para que *Tim* lamiera los restos del helado—. ¿Alguna nave espacial para llevarnos a la Luna, o una nueva bomba para destruir, o…?

—No. Creo que es algo que nos dará calor, luz y fuerza por casi nada —le interrumpió *Jorge*—. Oí decir a papá que es la mejor y más simple idea que se le haya ocurrido a nadie, y está tremendamente excitado a causa de ella. La llama «un don para la humanidad» y dijo que estaba orgulloso de tener algo que ver en ella.

—El tío Quintín es muy inteligente, ¿no creéis? —dijo Ana.

El padre de *Jorge* era el tío de Julián, Dick y Ana, y ellos eran primos de *Jorge*, nombre que le daban a su prima Jorgina. Una vez más, habían ido todos a Kirrin a pasar parte de sus vacaciones, las últimas tres semanas.

El padre de *Jorge* era verdaderamente inteligente. Incluso la propia *Jorge* deseaba a veces que fuera un padre más «normal», un padre que jugase al cricquet con los niños o al tenis y no se asustase por los gritos y risotadas y contase chistes incluso. En cambio, él siempre armaba un alboroto cuando su esposa insistía en que *Jorge* debía invitar a sus primos.

—¡Ruido, escándalo, aullidos! —protestaba—. ¡Me encerraré en mi estudio y permaneceré allí!

—Muy bien, querido —asentía su esposa—. Hazlo así si lo prefieres. Pero sabes perfectamente que se pasarán todo el día fuera. *Jorge* «debe» relacionarse con otros niños, y sus tres primos son los más agradables que conozco. A *Jorge* le entusiasma tenerlos aquí.

Los cuatro niños tenían mucho cuidado de no molestar al padre de *Jorge*. Tenía muy mal genio y gritaba a pleno pulmón cuando estaba enfadado. Sin embargo, como decía Julián, sólo se le podía comprender recordando que era un sabio. Los sabios no son personas corrientes.

—Especialmente los sabios científicos, que pueden hacer volar el mundo en un arranque de temperamento —declaró Julián solemnemente.

—Bueno, sólo confío en que no me haga estallar a mí si hago ruido con una puerta o si oye ladrar a *Tim* —objetó *Jorge*.

—Basta con apretar un botón —dijo Dick—. Un poco de práctica y estallaremos…

—No seas burro —dijo *Jorge*—. ¿Alguno quiere volver a bañarse?

—No. Sin embargo, no me importará ir a tenderme al borde del agua, dejando que las olas rompan justo encima de mí —anunció Dick—. Estoy completamente asado aquí.

—Suena encantador —convino Ana—. Pero piensa en lo caliente que estás y en lo fría que estará el agua…

—¡Vamos! —apremió Dick, levantándose—. Pronto sacaré la lengua y jadearé como *Tim*.

Todos fueron a la orilla y se tendieron allí donde las pequeñas olas se rizaban. Ana dejó escapar un pequeño grito.

—¡Está helada! Ya sabía yo que lo estaría. No puedo tumbarme aún. Sólo puedo quedarme sentada.

De todas maneras, pronto estuvieron los cuatro completamente tumbados en el agua poco profunda de la orilla, deslizándose arriba y abajo en la playa, según el oleaje adelantaba o retrocedía en ella. Era agradable sentir la fría caricia del mar en el cuerpo.

De repente, *Tim* ladró. No estaba en el agua con ellos, sino que

permanecía en la orilla. Pensaba que tenderse en el agua era completamente innecesario. *Jorge* levantó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Nadie te ataca.

Pero Dick había oído algo también. Se sentó apresuradamente.

—¡Caramba! Creo que hay alguien tocando la campana. Parece la de «Villa Kirrin».

—¡Pero no puede ser ya la hora de comer! —exclamó Ana, espantada.

—Debe de serlo —dijo Julián, levantándose de un salto—. ¡Sopla! Esto me pasa por dejarme el reloj en el bolsillo de la chaqueta. Tenía que haber recordado que el tiempo en Kirrin pasa más de prisa que en cualquier otra parte. —Corrió por la playa hacia su chaqueta y cogió el reloj de pulsera—. ¡Es la una! —gritó —. En punto y un minuto, vamos a llegar terriblemente tarde.

—¡Caramba! —exclamó *Jorge*—. Mamá no se sentirá muy satisfecha de nosotros. Esos dos científicos ya deben de estar allí.

Recogieron sus chaquetas y toallas de playa. Por fortuna, no se hallaban muy lejos de la finca y, corriendo, llegaron pronto a la verja del jardín. Había un enorme coche allí fuera, uno de los más recientes modelos americanos. ¡Pero no tenían tiempo para examinarlo!

Se deslizaron silenciosamente hasta la puerta. La madre de *Jorge* los esperaba, mirándolos bastante malhumorada.

—Lo siento, tía Fanny —se disculpó Julián—. Por favor, perdónanos. Es únicamente culpa mía. Soy el único que tiene reloj…

—¿Volvimos demasiado tarde? —preguntó Ana—. ¿Habéis empezado ya a comer? ¿Quieres que cojamos las bolsas de comida y nos marchemos sin interrumpiros?

—No —respondió su tía—. Afortunadamente, vuestro tío está todavía en su despacho con sus amigos. He tocado el gong una vez, pero no creo que lo hayan oído. Llamé con la campana porque pensé que en cualquier momento pueden salir y vuestro tío se enfadaría mucho si no estuvierais aquí para saludar.

—¡Pero si los amigos de papá, normalmente, no quieren vernos! —exclamó *Jorge*, sorprendida.

—Bueno, uno de ellos tiene una niña un poco más pequeña que

tú, *Jorge*. Más pequeña que Ana también, según creo —explicó su madre—, y ha pedido especialmente veros a todos porque su hija va a ir a vuestra escuela el próximo curso.

—Será mejor que subamos a arreglarnos un poco —sugirió Julián. Pero en aquel momento se abrió la puerta del despacho y salió el tío Quintín, acompañado por dos hombres.

—¡Caramba! ¿Son éstos sus niños? —exclamó uno de los hombres.

—Acaban de llegar de la playa —dijo tía Fanny, excusándose—. Me temo que no están del todo presentables. Yo…

—¡Diablos! —dijo el hombre—. No se excuse por chicos como éstos. ¡No vi un grupo mejor en mi vida! ¡Son maravillosos!

Hablaba con acento americano y su cara se mostraba radiante. Los niños se sonrojaron. Él se volvió al padre de *Jorge*.

—¿Todos son suyos? —preguntó—. Apuesto a que se siente orgulloso de ellos. ¡Qué tostados están! Parecen pieles rojas. Mi, mi… quisiera que mi Berta se les pareciera.

—No son todos míos —se apresuró a aclarar tío Quintín, que parecía un poco asustado ante esta idea—. Sólo ésta es mía —y apoyó su mano sobre la espalda de *Jorge*—. Los chicos y Ana son sobrinos.

—Bueno, pues debo decir que tiene un estupendo muchacho —dijo el americano, pasando su mano por los cortos rizos de *Jorge*. Y aunque *Jorge* generalmente odiaba a la gente que hacía esto, la equivocación de tomarla por un chico la hizo mostrarse feliz.

—Mi niña irá a tu colegio —continuó el americano dirigiéndose a Ana—. Ayúdala un poco; ¿lo harás? Se sentirá un poco desorientada al principio.

—Desde luego que lo haré —asintió Ana, imitando un poco la fuerte y ruidosa voz del americano.

No parecía un científico. El otro hombre sí lo parecía, pensó. Tenía los hombros caídos, llevaba lentes que le daban un aspecto de lechuza y, como tío Quintín hacía muy a menudo, miraba al infinito y aparentaba no oír ni una sola palabra de lo que se estaba diciendo.

Tío Quintín pensó que esta charla había durado demasiado. Hizo salir a los niños.

—Vengan y comeremos —dijo a los hombres.

El segundo hombre le siguió en seguida, pero el gordo americano se quedó allí. Metió las manos en el bolsillo, sacó un billete de una libra y se lo tendió a Ana.

—Gastadlo en lo que queráis —dijo—. Serás amable con mi Berta, ¿verdad?

Desapareció hacia el comedor y cerró la puerta de golpe.

—¡Diablos! ¿Qué dirá mi padre de un portazo como éste? —exclamó *Jorge* con una súbita risa—. Me gustó; ¿y a vosotros? Aquel coche que vimos afuera debe de ser el suyo. No puedo imaginar al otro hombre en una bicicleta y todavía menos en un coche.

—Niños, tomad vuestra comida y marchaos —intervino tía Fanny con urgencia—. Tengo que ir corriendo a ver si todo está bien.

Puso una gran bolsa en los brazos de Julián y se marchó corriendo. Julián lanzó una exclamación al comprobar el peso de la bolsa.

—¡Vamos! —ordenó—. Parece muy bueno. ¡Todos hacia la playa!

Capítulo II

UN VISITANTE EN LA NOCHE

En dos minutos, los Cinco se encontraron en la playa y Julián abrió la bolsa de comida. Estaba llena de paquetitos de bocadillos y de galletas con chocolate, una bolsita llena de ricas pasas y dos botellas de limonada.

—¡Preparada en casa! —exclamó Dick sacándolas de la bolsa—. ¡Y helada! ¿Qué es esto? Un pastel de fruta. ¡Un pastel de fruta entero! Estamos de suerte.

—¡Guau! —aprobó *Tim*, y olisqueó dentro de la bolsa.

En un envoltorio de papel oscuro aparecieron algunas galletas y un hueso, junto con un pedacito de pasta. *Jorge* lo desempaquetó.

—Traje esto para ti, *Tim* —anunció—. Da las gracias.

Tim se dedicó a lamerla con tanta efusión que ella tuvo que pedir socorro.

—¡Pásame una toalla, Julián! —gritó—. *Tim* me ha mojado toda la cara. ¡Vete ahora, *Tim*, ya me lo has agradecido bastante! ¡Márchate he dicho! ¿Cómo quieres que ponga pasta en tus galletas si tienes la nariz dentro del paquete todo el tiempo?

—Estás estropeando completamente a *Tim* —observó Ana—. Bueno, no necesitas enfadarte conmigo, *Jorge*. Estoy de acuerdo en que se merece que lo mimes. ¡Llévate tu hueso un «poco» más lejos de mí, *Tim*! ¡Huele mal!

Pronto estuvieron comiendo bocadillos de sardina con tomate y emparedados de huevo y lechuga. Luego atacaron el pastel de fruta y la limonada.

—No puedo comprender por qué la gente siempre come en la mesa pudiendo comer fuera —dijo Dick—. Pensad en los tíos y esos

dos hombres, delante de una comida caliente, allí dentro, en un día como éste. ¡Uf!

—Me ha gustado ese gran americano —comentó *Jorge*.

—¡Ajá! Todos sabemos por qué —repuso Dick con malicia—. Porque pensó que eras un chico. ¿Piensas mantener toda tu vida esta farsa, *Jorge*?

—¡Eh! ¡*Tim* está intentando llevarse el pastel! —exclamó Ana—. ¡Rápido, *Jorge*, deténlo!

Después de la comida se tumbaron boca abajo sobre la arena y Julián empezó a contar una larga historia sobre alguna de las tretas que él y Dick habían gastado a su profesor. Le molestó que nadie se riera en la parte cómica y se sentó para averiguar el porqué.

—¡Se han dormido! —murmuró disgustado. De pronto levantó la cabeza al mismo tiempo que *Tim* erguía las orejas. Un fuerte estrépito llegaba hasta él.

—Es sólo el americano poniendo en marcha su coche, ¿no crees, *Tim*? —dijo Julián. Se levantó y vio el gran coche deslizándose por la carretera de la costa.

El día era demasiado cálido para hacer otra cosa que gandulear. Los Cinco se sentían completamente felices por ser aquél el primer día en que se hallaban reunidos de nuevo. Pronto estarían planeando toda clase de cosas, pero el primer día en Kirrin era un día apropiado para olvidarse de todo, incluso del molesto *Tim*, y sólo descubrir las cosas otra vez, como decía Dick.

Dick y Julián habían estado fuera durante cuatro semanas. Ana había pasado un tiempo en el campo y, más tarde, había recibido a una compañera de escuela en su casa. Mientras tanto, *Jorge* había permanecido sola en Kirrin. Así que resultaba estupendo estar los Cinco juntos una vez más para pasar tres completas semanas de verano. ¡Y en Kirrin, en Kirrin junto al mar, con su encantadora playa, su pequeño bote y la excitante islita en medio de la bahía de Kirrin!

Como siempre, los primeros días pasaron como en un sueño. Después, los niños empezaron a pensar con excitación en las cosas que podrían hacer.

—Volvamos a la isla de Kirrin —dijo Dick—. No hemos ido allí desde hace años.

—Vayamos a pescar en la cueva Lobster —propuso a su vez Julián.

—No. Vayamos a explorar alguna caverna en las rocas —rechazó *Jorge*—. Lo intenté estos días atrás, pero no es divertido yendo sola.

El tercer día, mientras estaban haciendo sus camas, sonó el teléfono.

—¡Ya voy! —chilló Julián a su tía, y se puso al aparato. Una voz habló desde el otro lado del hilo:

—¿Quién es? ¡Ah! Eres Julián, el sobrino de Quintín, ¿no? Escucha, dile a tu tío que voy a llegar esta noche… Sí, esta noche. Tarde, díselo. Dile que me espere. Es muy importante.

—¿No quiere decírselo personalmente? —preguntó Julián, sorprendido—. Iré a buscarlo, si usted…

Pero ya habían colgado. Julián estaba intrigado. El hombre no había dado su nombre. Sin embargo, Julián había reconocido su voz. ¡Era el gordo y alegre americano que había venido a ver a su tío dos días antes! ¿Qué había pasado? ¿Por qué tanto misterio?

Fue a buscar a su tío, pero no estaba en su despacho. Así que buscó a su tía en su lugar.

—Tía Fanny —llamó—. Creo que era el gran americano quien llamaba, el que vino a comer el otro día. Ha dicho que le diga a tío Quintín que va a venir esta noche, bastante tarde ha dicho, y que tío Quintín le espere porque es importante.

—¡Dios mío! —exclamó su tía, preocupada—. ¿Va a venir a pasar la noche aquí? No tenemos ninguna habitación libre desde que estáis vosotros aquí…

—No lo ha dicho, tía Fanny —respondió Julián—. Siento terriblemente no poder darte detalles, pero justo en el momento en que yo estaba diciéndole que iría a buscar a tío Quintín, él ha colgado y me ha dejado con la palabra en la boca.

—¡Qué raro! —comentó su tía—. ¡Y qué molesto! ¿Dónde lo alojo si quiere quedarse? Supongo que llegará estrepitosamente a medianoche con su enorme coche. Sólo espero que no haya ningún problema con el último invento que tu tío está haciendo. Sé que es enormemente importante.

—Quizás el tío sepa el número de teléfono del americano y pueda llamar para saber algo más —aventuró Julián, deseoso de

ayudarla—. ¿Dónde está el tío?

—Ha ido a Correos, me parece —contestó su tía—. Se lo diré cuando vuelva.

Julián explicó a los demás la misteriosa llamada telefónica. Dick se mostró encantado.

—No tuve tiempo de examinar a gusto ese enorme coche el otro día —exclamó—. Creo que permaneceré despierto esta noche hasta que venga el americano y entonces le echaré una ojeada. ¡Apuesto a que es más potente que ninguno de los coches que he visto hasta ahora!

El tío Quintín pareció tan sorprendido como cualquiera con la llamada telefónica y se sintió inclinado a reprender a Julián por no haber averiguado más detalles.

—¿Qué querrá ahora? —preguntó, como si Julián tuviera obligación de saberlo—. Lo concreté todo con él el otro día. ¡Todo! Cada uno de los tres tiene que hacer su parte. La mía es la menos importante y sucede que la suya es la más importante. Se llevó todos los papeles y no puede haber dejado ninguno atrás. ¡Venir así en medio de la noche! ¡Qué extraordinario!

Ninguno de los chicos, excepto Dick, deseaba permanecer despierto para presenciar la llegada del americano. Dick encendió la luz de encima de la cama y cogió un libro. ¡Sabía que se dormiría y que no se despertaría con ningún ruido si no hacía algo para mantenerse despierto!

Mientras leía, se mantenía a la escucha por si oía acercarse algún coche. Sonaron las once y después las doce. Llegaron hasta él las doce campanadas que provenían del gran reloj del abuelo que estaba en el vestíbulo. ¡Diablos! ¡El tío Quintín no debía de estar nada satisfecho de recibir un visitante tan tarde!

Bostezó y volvió la página. Leyó un poco más. Las doce y media. La una. De pronto, creyó haber oído un ruido en la planta baja y abrió su puerta. Sí, era el tío Quintín, que estaba en su despacho. Dick podía percibir su voz.

«¡Pobre tía Fanny, tiene que estar levantada también! —pensó—. Puedo oír sus voces. ¡Sopla! Pronto me dormiré sobre mi libro. Bajaré y saldré al jardín a tomar un poco el aire. De este modo me desvelaré».

Se puso su bata y descendió cautelosamente la escalera. Descorrió el pestillo de la puerta del jardín y se deslizó al exterior. Se quedó quieto un momento, escuchando, extrañado de no oír el estrepitoso coche americano en la silenciosa noche.

Pero todo lo que oyó fue el roce de unos neumáticos de bicicleta en la cercana carretera. ¡Una bicicleta! ¿Quién la montaría a estas horas de la noche? ¿Quizás el policía del pueblo?

Dick permaneció en la sombra, observando. Apenas se había ocultado cuando una gran sombra oscura se perfiló en la estrellada noche. Ante la enorme sorpresa del muchacho, oyó el ruido de un hombre al desmontar y, a continuación, el agitarse de las hojas del seto al ser rozadas por la bicicleta.

Entonces alguien avanzó sigilosamente por el camino y rodeó la casa en dirección a la ventana del estudio. Era la única habitación iluminada en toda la casa. Dick oyó golpear en la ventana y ésta se abrió cautelosamente. Apareció la cabeza de su tío.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja—. ¿Es usted, Elbur?

En efecto, parecía serlo. Dick descubrió que se trataba del grueso americano que les había visitado dos días antes.

—Iré a abrir la puerta —dijo su tío. ¡Pero ya Elbur había pasado una pierna sobre el alféizar de la ventana!

Dick volvió a la cama intrigado. ¡Qué raro! ¿Por qué venía el americano tan misteriosamente en la noche? ¿Por qué venía en bicicleta en lugar de utilizar su coche? Se durmió muy preocupado.

No supo si el americano se había ido o si su tía le habría preparado una cama en un sofá de la planta baja. En realidad, al despertarse al día siguiente, se preguntó si todo habría sido un sueño.

Cuando bajó a desayunarse, le preguntó a su tía:

—¿Vino anoche el hombre que telefoneó?

Su tía asintió con la cabeza.

—Sí. Pero, por favor, no digas nada de ello. No quiero que se entere nadie. Se acaba de marchar.

—¿Era muy importante? —continuó Dick—. Julián parecía pensar que lo era cuando contestó al teléfono.

—Sí, era muy importante —respondió tía Fanny—. Pero no como tú piensas. No me preguntes nada por ahora, Dick. Y apartaos

del camino de vuestro tío. Está de bastante mal humor esta mañana.

«Algo debe de andar mal en el experimento en que está trabajando», pensó Dick, y se fue a advertir a los demás.

—Se le nota bastante excitado —explicó Julián—. Me pregunto qué pasará.

Procuraron no cruzarse en el camino de tío Quintín. Le oyeron regañar fuertemente a su mujer por una tontería cualquiera y cerrar de golpe las puertas, como hacía siempre que estaba de mal humor. Después comenzó su trabajo matinal.

Ana llegó corriendo junto a los otros con cara de sorpresa.

—¡*Jorge*! Acabo de entrar en nuestra habitación. ¿Y qué crees que he visto? Tía Fanny ha puesto una cama plegable en el rincón. ¡Una cama con sábanas y todo! Parece un poco raro habiendo ya dos camas en la habitación, la tuya y la mía.

—¡Sopla! Alguien más va a venir a pasar unos días. Una chica… —apuntó Dick—. O una mujer. ¡Ajá! ¡Espero que sea una institutriz para cuidar de que vosotras, Ana y *Jorge*, os portéis como pequeñas damitas!

—Voy a preguntarle a mi madre qué significa todo esto. No quiero tener a nadie más en mi habitación. ¡No quiero! —saltó *Jorge*, sorprendida y malhumorada ante las noticias.

Pero cuando iba a salir para hablar con su madre, se abrió la puerta del despacho y su padre salió al vestíbulo, gritando a su mujer:

—¡Fanny! Diles a los niños que vengan. Los quiero en mi despacho en seguida.

—¡Qué gracioso! Parece enfadado. ¿Qué le habremos hecho? —dijo Ana, nerviosa.

Capítulo III

NOTICIAS DESAGRADABLES

Los cuatro niños y *Tim* bajaron en tropel la escalera. La madre de *Jorge* se hallaba en el vestíbulo, a punto de subir a llamarlos.

—¿Estáis aquí? —inquirió—. Supongo que habéis oído que os llaman al despacho. Os acompañaré. Y, escuchad, no arméis más alboroto del necesario. ¡Ya he tenido bastantes líos con Quintín!

¡Esto era muy misterioso! ¿Qué tenía que ver tía Fanny con el problema, cualquiera que fuera éste? Entraron en el despacho los Cinco, *Tim* también, y vieron a tío Quintín de pie junto a la chimenea, con cara de tormenta.

—Quintín, tendría que hablar yo primero con los niños… —intentó decir su esposa, pero él la hizo callar con un ceño exactamente igual al que ponía *Jorge* a veces.

—Tengo algo que deciros —empezó—. ¿Recordáis a mis dos amigos, los científicos que trabajan conmigo en el experimento? ¿Recordáis al grueso americano?

—Sí —contestaron todos.

—Nos dio una libra para gastar —añadió Ana.

Tío Quintín no pareció notar este detalle.

—Bien, él tiene una hija… Veamos, tiene algún nombre estúpido…

—Berta —apuntó su mujer.

—¡No me interrumpas! —exclamó tío Quintín—. Sí, Berta. Bueno. Elbur, su padre, ha sido advertido de que quieren raptarla.

—¿Por qué? —preguntó Julián, asombrado.

—Porque su padre conoce más secretos del nuevo experimento que estamos planeando que nadie en el mundo —repuso su tío—. Y

dice, muy francamente, que si esta niña… ¿cuál es su nombre?

—Berta —dijeron todos complacientes.

—Pues que si Berta es raptada, él tendrá que revelar todos los secretos que sabe para que se la devuelvan —dijo tío Quintín—. ¡Bah! ¿De qué está hecho? ¡Traidor! ¿Cómo puede pensar en revelar secretos?

—Quintín, es su única hija y la adora —intervino tía Fanny—. Yo siento lo mismo por *Jorge*.

—Las mujeres siempre tan tontas y tan tiernas —dijo su marido en un tono de gran disgusto—. Menos mal que tú no conoces ningún secreto. ¡Se lo revelarías hasta al lechero!

Todo era tan ridículo que los niños rieron. Tío Quintín les lanzó una mirada feroz.

—No es asunto de risa. Ha sido un gran golpe para mí haber oído decir a uno de los más grandes científicos del mundo que revelará todos los secretos, sus secretos, al enemigo si esa… esa…

—Berta —dijeron todos a una.

—Si esa Berta es raptada —repitió el tío Quintín—. Así que vino a preguntar si podríamos tener a esa… esa Berta en casa durante tres semanas. Para entonces, el experimento habrá terminado y nuestros secretos estarán a salvo.

Se hizo un silencio. Nadie parecía demasiado satisfecho. En verdad, *Jorge* parecía furiosa. Por fin estalló.

—¿Así que ésa es la causa de que haya otra cama en nuestra habitación? Mamá, ¿tendremos que estar estrechas, sin poder movernos en la habitación, durante tres largas semanas? ¡Es demasiado!

—Por una vez tú y yo estamos de acuerdo, *Jorge* —replicó su padre—. Pero mucho me temo que tendrás que pasar por ello. Elbur está en tal estado desde que fue advertido del rapto, que no se puede razonar con él. Amenazó con romper todos los dibujos y diagramas y quemarlos si no le ayudábamos. Eso significaría el fin del experimento.

—Pero ¿por qué tiene que venir ella aquí? —preguntó *Jorge* con fiereza—. ¿Por qué traerla con nosotros? ¿No tiene parientes o amigos con quienes ir?

—*Jorge*, no seas tan ruda —reconvino su madre—. Parece que

Berta no tiene madre y ha ido siempre a todas partes con su padre. No tienen parientes en el país ni amigos en quienes confiar. No quiere mandarla a América, porque la policía le advirtió que podían seguirla y por ahora él no puede dejar el país para acompañarla.

—Pero ¿por qué escogernos a nosotros? —repitió *Jorge*—. No sabe una palabra de nosotros.

—Bueno —aclaró su madre con una pequeña sonrisa—, os conoció a todos el otro día, lo sabéis, y pareció encantado con vosotros, sobre todo contigo, *Jorge*, aunque no puedo imaginar por qué. Dijo que Berta estaría más segura con vosotros cuatro que con cualquier familia en el mundo.

Hizo una pausa y los contempló a los cuatro con expresión cansada. Julián se le acercó.

—¡No te preocupes! —anunció—. Cuidaremos de Berta. No voy a pretender que me guste mucho una niña extraña con nosotros estas tres últimas semanas, tan preciosas. Pero puedo comprender el punto de vista de su padre. Está asustado por Berta y está asustado porque se vería obligado a tener que echarlo todo a rodar. Sería la única forma de rescatarla.

—¡Quién piensa en tal cosa! —estalló tío Quintín—. ¡Todo el trabajo de estos dos últimos años! ¡Ese hombre debe de estar loco!

—Ahora, Quintín, no pienses más en ello —le calmó su esposa —. Estoy contenta de tener a los niños aquí. Odiaría que *Jorge* fuese raptada y sé exactamente cómo se siente él. No notarás su presencia. Uno más no importa.

—Eso dices tú —gruñó su marido—. De todas maneras, ya es tarde para evitarlo.

—¿Cuándo va a venir? —quiso saber Dick.

—Esta noche, en barca —respondió su tío—. Solamente la cocinera estará en el secreto, pero nadie más. ¿Entendido?

—Desde luego —dijeron los cuatro a coro.

Tío Quintín se sentó con firmeza ante su mesa y los niños salieron apresuradamente. Tía Fanny iba tras ellos, con *Tim* cruzándose entre sus piernas.

—Es una pena y lo siento también —dijo tía Fanny—, pero creo que no podemos hacer nada más.

—Apuesto a que *Tim* no simpatizará con ella —exclamó *Jorge*.

—Ahora no vengas tú a poner más dificultades, *Jorge*, tontita —le recomendó Julián—. Estamos todos de acuerdo en que no se puede arreglar, así que procuremos pasarlo lo mejor que podamos.

—Va a ser difícil —murmuró *Jorge*, obstinada.

—Bueno —propuso Dick amablemente—. Julián, Ana y yo volveremos a casa y nos llevaremos a Berta con nosotros, si tanto lo odias todo. No tengo particular interés en permanecer aquí si te empeñas en poner mala cara.

—Muy bien, no lo haré —declaró *Jorge*—. Sólo estoy desahogándome. Ya lo sabes.

—Nunca puede estar uno seguro contigo —dijo Dick con una sonrisa burlona—. Bueno, mira, ¡no estropeemos el único día que nos queda para estar solos!

Por lo tanto, intentaron valientemente pasar el día del mejor modo posible. Fueron a dar un paseo en la barca de *Jorge* hacia la cueva de Lobster. No pescaron nada, pero se bañaron allí, en agua tan azul y transparente como si fuera al aire libre. A *Tim* no le gustaba bañarse desde el bote. Era muy fácil saltar del bote al agua. ¡Pero resultaba tan difícil subir otra vez!

Tía Fanny les había preparado otra estupenda comida. «Una comida superbuena para consolaros del chasco recibido», les había dicho sonriente. Ana le había dado un abrazo y todos habían armado mucho alboroto por tener algo especial. Tía Fanny había añadido suculentas pastas y bocadillos para la hora del té, de manera que no tendrían que volver hasta la tarde. El mar estaba tranquilo y azul.

Los niños casi podían ver el fondo del agua cuando se asomaban por la borda.

El cielo presentaba un color azul oscuro cuando remaron a través de la bahía hacia la playa.

—¿Habrá llegado ya Berta? —dijo *Jorge*, mencionando por primera vez a la niña de que habían hablado aquella mañana.

—No lo creo —respondió Julián—. Tu padre ha dicho que vendría esta noche. Me imagino que, para cuando venga en la barca, habrá oscurecido. Esperarán hasta entonces para no ser vistos.

—Supongo que se sentirá nerviosa —dijo Ana—. Debe ser

horrible verse llevada a un lugar extraño entre gente desconocida. ¡Yo lo odiaría!

Vararon el bote, lo dejaron sobre la arena seca y se encaminaron hacia «Villa Kirrin». Tía Fanny se mostró muy complacida al verlos.

—Llegáis muy a punto para la cena —dijo—. Aunque, si habéis acabado todo lo que os di para vuestra excursión, seguramente no tendréis mucho apetito…

—¡Pero si estoy terriblemente hambriento! —gimió Dick. Levantó la nariz y olfateó al aire como hacía *Tim* cuando iban de merienda—. Me parece que has hecho la sopa especial de tomate, con auténticos tomates, tía Fanny.

—Eres demasiado bueno suponiendo —dijo su tía riéndose—. ¡Y yo que la preparé para daros una sorpresa! Ahora, id a lavaros y a arreglaros.

—Supongo que Berta aún no ha llegado, ¿verdad? —interrogó Julián.

—No —respondió su tía—. Y tendremos que pensar otro nombre para ella. No podremos llamarla Berta.

Tío Quintín no se presentó a cenar.

—Cena él solo en su despacho —aclaró tía Fanny.

Era una perspectiva tranquilizadora. Ninguno tenía ganas de verle. Sin duda, estaría muy molesto.

—¡Qué morenos estáis todos! —comentó tía Fanny mirando alrededor de la mesa—. *Jorge*, tu nariz empieza a pelarse…

—Ya lo sé —contestó *Jorge*—. No hay derecho, Ana no se pela. ¡Sopla! Estoy durmiéndome.

—Bueno, os iréis a la cama tan pronto como acabéis de cenar —sentenció su madre.

—Me gustaría. Pero, ¿y Berta? —preguntó *Jorge*—. ¿Cuándo llegará? Sería de bastante mala educación estar acostados cuando llegue.

—No tengo idea de la hora en que vendrá —repuso su madre—. Yo la esperaré, desde luego. No es necesario que se quede nadie más. Supongo que estará cansada y nerviosa, así que le daré algo de comer, un poco de sopa de tomate, si es que dejáis algo, y luego la acostaré. Creo que se sentirá más contenta si no tiene que conocer a nadie más esta noche.

—Bueno, me tengo que ir a la cama —dijo Dick—. Anoche oí llegar a Elbur, tía Fanny, y fue bastante tarde, ¿no? Apenas puedo mantener abiertos los ojos esta noche.

—Vamos, pues, subamos —dijo Julián—. Podemos leer si no logramos dormirnos. Buenas noches, tía Fanny, y gracias por la estupenda bolsa de comida.

Subieron los cuatro, Ana y Dick bostezando ruidosamente y siguiendo a los otros.

Tim trotaba tras ellos, muy contento de que *Jorge* se fuera a dormir tan temprano.

A los diez minutos el sueño los había rendido a todos. Los muchachos dormían como troncos y no se movieron en toda la noche. Las chicas durmieron con un sueño pesado unas cuatro horas. De pronto *Jorge* se despertó al oír gruñir a *Tim*. Se sentó de un salto en la cama.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¡Oh! ¿Es que llega Berta, *Tim*? Quedémonos quietos y veremos qué aspecto tiene.

Un minuto después, *Tim* volvió a gruñir. *Jorge* oyó el sonido de unos pasos cautelosos por la escalera. Entonces se abrió la puerta del dormitorio y aparecieron dos personas a la luz de la linterna. Una era tía Fanny.

Y la otra, desde luego, era Berta.

Capítulo IV

BERTA

Jorge, sentada en la cama, contempló a Berta. Su apariencia era bien extraña. Por alguna causa desconocida, estaba tan envuelta en jerseys y mantas que se hacía difícil ver si era gorda o delgada, alta o baja. Además, lloraba tan fuertemente que su cara aparecía contraída.

Ana no se despertó. *Tim* estaba tan atónito que se quedó sentado, como *Jorge*, observando atentamente.

—Procura que *Tim* no haga ruido —susurró la madre de *Jorge*, temiendo que el perro despertara a toda la casa si se ponía a ladrar.

Jorge puso su mano sobre *Tim* como advertencia.

Su madre empujó suavemente a Berta dentro de la habitación.

—Se ha mareado terriblemente, pobre criatura —le explicó a *Jorge*—. Y está asustada y trastornada. Quiero que se meta en la cama lo más pronto posible.

Berta estaba ahora sollozando, pero fue calmándose poco a poco a medida que se sentía mejor. La madre de *Jorge* era tan amable y cariñosa que pronto se sintió consolada.

—Déjame quitarte esta ropa —le dijo a Berta—. ¡Estás completamente empapada! Claro que si viniste en una motora descubierta, la habrás necesitado toda.

—¿Cómo debo llamarla? —preguntó Berta con un último suspiro.

—Será mejor que me llames tía Fanny, tal como hacen los otros —respondió la madre de *Jorge*—. Supongo que ya sabes por qué vienes a pasar una temporada con nosotros, ¿no?

—Sí —respondió Berta—. Yo no quería venir. Yo quería estar

con mi padre. No tengo miedo de que me rapten. Tengo a Sally para cuidarme.

—¿Quién es Sally, querida? —preguntó tía Fanny, quitándole unas cuantas ropas de encima.

—Mi perra —contestó Berta—. Está abajo, en la bolsa que yo llevaba.

Jorge se sobresaltó ante estas noticias.

—¡Un perro! —exclamó—. No podemos tener otro perro aquí. ¡Nunca lo permitiré! ¿Y tú, *Tim*?

Tim ladró suavemente. Estaba observando a la intrusa nocturna con gran interés. ¿Quién era aquélla? Deseaba saltar de la cama de *Jorge* para ir a olisquearla, pero su ama lo retenía por el collar.

—Bueno, ya traje a mi perrita y calculo que tendrá que quedarse aquí ahora —anunció Berta—. La barca se ha marchado. De todas maneras, yo no iría a ninguna parte sin *Sally*. Se lo dije a mi padre y él contestó: «Muy bien, llévatela». Y así lo hice.

—Mamá, explícale lo fiera que es *Tim* y que luchará con cualquier otro perro que venga aquí —dijo *Jorge* con urgencia—. No quiere a ningún otro perro en «Villa Kirrin».

Con gran disgusto por parte de *Jorge*, su madre no tuvo en cuenta este comentario. Ayudó a Berta a quitarse medias y abrigos y Dios sabe qué más. *Jorge* se preguntaba cómo podía una persona resistir con toda esa ropa en una cálida noche veraniega.

Al fin apareció Berta con una falda y una blusa. Era una fina y preciosa niña, con grandes ojos azules y pelo rizoso y dorado. Apartó el cabello hacia atrás y se lavó la cara con una esponja.

—Gracias —dijo—. ¿Puedo traer a mi perrita *Sally* ahora?

—No, esta noche no —negó tía Fanny—. Hija, vas a dormir en la camita de la esquina y no puedo permitir que tengas un perro también, porque él y *Tim* comenzarán a pelearse si los dejamos cerca. Y, además, no es hora de discutir eso. ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría un poco de sopa de tomate y algunas galletas?

—Sí, por favor. Tengo un poco de apetito ahora —asintió Berta —. Me encontraba tan mal en aquella horrible y movediza barca que imagino que no ha quedado nada dentro de mí.

—Bueno, escucha, saca tu maletín y toma un baño si quieres. Luego ponte el pijama —dijo tía Fanny—. Después, te metes en la

cama y te traeré un poco de sopa.

Pero una mirada a la ceñuda *Jorge* le hizo cambiar de idea. ¡Mejor no dejar sola a la pobre Berta con la enfadada *Jorge* en su primera noche!

—Creo que no subiré yo la sopa —anunció—. *Jorge*, vete tú a buscarla, ¿quieres? Está calentándose sobre la estufa, abajo. Encontrarás una taza y algunas galletas sobre la mesa.

Jorge saltó de la cama aún malhumorada. Vio como Berta sacaba un camisón y frunció los labios.

«¡Seguro que no ha llevado nunca pijama! —pensó—. ¡Qué cursi! ¡Y ha tenido la osadía de traer su propio perro, esta niña mimada! Quisiera saber dónde está. Será bueno echarle una ojeada cuando esté abajo».

Pero su madre imaginó lo que estaba pensando y fue hacia la puerta tras ella.

—¡*Jorge*! —gritó—. No quiero que abras la cesta del perro ahí abajo. Lo llevaré a la caseta de *Tim* antes de irme a la cama.

Jorge no contestó y se dirigió a la planta baja. La sopa estaba a punto de hervir y *Jorge* se apresuró a retirarla de la estufa. Vertió un poco dentro de la taza y puso ésta sobre un platillo, en el que colocó algunas galletas.

Oyó un débil gemido y se volvió. Provenía de una gran cesta, allá en el rincón. *Jorge* tenía unas ganas enormes de abrir la cesta, pero sabía perfectamente que, si lo hacía, el perro correría escaleras arriba en busca de su ama y *Tim* se pondría a ladrar, despertando a todo el mundo. Era mejor no arriesgarse.

Subió la sopa. Berta ya estaba acostada en la cama plegable y parecía muy cómoda. Ana continuaba pacíficamente dormida, sin enterarse de nada de lo que pasaba. *Tim* había aprovechado la oportunidad para saltar de la cama de *Jorge* e ir a examinar a la recién llegada. La olisqueó delicadamente y Berta puso su mano sobre la cabeza de *Tim*, frotándosela con suavidad.

—¡Qué ojos tan preciosos tienes! —exclamó—. Pero es una mezcla, ¿no? Un perro cruzado…

—No digas nada de eso delante de *Jorge* —le advirtió tía Fanny —. Adora a *Tim*. ¿Estás mejor? Espero que seas feliz con nosotros, Berta querida. Ya sé que no querías venir, pero tu padre estaba muy

preocupado. Y será agradable para ti conocer a Ana y Jorgina antes de ir a su escuela en el próximo curso.

—¿Es Jorgina ésa a quien usted llama *Jorge*? —preguntó Berta, sorprendida—. No estaba muy segura de si era un chico o una chica. Mi padre me dijo que había tres muchachos y una chica. Y la chica es la que está en aquella cama, ¿no?

Señaló hacia Ana. Tía Fanny asintió.

—Sí, ésa es Ana. Tu padre pensó que *Jorge* era un chico y por eso te dijo que había tres chicos y sólo una chica. Los dos muchachos están en la habitación contigua.

—No me gusta mucho *Jorge* —anunció Berta—. Ella no me quiere aquí, ni a mi perro…

—Bueno. Encontrarás muy divertida a *Jorge* cuando la conozcas mejor —aclaró tía Fanny—. Ya está aquí con tu sopa.

Jorge entró con la sopa y no quedó muy complacida al ver a *Tim* en la cama plegable, siendo mimado por Berta. Dejó la taza de sopa y empujó a *Tim* para que bajara de la cama.

—Gracias —dijo Berta, y cogió la taza impacientemente con las dos manos—. ¡Qué sopa tan rica! —exclamó.

Jorge se metió en la cama y le volvió la espalda. Sabía que se estaba portando mal, pero pensar que alguien se había atrevido a traer otro perro a «Villa Kirrin» era más de lo que podía soportar.

Tim saltó sobre la cama y se tendió a sus pies, como hacía siempre. Berta miraba esto aprobadoramente.

—Mañana tendré a *Sally* a mis pies —dijo—. Esto es una idea estupenda. Pops (Pops es mi padre) siempre me deja tener a *Sally* en mi habitación, pero no en mi cama, sino en una cesta. Mañana por la noche podrá dormir a mis pies como hace *Tim* con *Jorge*.

—No —negó *Jorge* con firmeza—. No dormirá otro perro en mi habitación. Sólo *Tim*.

—Ahora, callad —ordenó tía Fanny apresuradamente—. Discutiremos todo esto mañana, cuando no estéis tan cansadas. Esta noche me haré cargo de *Sally*, te lo prometo. Acuéstate y duerme. ¡Tienes los ojos casi cerrados!

Berta se sintió de pronto llena de sueño y se dejó caer en la cama. Se cerraron sus ojos, pero, haciendo un esfuerzo logró mirar a la madre de *Jorge*.

—Buenas noches, tía Fanny —murmuró soñolienta—. Así es como tengo que llamarla, ¿no? Gracias por ser tan amable conmigo.

Casi sin acabar estas palabras, se quedó dormida. Tía Fanny cogió la taza y se dirigió a la puerta.

—¿Estás despierta, *Jorge*? —preguntó.

Jorge permaneció silenciosa. Sabía que su madre no se sentía satisfecha de ella. ¡Era mejor simular que estaba profundamente dormida!

—Estoy segura de que estás despierta —prosiguió su madre— y espero que estés avergonzada de ti misma. Supongo que no repetirás este indigno comportamiento por la mañana. ¡Es muy feo que te portes como una criatura!

Salió, cerrando la puerta tras de sí suavemente. *Jorge* buscó a *Tim* y lo rodeó con un brazo. Se avergonzaba de sí misma, pero no estaba segura de querer portarse mejor mañana. ¡Qué niña más tonta y mimada! Su perra debía de ser tan tonta como ella. ¡Estaba segura! Y *Tim* iba a odiar el tener otro perro en casa. Probablemente gruñiría hasta tal punto que Berta se vería forzada a llevarse a su perro.

—Y otra cosa buena —murmuró *Jorge* cuando *Tim* le lamió cariñosamente los dedos—. No querrás a otra niña en la casa, ni tampoco a otro perro, ¿verdad, *Tim*? ¡Especialmente a una niña como ésta!

Tía Fanny cogió el perro de Berta y lo instaló en la caseta de *Tim*, allí fuera. La caseta tenía una puertecita que podía cerrarse y así el perro no podía escapar. Volvió a entrar y arregló un poco las pertenencias de Berta, que habían quedado esparcidas de cualquier manera por la habitación. Después, apagó la luz.

Subió para acostarse. Su marido había dormido profundamente durante la llegada de Berta. Se había mostrado muy seguro de despertarse tan fácilmente como su mujer. ¡Y ni siquiera se había movido!

Tía Fanny se alegró. Le resultó mucho más fácil tratar con una niña mareada y asustada por sí misma. Se metió en la cama agradecida y se tendió con un suspiro.

«¡Cielos! ¡No quiero ni pensar en mañana! ¿Qué pasará estando *Jorge* de este humor y con dos perros a punto de pelearse? Berta

parece una niña agradable. Bueno, quizá todo vaya mejor de lo que pienso».

Sí, las cosas serían mucho más fáciles por la mañana.

Capítulo V

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Jorge fue la primera en despertarse por la mañana. Recordó inmediatamente los acontecimientos de la noche anterior y miró hacia la cama plegable que ocupaba Berta. La niña estaba profundamente dormida y sus dorados rizos formaban una cascada sobre la almohada. *Jorge* se deslizó hasta la cama de Ana y le dio un fuerte codazo.

Ana se despertó en seguida y contempló a *Jorge*.

—¿Qué pasa? ¿Es ya hora de levantarse?

—Mira allá —susurró *Jorge* señalando a Berta.

Ana se volvió y miró. Al contrario que a *Jorge*, a ella le gustó Berta. Su cara dormida aparecía bonita y feliz. Sus labios sonreían. Ana no podía soportar a la gente cuyos labios se curvaban hacia abajo en muecas de mal humor.

—Es muy bonita —comentó en voz baja.

Jorge se enfurruñó.

—Gritaba como una desesperada cuando vino —le explicó a Ana —. Es una criatura. ¡Y ha traído un perro!

—¡Cielos! *¡Tim* se enfadará! —exclamó Ana, alarmada—. ¿Dónde está?

—Abajo, en la caseta de *Tim* —dijo *Jorge* en voz baja—. No lo he visto. Estaba en una cesta cerrada anoche y no me atreví a abrirla, para que no subiera y se peleara con *Tim*. Pero no puede ser muy grande. Supongo que será un horrible pequinés o algún otro perro pequeño.

—Los pequineses no son horribles —protestó Ana—. Son pequeños y tienen unos hocicos muy divertidos, pero son muy

valientes. ¡Imagínate, tener otro perro! ¡No puedo ni pensar en lo que dirá *Tim*!

—Es una lástima que Berta no sea como nosotros —observó *Jorge*—. Mira su cara pálida, no tostada por el sol. Y parece débil. Estoy segura de que es incapaz de subir a un árbol, o de remar, o…

—¡Chist! Se está despertando —advirtió Ana.

Berta bostezó y se estiró. Abrió los ojos y miró a su alrededor. En el primer momento no tenía idea de dónde se encontraba. De pronto, lo recordó. Se sentó en la cama.

—¡Hola! —dijo Ana sonriéndole—. No estabas aquí cuando me acosté ayer por la noche y me he llevado una sorpresa al verte aquí esta mañana.

Berta sintió inmediatamente gran simpatía hacia Ana. «Tiene ojos dulces —pensó—. No se parece a la otra niña. ¡Ésta me gusta!». Le devolvió la sonrisa a Ana.

—Sí, llegué a medianoche —explicó—. Vine en una lancha motora y el mar estaba tan agitado que me mareé terriblemente. Mi padre no pudo venir, pero me acompañaba un amigo suyo, que me trajo en brazos desde la barca hasta aquí. ¡Hasta mis piernas notaban el mareo!

—¡Mala suerte! —convino Ana—. Realmente, no disfrutaste de la aventura.

—No. La verdad es que puedo pasarme sin aventuras —respondió Berta—. No me gustan. Sobre todo cuando Pops se excita y se asusta por mí. Se alborota como una gallina, mi querido Pops. Odio estar lejos de él.

Jorge escuchó atentamente todo aquello. ¡No le gustaban las aventuras! Bueno, de una chica así, ¿qué podía esperarse?

—Tampoco a mí me gustan demasiado las aventuras —dijo Ana—. Nosotros hemos corrido gran cantidad de ellas. ¡Pero prefiero cuando ya han pasado!

Jorge estalló.

—¡Ana! ¿Cómo puedes hablar así? Hemos corrido varias aventuras emocionantes y hemos disfrutado con cada una de ellas. Si piensas así, no vendrás en la próxima.

Ana rió.

—¡No lo haréis! Una aventura empieza de pronto, como un

soplo de viento, y nos encontramos metidos todos en ella, tanto si nos gusta como si no. Y tú sabes que me gusta tomar parte en las cosas contigo… ¿No es hora ya de levantarse?

—Sí —asintió *Jorge*, mirando el reloj de la repisa—. A menos que Berta quiera desayunarse en la cama.

—No. No me gusta comer en la cama —repuso Berta—. Voy a levantarme.

Saltó de la cama y se dirigió a la ventana. Quedó admirada ante la gran extensión de la bahía, que centelleaba bajo el sol de la mañana y era tan azul como las campanillas. El brillo del agua se reflejaba dentro de la habitación, haciéndola aparecer más clara.

—¡Oh! Me preguntaba por qué nuestra habitación estaba tan brillantemente iluminada —exclamó—. Ahora lo veo. ¡Qué panorama! ¡Oh, qué hermoso está el mar esta mañana! ¿Qué es aquella islita? ¡Qué bonita parece!

—Es la isla de Kirrin —aclaró *Jorge* orgullosamente—. ¡Es mía!

Berta rió, creyendo que *Jorge* hablaba en broma.

—¡Tuya! Apuesto a que te gustaría. ¡Es «marravillosa»!

—¡«Marravillosa»! —repitió *Jorge*, imitándola—. ¿No puedes decir «maravillosa»? Sólo hay una erre.

—Sí, siempre estoy cometiendo faltas como ésa —asintió Berta mirando aún por la ventana—. Tuve una institutriz inglesa y probó a enseñarme a hablar como lo haces tú. Yo lo intento porque tendré que ir a un colegio inglés. Deseo tener esta isla. Me pregunto si Pops accedería a comprarla…

Jorge estalló de nuevo.

—¿Comprarla? ¡Ya te he dicho que es mía!

Berta se volvió sorprendida.

—Pero lo dijiste en broma, ¿no? —inquirió—. ¿Tuya? ¿Cómo puede ser?

—Efectivamente es de *Jorge* —corroboró Ana—. Siempre ha pertenecido a la familia de Kirrin. Es la isla de Kirrin. El padre de *Jorge* se la regaló después de una aventura que corrimos juntos.

Berta contempló a *Jorge* con espantada admiración.

—¡Diablos! ¿Así que es tuya? ¡Qué afortunada eres! ¿Me llevarás a visitarla alguna vez?

—Veremos —respondió *Jorge*, ceñuda, pero satisfecha de haber

impresionado tanto a la niña americana. ¡Preguntándose si su «Pops» le compraría la isla! *Jorge* resopló. ¿Qué iba a decir a continuación?

Se oyó un grito en la habitación contigua. Era Julián.

—¡Eh, muchachas! ¿Os levantáis? No tenemos tiempo de bañarnos antes del desayuno esta mañana. Dick y yo acabamos de despertarnos.

—¡Berta está aquí! —chilló Ana—. Vamos a vestirnos y entonces os la presentaremos.

—¿Son tus hermanos? —preguntó Berta, poniéndose la chaqueta —. Yo no tengo hermanos, ni hermanas tampoco. Me asustará un poco conocerlos.

—No te asustarás de Julián y Dick —repuso Ana, orgullosa—. Desearás tener hemanos como ellos, ¿no es verdad, *Jorge*?

—Sí —asintió *Jorge* secamente. Se sentía bastante molesta porque *Tim* estaba junto a Berta.

—Ven aquí, *Tim*, no seas pesado.

—¡Oh, no lo es! —aclaró Berta, y acarició su cabezota—. ¡Me gusta! Parece enorme al lado de mi *Sally*. Pero te encantará *Sally, Jorge*, de verdad. Todo el mundo dice que es muy simpática y yo la he adiestrado muy bien.

Jorge no prestó atención a estas observaciones. Se puso los *shorts* y se fue al cuarto de baño para lavarse. Julián y Dick estaban allí y se armó una gran algarabía de gritos y aullidos cuando *Jorge* intentó meterles prisa para que se fueran. Berta rió.

—Esto suena agradable y familiar —comentó—. No se tiene esta clase de cosas cuando se es hija única. ¿Qué me pongo?

—Algo sencillo —aconsejó Ana mirando la maleta que estaba abierta mostrando el vestuario de Berta—. Puedes ponerte ese vestido de algodón.

Acabaron de arreglarse justo en el momento en que sonaba el gong para el desayuno. Un delicioso olor a tocino frito y a tomates subía por la escalera. Berta husmeó con deleite.

—Me encanta el desayuno inglés —suspiró—. ¡En América aún no tenemos un desayuno decente! Esto huele a tomates con tocino, ¿no? Mi institutriz inglesa decía siempre que los huevos con tocino constituyen el mejor desayuno del mundo, pero me parece que éste

que vamos a tomar es muy bueno también.

Tío Quintín estaba ya en la mesa cuando los niños llegaron. Miró a Berta con la máxima sorpresa. Había olvidado totalmente su llegada.

—¿Quién es? —indagó.

—Quintín, no pretendas que no lo sabes —protestó su mujer—. Es la niña de Elbur, de tu amigo Elbur. Vino a medianoche, pero no te desperté porque dormías muy profundamente.

—¡Ah, sí! —asintió tío Quintín, y estrechó la mano de Berta, que le miraba asustada—. Estoy muy contento de tenerte aquí… A ver, ¿cuál es tu nombre?

—¡Berta! —dijo todo el mundo a coro.

—Sí, sí, Berta. Siéntate, querida. Conozco bien a tu padre. Está haciendo un maravilloso trabajo.

Berta se puso radiante.

—Siempre está trabajando —explicó—. A veces trabaja toda la noche.

—¿Sí? ¡Qué cosas se le ocurren! —comentó tío Quintín.

—Es una cosa que haces tú muchas veces —dijo su esposa sirviendo café—, aunque no creo que lo hagas intencionadamente.

Tío Quintín parecía sorprendido.

—¿Hago eso de verdad? ¡Santo cielo! Entonces, ¿algunas noches no me voy a la cama?

Berta rió.

—¡Es usted como mi Pops! ¡Muchas veces no sabe ni qué día de la semana es! ¡Y se cree uno de los tíos más inteligentes del mundo!

—¿Un tío? —preguntó extrañado tío Quintín.

Todo el mundo se echó a reír. Tío Quintín pareció no darse cuenta. Estaba observando un sobre con sello de urgencia que sobresalía de la pila de cartas. Lo cogió.

—Bueno, o mucho me equivoco o es una carta de tu padre —le dijo a Berta—. Veamos lo que dice.

Abrió el sobre y leyó en voz baja.

—Es sobre ti… esto…

—Su nombre es Berta —apuntó tía Fanny.

—Sobre ti, Berta —terminó tío Quintín—. Pero debo decir que tu padre tiene ideas un poco raras. Sí, un poco raras.

—¿Qué ideas son ésas? —quiso saber su mujer.

—Bueno, dice que tenemos que disfrazarte por si alguien viniera a buscarte por aquí —explicó tío Quintín—. Y quiere que te cambiemos el nombre y… ¡El cielo nos proteja!… Quiere que te compremos ropa de chico, te cortemos el pelo y te vistamos de chico.

Todo el mundo escuchaba asombrado. Berta dejó escapar un pequeño chillido.

—¡No quiero! ¡No quiero vestirme de chico! ¡No quiero cortarme el pelo! ¡No se atrevan a hacerlo! ¡No quiero!

Capítulo VI

UNOS CUANTOS PROBLEMAS

Berta parecía tan trastornada que tía Fanny intervino rápida y firmemente.

—No molestes ahora con la carta, Quintín —aconsejó—. Después veremos y decidiremos qué hacer. Ahora tengamos el desayuno en paz.

—¡No quiero llevar el pelo corto! —repitió Berta.

Tío Quintín no estaba acostumbrado a ser desafiado abiertamente de aquel modo y estalló. Miró a su mujer.

—No irás a dejar que esta… esta… ¿cuál es su nombre?… ¿Marta?…

—Berta —dijeron todos automáticamente.

—He dicho que no discutiríamos esto hasta acabar el desayuno —intervino tía Fanny, en un tono tal de voz que todo el mundo, incluido tío Quintín, comprendió que estaba dispuesta a cumplirlo.

Su marido dejó la carta en el montón y abrió otra, enfurruñado. Los niños se miraron unos a otros.

¡Berta vestida de chico! ¡Cielos! ¡Si había alguien en el mundo que pareciera menos un chico ésa era Berta! *Jorge* era la que estaba más molesta. Adoraba vestirse como un chico, pero, ¡no se sentía inclinada a aconsejar a nadie más que lo hiciera! Contempló a Berta, que estaba comiendo con lágrimas en los ojos. ¡Qué cría! Jamás parecería un chico, aunque fuera vestida con ropas de muchacho. Parecía completamente tonta.

Julián inició una conversación sobre el tiempo con su tía. Ella le agradeció que rompiera la tensión causada por la carta. Quería mucho a Julián. «Puedo fiarme siempre de él», pensó. Y habló

complacida sobre los frutos y sobre quién recogería las frambuesas para el almuerzo y sobre si las avispas estropearían todas las ciruelas o no.

Dick intervino en la conversación y Ana también y pronto se les unió Berta. Sólo *Jorge* y su padre permanecieron enfurruñados. Ambos ponían la misma cara, con una expresión ceñuda y solemne, y eran tan semejantes que Julián le dio un codazo a Dick y los señaló con la cabeza.

Dick sonrió burlonamente.

—Tal padre, tal hija —dijo—. Alégrate, *Jorge*. ¿No te gusta tu desayuno?

Su prima estaba a punto de replicarle duramente, cuando Ana exclamó:

—¡Mirad a tío Quintín! ¡Está poniendo mostaza en su tostada! ¡Tía Fanny, deténlo, va a comérsela!

Todos estallaron en carcajadas. Tía Fanny cogió la mano de su esposo y se la apartó de la boca en el momento en que iba a morder la tostada leyendo la carta al mismo tiempo.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó, asombrado, el padre de *Jorge*.

—¡Quintín! Es la segunda vez en este mes que has untado la tostada con mostaza en lugar de hacerlo con mermelada —reprendió su mujer—. Ten más cuidado.

Después de esto, todo el mundo se mostró muy alegre. Tío Quintín se rió de sí mismo y *Jorge*, viendo el lado cómico del asunto, se rió fuertemente, lo que hizo que *Tim* ladrara y que Berta se atragantara. Tía Fanny estaba verdaderamente aliviada porque su marido no había llegado a cometer tal tontería.

—¿Os acordáis de cuando papá puso su flan sobre el pescado frito? —dijo *Jorge*, interviniendo por primera vez en la conversación —. ¡Y dijo que eran los mejores huevos fritos que jamás había probado!

La conversación se animó y tía Fanny respiró satisfecha.

—Muchachas, vosotras podéis quitar la mesa y fregar los cacharros para ayudar un poco a Juana —dijo—. Bueno, dos de vosotras seréis suficientes. Los demás que vengan a hacer las camas conmigo.

—¿Y mi perrita? —dijo Berta recordándola de pronto—. Todavía

no la he visto. Sólo tuve tiempo de bajar a desayunar. ¿Dónde está?

—Puedes ir a buscarla —accedió tía Fanny—. Hemos terminado. ¿Vas a ponerte a trabajar, Quintín?

—Sí —respondió su marido—. Así que no quiero alaridos, gritos o ladridos junto a la puerta de mi despacho.

Se levantó y salió de la habitación. Berta se levantó.

—¿Dónde está la caseta? —preguntó.

—Te la enseñaré —se ofreció Ana—. Iremos a buscar a tu perro para presentárselo a *Tim*. ¿Vienes, *Jorge*?

—Podéis traer al perro aquí y veremos lo que dice *Tim* —respondió *Jorge* enfurruñándose de nuevo—. Si no le gusta el perro, y sé que no le gustará, tendrá que vivir fuera, en la caseta.

—No —saltó Berta inmediatamente.

—Bueno, no querrás que *Tim* se lo coma, ¿verdad? —dijo *Jorge* —. Se cela mucho de los demás perros. Y puede volverse muy salvaje.

—No —afirmó Berta de nuevo. Parecía alarmada—. *Tim* es agradable. No es un perro fiero.

—Eso es lo que tú crees —desafió *Jorge*—. Bueno, ya te he advertido.

—Vamos —urgió Ana, tirando de la manga de Berta—. Busquemos a *Sally*. Sin duda se estará preguntando por qué nadie se ocupa de ella. Apuesto a que *Tim* no será tan terrible.

Tan pronto como las dos niñas salieron, *Jorge* habló al oído de *Tim*.

—Tú no quieres que vengan otros perros a vivir aquí, ¿verdad, *Tim*? Vas a ladrar y a gruñir como un demonio, ¿no? ¡Gruñe lo más fieramente posible! Ya sé que no muerdes, pero si ladras con todas tus fuerzas será suficiente. ¡Berta dejará que ese perro, *Sally*, viva fuera!

Pronto oyeron pasos que se acercaban y la voz de Ana exclamando con deleite.

—¡Oh, es preciosa! ¡Qué adorable! *Sally*, eres una monada. Julián, Dick, tía Fanny, venid a ver el perro de Berta.

Todos entraron en la habitación en la que estaban Berta y Ana. Berta traía su perro en brazos.

Era un diminuto perrito de lanas negro, cuya lana había sido

esquilada aquí y allá, dándole un buen aspecto. ¡*Sally* era realmente una cosita muy atractiva! Su afilado hociquito lo olfateaba todo mientras era llevada al interior de la habitación y sus vivos ojillos contemplaban a todos.

Berta la depositó en el suelo y la perrita de lanas se mantuvo sobre sus patitas, como una bailarina a punto de actuar. Todos menos *Jorge* se mostraron encantados.

—¡Es un cielo!

—¡*Sally*, eres una monada!

—¡Un perro de lanas! ¡Adoro los perros de lanas! Parecen tan inteligentes…

Tim estaba junto a *Jorge*, husmeando ávidamente el olor del nuevo perro. Su ama lo sujetaba por el collar para evitar que saltara. Tenía la cola tiesa como un palo.

La perrita descubrió a *Tim* de pronto. Lo contempló atentamente con sus brillantes ojitos, sin mostrar el menor miedo. De repente, se desprendió de las manos de Berta y trotó directamente hacia *Tim*, moviendo alegremente su divertida colita.

Sorprendido, *Tim* retrocedió un poco. La perrita se puso a bailar a su alrededor y lanzó un pequeño alarido anhelante, que decía lo más claramente posible: «Quiero jugar contigo».

Tim dio un salto. Pateó en el aire y cayó sobre sus patas; la perrita se apartó. La cola de *Tim* empezó a moverse rápidamente. Saltó de nuevo, juguetón, y casi golpeó a la perrita. Ladró como si dijera: «Lo siento, no quise hacerlo».

A continuación, *Tim* y la perrita se enfrascaron en un ridículo juego de esquivarse y, aunque una o dos sillas cayeron, nadie hizo caso. Todos estaban riendo a más no poder al ver a la pequeña perrita haciendo danzar a *Tim*.

Al fin *Sally* se cansó y se echó en una esquina. *Tim* hizo cabriolas delante de ella, pavoneándose. Luego se le acercó y le olió el hocico. La lamió gentilmente y se tendió ante ella, contemplándola con adoración.

Ana lanzó una pequeña carcajada.

—¡Está contemplando a *Sally* exactamente como te contempla a ti, *Jorge*! —gritó.

Pero *Jorge* no se sentía contenta. En efecto, estaba

completamente asombrada. ¡Pensar que *Tim* podía dar la bienvenida a otro perro! ¡Pensar que se portaba así, cuando ella le había indicado precisamente lo contrario!

—¿No es una monada verlos juntos? —decía Berta, contenta—. Ya sabía yo que a *Tim* le gustaría *Sally*. Desde luego, *Sally* es un perro de raza y cuesta mucho dinero, y *Tim* es sólo una mezcla. ¡Supongo que piensa que *Sally* es «marravillosa»!

—¡Oh, *Tim* puede ser una mezcla, pero es absolutamente «marravilloso» también! —dijo Dick rápidamente, pronunciando la palabra igual que Berta para hacer reír a los demás. Y miró el ceño de *Jorge*, pues sabía lo molesta que se sentía al oír comparar a su amado *Tim* con un perro de raza—. Es un compañero magnífico, ¿verdad, *Tim*? —continuó Dick—. *Sally* puede ser un cielo, pero tú vales más que cien cielos juntos.

—Creo que es muy bonito —opinó Berta, mirándole—. Tiene los ojos más adorables que he visto en mi vida.

Jorge empezó a encontrarse un poco mejor. Llamó a *Tim*.

—Te estás volviendo loco —le dijo.

—Ahora que *Tim* y *Sally* son amigos, ¿puedo tener a *Sally* en mi cama esta noche, igual que *Jorge* tiene a *Tim*? —preguntó Berta—. ¡Por favor, diga que sí, tía Fanny!

—No —dijo *Jorge* al punto—. Mamá, no quiero. ¡No quiero!

—Bueno, ya veremos lo que hemos de hacer —replicó su madre —. Debo decir que *Sally* estuvo completamente feliz en la caseta esta noche.

—Va a dormir conmigo esta noche —anunció Berta, mirando ferozmente a *Jorge*—. Mi padre les pagará mucho dinero por hacerme feliz. Dijo que lo haría.

—No seas tonta, Berta —cortó tía Fanny con firmeza—. No es una cuestión de dinero. Ahora dejad esto para otro rato y marchaos a cumplir vuestro cometido. Y debemos releer la carta de tu padre, Berta, para saber qué es lo que él quiere exactamente. Debemos tratar de seguir sus consejos acerca de ti.

—Yo no quiero… —empezó Berta, pero una mano firme la cogió del brazo. Era Julián.

—¡Ven, niña! —dijo—. ¡No seas criatura! Recuerda que tú eres la invitada y debes portarte lo mejor posible. Nos gustan los niños

americanos. ¡Pero no los niños mimados!

Berta se sobresaltó al oír hablar así a Julián. Lo miró y él le sonrió. Berta estaba a punto de llorar. Sin embargo, le devolvió la sonrisa.

—Tú no tienes hermanos para que te pongan en tu lugar —dijo Julián, cogiéndola de los brazos—. Bueno, desde ahora y mientras estés aquí, Dick y yo somos tus hermanos y te meteremos en cintura igual que a Ana. Bien. ¿Qué dices a esto?

Berta sintió que no había nada que le gustara tanto como tener a Julián por hermano. Era alto y fuerte y sus brillantes y amables ojos hacían que Berta sintiera que él era tan responsable y de confianza como su padre.

Tía Fanny sonrió para sí. Julián sabía siempre encontrar las palabras oportunas y lo que era conveniente hacer. Ahora tomaría a Berta bajo su responsabilidad y procuraría que no resultara demasiado incómoda para todos. Estaba contenta. ¡No era fácil manejar una familia como ésta, con un marido científico a quien cuidar, a menos que todos ayudasen!

—Ve y ayuda a tía Fanny a hacer camas —ordenó Julián a Berta —. Y llévate contigo a *Sally*. Es preciosa, pero *Tim* también lo es, no lo olvides.

Capítulo VII

UNA PEQUEÑA REUNIÓN

Durante largo rato, la paz reinó en la casa. *Jorge* y Ana fueron a ayudar a la cocinera a lavar los platos. Juana estaba contenta porque, con ocho personas en la casa, contándose ella, había mucho trabajo.

Se había quedado muy asombrada por la mañana al encontrar a un quinto miembro agregado a la familia, pero le habían dicho que, después del desayuno, podía ir a la salita y oír una explicación. ¡Desde luego, Juana tenía que entrar también en el secreto!

Berta estaba arriba ayudando a hacer las camas, aunque no muy bien, ya que Berta no estaba acostumbrada a hacer las cosas por sí misma. No obstante, parecía muy deseosa de aprender y tía Fanny estaba muy satisfecha con ella. *Tim* y *Sally* correteaban juntos por allí, haciendo las cosas más difíciles de lo que necesitaban, corriendo por entre las camas y pasando por debajo de ellas.

—Me alegro de que a *Tim* le guste *Sally* —comentó Berta—. Sabía que sucedería así. No entiendo por qué *Jorge* pensó que no le gustaría. *Jorge* es muy rara.

—No lo es realmente —explicó tía Fanny—. Sólo que ella no tiene hermanos o hermanas para quitarle asperezas y además no fue a la escuela, no conoció a sus primos hasta hace unos pocos años. La gente solitaria no encuentra fácil adaptarse a los demás, pero ella es muy simpática ahora, pronto lo verás.

—Yo también soy hija única —replicó Berta—. Pero siempre he tenido muchos otros niños con quienes jugar. Pops lo procuró así. Él es «marravilloso», quiero decir maravilloso. Diré la palabra maravilloso «vente» veces. Quizás entonces consiga decirlo bien.

—Repite también la palabra «veinte» —corrigió tía Fanny—. Hay una i en el centro, lo sabes muy bien. Es «veinte», no «vente». Pero no te hagas demasiado inglesa. ¡Es agradable tener un cambio!

—*Maravilloso, maravilloso, maravilloso, veinte, veinte* —contó Berta mientras hacía las camas. Dick se asomó para mirar en la habitación y aplaudió.

—¡Cielos! —dijo sonriendo, con acento americano—. Tú «erres marravillosa», nena.

—No seas tonto, Dick —rió su tía—. Creo que ya hemos terminado nuestro trabajo, Berta. Iremos y celebraremos una reunión. Llama a los demás, ¿quieres?

Berta salió para llamar a Dick y a Julián y a Ana y a *Jorge*, llevando a *Sally* pegada a sus talones y a *Tim* siguiendo a su adorada *Sally*. *Jorge* no estaba muy contenta con *Tim*.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. ¿Es que no puedes dejar de correr alrededor de *Sally*? ¡Ella está muy, pero que muy cansada de ti!

—¡Guau! —ladró *Sally* con su aguda voz, tan diferente del profundo ladrido de *Tim*—. ¡Guau!

Pronto los cinco niños, los dos perros y Juana estuvieron en la salita con tía Fanny. Berta empezaba a ponerse nerviosa.

Tía Fanny tenía en sus manos la carta del padre de Berta. No la leyó, pero explicó a los niños lo que decía.

—Juana, usted sabe lo importante que es siempre el trabajo del señor —dijo—. Bueno, el padre de Berta hace la misma clase de trabajo en América y ahora él y el señor están trabajando en el mismo y gran experimento.

—Sí, señora —asintió Juana, muy interesada.

—El padre de Berta ha sido advertido por la policía de que la niña puede ser raptada y de que el rescate que pedirán por ella no será dinero, sino sus secretos científicos —continuó tía Fanny—. Así que nos ha escogido para que tengamos a Berta a salvo durante tres semanas. Para entonces, ya habrá acabado la investigación y el secreto será hecho público. Además, Berta irá al mismo colegio que Ana y *Jorge*, y es una buena idea que se conozcan primero.

Juana asintió.

—Ya comprendo, señora —dijo—. Y creo que podemos esconder

a la señorita Berta tranquilamente, ¿no?

—Sí —corroboró tía Fanny—. Pero su padre quiere que sigamos sus ideas. Dice que será mejor vestirla como un chico…

—Una idea muy divertida —interrumpió Dick.

—Y darle otro nombre, un nombre de chico —continuó tía Fanny—. Quiere que le cortemos el pelo y…

—¡No, por favor! ¡Eso no! —suplicó Berta, sacudiendo su rubio y rizoso pelo—. Lo odio. Las muchachas con el pelo cortado a lo chico son horribles. Son…

Ana le dio un codazo y la hizo callar con la mirada. Berta se detuvo asustada, recordando que *Jorge* llevaba el enmarañado cabello corto como el de un chico.

—Creo que habremos de hacer lo que dice tu padre —aseguró tía Fanny con firmeza—. Esto es muy importante, Berta. Mira, si alguien viniera en tu busca, pensando raptarte, no te reconocería nunca si parecieras un chico.

—¡Pero mi pelo! —exclamó Berta a punto de llorar—. ¿Cómo puede Pops decir que debo cortármelo? ¡Siempre ha dicho que era «marravilloso»!

Nadie se atrevió a decir que había sólo una erre en maravilloso.

¡Berta parecía tan apenada por su pelo!

—El pelo te crecerá con bastante rapidez —la consoló tía Fanny.

—Además, su cabeza tiene una forma elegante —añadió Julián mirándola escrutadoramente—. Estaría muy mona con el pelo corto.

Berta se animó. Si Julián pensaba así, no debía ser tan malo.

—Pero, ¿y las ropas? —exclamó recordando este punto con horror—. ¡Las chicas están horribles en traje de chico! Pops siempre lo decía hasta ahora.

—No estarás peor de lo que está *Jorge* —observó Dick—. Lleva jersey de chico, pantalones de chico y zapatos de chico durante todo el día.

—Pues está horrible —repitió Berta, tozuda, y *Jorge* frunció el ceño.

—Bueno, creo que tú sí estarás horrible —dijo—. Nunca te confundirán con un muchacho. Siempre parecerás una niñita, una pequeña niña mimada. Creo que es inútil vestirte de chico.

—¡Ajá! Nuestra *Jorge* quiere ser la única —exclamó Dick,

socarrón, y esquivó apresuradamente el puñetazo que le dirigió la furiosa *Jorge*.

—Bueno —intervino Julián—. Saldré a comprar algunas cosas para Berta esta mañana, así que ya está todo solucionado. ¿Y el pelo? ¿Tendré que cortárselo yo, o qué?

A tía Fanny le divertía la manera directa que tenía Julián de solucionar los conflictos de Berta y aún le divertía más ver que Berta no protestaba de las decisiones de Julián.

—Puedes, desde luego, ir de compras para Berta si quieres —concedió—. Pero no quiero que le cortes el pelo. ¡Parecería un espantapájaros!

—Yo no tengo miedo si Julián me corta el pelo —Berta sorprendió a todos por su sumisión.

—Yo te cortaré el pelo —resolvió tía Fanny—. Y ahora pensemos un nombre de chico. Ya no podemos llamarte Berta.

—No me gusta tener que llevar un nombre de chico —rezongó Berta—. Es tonto que a una niña le llamen con un nombre de chico, como *Jorge*.

—Si intentas ser antipática conmigo, te voy a… —empezó *Jorge*, pero no siguió adelante, Julián y Dick se estaban doblando de risa.

—¡Oh *Jorge*! ¡Tú y Berta nos vais a matar! —dijo Julián—. Tú haciendo todo lo posible para pretender ser un chico y Berta haciendo todo lo posible para evitarlo. ¡Por todos los diablos! ¡Dejadnos terminar esto sin más peleas! La llamaremos Alberto.

—No, es demasiado parecido a Berta —interpuso Dick—. Tiene que ser completamente distinto. Llamémosla con un nombre sencillo, como Jim, Tom o Juan.

—No —objetó Berta—, no me gusta ninguno. Llamadme por mi segundo nombre, por favor.

—¿Cuál es? ¿Otro nombre femenino? —preguntó Julián.

—Sí, pero también lo usan los chicos, sólo que escrito de distinto modo —explicó Berta—. Es Lesley. Es un nombre muy bonito, según creo.

—Lesley. Sí, te queda muy bien —dijo Julián—. Te queda mejor que Berta. Te llamaremos Lesley y la gente creerá que se escribe Leslie, con i-e al final, en lugar de e-y[1]. Muy bien. Todo arreglado.

—No todo —dijo su tía—. Quiero decir que no debéis dejar que

Berta, Lesley, quiero decir, se aleje de vosotros. Y si veis algo o alguien extraño y misterioso, debéis decírmelo inmediatamente. La policía local sabe que tenemos a Lesley con nosotros y por qué. Por lo tanto, podremos llamarlos en seguida. Ellos, desde luego, no dejan de vigilar.

—Suena casi como si estuviéramos en medio de una aventura —dijo Dick, complacido.

—¡Espero que no! —exclamó su tía—. No creo que nadie pueda pensar que Berta, quiero decir Lesley, sea algo más de lo que él aparenta, un amigo de Julián y de todos vosotros que ha venido a pasar aquí unos días. ¡Pobre de mí, qué difícil me va a ser no confundirme entre «ella» y «él»!

—Es verdad —asintió Julián levantándose—. Si me das dinero, tía Fanny, iré a hacer algunas compras para Lesley. ¿Qué talla crees que necesita *él*?

Todos rieron.

—*Él* calza un treinta y dos de zapatos —dijo Juana sonriendo—. Lo vi esta mañana.

—Y *él* tendrá que acostumbrarse a abrochar su chaqueta por la derecha, en lugar de por la izquierda —dijo Ana continuando la diversión.

—*Ella* se acostumbrará pronto —intervino *Jorge*—. ¿Verdad, *Tim*?

—No lo estropees ahora todo, *Jorge* —reconvino Julián—. Un pequeño freno en la lengua y *ella* se convierte en *él* evitando un peligro para Ber… ¡Ay, no! Lesley.

—Sí, ya lo sé —respondió *Jorge*—. Sólo que ella nunca parecerá un chico.

—No quiero parecer un chico —protestó Berta—. Creo que tú pareces…

—¡Ya estamos así otra vez! —exclamó Julián—. Cállate, Lesley, y tú también, *Jorge*. *Jorge*, es mejor que me acompañes y me ayudes a comprar las cosas para Lesley. Vamos, y no pongas esa cara. ¡Pareces una niña!

Esto hizo que *Jorge* cambiara inmediatamente de expresión. No podía ir a regañadientes con el ingenioso Julián.

—Ya voy —dijo—. Adiós, Berta. Cuando volvamos, ya serás

Leslie, con el pelo corto y todo.

Ella y Julián se fueron. Ana le dio a su tía unas afiladas tijeras y envolvió una toalla alrededor de los hombros de Berta. Ésta parecía a punto de llorar.

—Alégrate —la animó Dick—. Vas a parecer un ángel con el pelo corto. Empieza, tía Fanny. Déjanos ver qué aspecto tiene, como una oveja esquilada.

—Estáte quieta —ordenó tía Fanny. Y empezó.

«¡Cras, cras, cras!». Los rizos dorados cayeron al suelo y Berta se echó a llorar a lágrima viva.

—¡Mi pelo! ¡No puedo soportar esto! ¡Mi pelo!

Pronto la mayor parte del pelo yacía en el suelo y tía Fanny empezó a recortarlo lo mejor que pudo, procurando que se pareciera lo más posible a un chico. Desde luego hizo un buen trabajo. Dick y Ana lo contemplaron con gran interés.

—¡Por fin! ¡Ya está! —exclamó su tía—. Cesa ya de llorar, Lesley, y déjanos echarte una ojeada.

Capítulo VIII

UNA TRANSFORMACIÓN

Berta quedó en medio de la habitación. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Ana abrió la boca con sorpresa.

—¿Sabes?, es muy extraño, pero pareces exactamente un chico, un chico estupendo.

—Un chico angelical —opinó Dick—. Un monaguillo o algo así. ¡Está impresionante! ¿Quién lo hubiera dicho?

Tía Fanny estaba muy satisfecha de la apariencia de Berta.

—Realmente es muy raro, pero no cabe ninguna duda. Resulta un muchacho excelente. Incluso mejor que *Jorge*, porque creo que ésta tiene el pelo demasiado rizado para ser un chico.

Berta se acercó al espejo y gimió:

—¡Estoy horrible! ¡No me reconozco! Nadie me conocerá nunca.

—¡Estupendo! —replicó Dick al punto—. Has dado en el clavo. Nadie te reconocerá ahora. Tu padre estuvo en lo cierto al aconsejar «cortarle el pelo y vestirla de chico». Ningún presunto raptor supondrá que tú eres Berta, linda niñita.

—Prefiero que me rapten a parecer un mamarracho —sollozó Berta—. ¿Qué van a decir las niñas de tu escuela, Ana, cuando me vean?

—No le dicen nada a *Jorge* por su pelo corto, así que tampoco te dirán nada a ti —la tranquilizó Ana.

—Deja ya de llorar, Berta, digo Lesley —ordenó tía Fanny—. Me haces sentir una mala persona. Has sido muy buena permaneciendo quieta todo el rato. Ahora debo pensar en un premio para ti.

Berta dejó de llorar al punto.

—Por favor —pidió—, sólo hay una cosa que yo quiera ahora.

Quiero que *Sally* duerma conmigo.

—¡Querida Ber… no, Lesley! No puedo permitir otro perro en aquel dormitorio tan pequeño —exclamó la pobre tía Fanny—. Y *Jorge* será capaz de hacer cualquier disparate si lo permito.

—Tía Fanny, *Sally* es muy, muy buen guardián —arguyó Berta —. Ladra al menor ruido. Yo estaré enteramente segura con ella en la habitación.

—Me gustaría complacerte —explicó tía Fanny—, pero…

Juana había entrado en la habitación para dejar algunos cacharros y había oído esta conversación. Contempló con admiración el recortado pelo rubio de Berta y entonces sugirió:

—Si usted me lo permite, señora —intervino—. La señorita Berta podría poner su cama plegable en mi habitación. No me importa que tenga a la perrita. Puede dormir con ella y yo estaré muy contenta porque esta perrita es una preciosidad. En cambio, mi habitación es muy grande. Así que, si la señorita Berta quiere, será bienvenida.

—¡Juana, qué amable es usted! —suspiró tía Fanny, aliviada ante una solución tan fácil—. Además, su habitación está en el ático y sería muy difícil para los raptores llegar hasta allí. Nadie pensaría en buscar en su habitación a uno de los niños.

—¡Gracias, Juana! ¡Es usted maravillosa! —exclamó Berta con deleite—. *Sally*, ¿lo oíste? Vas a dormir sobre mis pies esta noche, como *Tim* lo hace en los de *Jorge*.

—Yo no apruebo esto en realidad, ¿sabes, Berta? —intervino tía Fanny—. ¡Oh, cielos! Te he vuelto a llamar Berta. Lesley, quise decir. ¡Qué lío me estoy haciendo! Ana, trae una escoba y barre el pelo del suelo.

Cuando *Jorge* y Julián volvieron no había rastro de pelo en la habitación. Pusieron sus paquetes sobre la mesa y llamaron a gritos a tía Fanny.

—¡Mamá! —gritó *Jorge*.

—¡Tía Fanny! —gritó Julián.

Ésta bajó corriendo con Berta, Ana y Dick. Julián y *Jorge* contemplaron a Berta con los ojos redondeados por la sorpresa.

—¡Sopla! ¿Eres tú realmente, Berta? —dijo Julián—. No te reconocería.

—¿Cómo? ¡Pareces exactamente un chico! —gritó *Jorge*—. Nunca pensé que pudieras.

—Un muchacho alegre y guapo —afirmó Julián—. Tu padre tenía razón. Es el mejor disfraz para ti.

—¿Dónde están las ropas? —preguntó Berta, bastante complacida por el interés que despertaba su aspecto. Abrió los paquetes y empezó a sacar cosas.

No era nada del otro mundo: una chaqueta azul marino, un par de pantalones cortos, dos jerseys grises, algunas camisas, una corbata y un chaleco sin mangas.

—Y zapatos y calcetines —añadió *Jorge*—. Sin embargo, pensamos que ya debías tener calcetines y sólo compramos un par ¡Ah! Aquí hay un sombrero gris, por si el sol es demasiado fuerte, y una gorra.

Berta se colocó la gorra en seguida. Todo el mundo rompió en carcajadas.

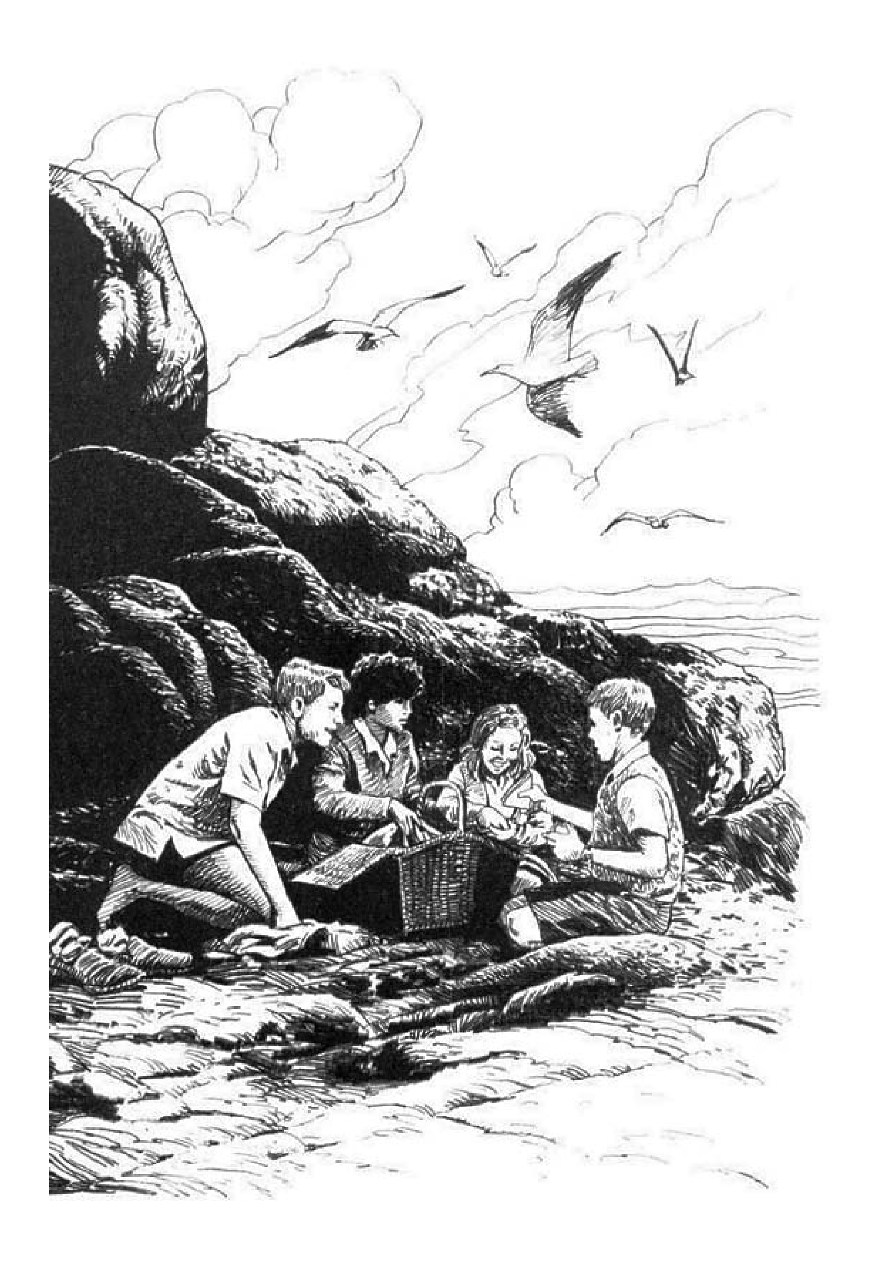
—¡Te sienta bien! ¡Te la has puesto justo en el ángulo preciso! ¡Parece un chico de verdad!

—Póntela tú, *Jorge* —propuso Berta.

Y *Jorge* la cogió, ansiosa de ser también admirada. Pero le sentaba muy mal y la gorra quedaba aplanada sobre sus rizos. Todos gritaron:

—Te hace parecer una niña, ¡quítatela!

Jorge se la quitó, enfadada. ¡Qué vergüenza que esta niña, Berta, hiciera de chico mejor que ella! Arrojó la gorra sobre la mesa, medio arrepentida de haberla comprado.



—Vete arriba y ponte estas cosas —pidió tía Fanny, divertida con la escena.

Berta subió obediente y pronto volvió a bajar, pulidamente arreglada con unos pantalones grises, camisa gris y la corbata.

Todos estallaron en carcajadas. Berta estaba muy contenta de sí

misma y desfiló por toda la habitación con la gorra ladeada sobre la cabeza.

—Parece un chico muy limpio, muy curioso, un buen y angelical niño —opinó Julián—. Querido Lesley, debes hacerte un poco más sucio. Resultas demasiado bueno para ser verdad.

—No quiero parecer sucio —dijo Berta—. Pienso…

Pero nadie supo lo que pensaba, porque en aquel momento se abrió la puerta y entró el tío Quintín en la habitación.

—Me gustaría saber cómo creéis que se puede trabajar con todos estos gritos y cacareos… —empezó, y de pronto se detuvo para ver a Berta—. ¿Quién es éste? —preguntó, observando a Berta de pies a cabeza.

—¿No lo conoces, papá? —preguntó *Jorge*.

—Desde luego que no. No le he visto en mi vida —respondió su padre—. No me digáis que es alguien más que viene a pasar unos días.

—Es Berta —aclaró Ana con una risa.

—Berta… ¿y quién es Berta? —dijo tío Quintín, frunciendo el ceño—. Me parece haber oído ese nombre antes.

—La chica que pensabas que iba a ser raptada —explicó Dick.

—¡Ah, Berta, la hija de Elbur! —exclamó tío Quintín—. La recuerdo muy bien. Pero, ¿quién es éste? Este chico no lo había visto antes. ¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Lesley —respondió Berta—. Pero era Berta cuando usted me vio esta mañana, en el desayuno.

—¡Cielos! —exclamó tío Quintín, sorprendido—. ¡Qué cambio! Porque ni siquiera tu padre te conocería. Espero que podré recordar quién eres. Pero recuérdamelo tú, si yo no lo hago.

Salió y volvió a su despacho. Los niños rieron y tía Fanny tuvo que reír a su vez.

—Por cierto —dijo—, quiero que comamos todos en casa hoy. Es demasiado tarde para empezar a preparar bocadillos y empaquetar comida. Sólo hay jamón frío y ensalada, así que quedaríais demasiado hambrientos.

—¿Hay tiempo para bañarse? —preguntó Julián mirando su reloj.

—Sí, siempre que volváis a las doce y recojáis la fruta para hacer

el budín de postre —respondió su tía—. Se tarda siglos en recoger fruta para ocho personas, y Juana y yo tenemos mucho trabajo hoy.

—Bueno. Iremos a bañarnos ahora y después cogeremos la fruta entre todos —dijo Julián—. Pondré las ciruelas en bolsas. Las frambuesas son muy pequeñas y tienen demasiado zumo.

—¿Tienes traje de baño, Berta, quiero decir Lesley? —preguntó *Jorge*.

—Sí, es corto como los de los chicos, así que estaré bien con él —repuso Berta—. ¡Ya no tendré que llevar gorro! Los chicos no llevan.

Las maletas de Berta estaban en la habitación de Juana, así que corrió hacia allí para cambiarse.

—¡Tráete un jersey y la toalla! —chilló *Jorge*, y fue hacia su habitación con Ana—. Apuesto a que Berta no sabe nadar —dijo—. Será una pena, porque la mayoría de los chicos nadan bien. Tendremos que enseñarle.

—Bueno, no la zambullas demasiado a menudo —respondió Ana, viendo una mirada no muy agradable en los ojos de *Jorge*—. ¡Demonios! Mi traje de baño no está aquí. Estoy segura de que lo saqué del armario.

Tardó bastante rato en encontrarlo y los chicos y Berta ya se habían ido a la playa con *Sally* cuando Ana y *Jorge* estuvieron listas para ir, seguidas del impaciente *Tim*.

Al fin llegaron a la playa y encontraron a *Sally* guardando los jerseys de Julián, Dick y Berta. Estaba tendida sobre ellos y gruñía a *Tim* cada vez que éste se acercaba.

Jorge rió.

—¡Contéstale, *Tim*! ¡No dejes que una pequeña perrita como ésta te asuste! ¡Grúñele!

Pero *Tim* no quiso. Se sentó fuera del alcance de *Sally* y la miró tristemente. ¿Ya no era amiga suya?

—¿Dónde están los demás? —exclamó Ana, tapándose los ojos ante el resplandor del sol y mirando hacia el mar—. ¡Cielos, qué lejos han ido! No puede estar Berta con ellos. Es imposible.

Jorge observó el mar azul. En seguida vio tres cabezas balanceándose. ¡Sí, Berta estaba allí!

—¡Debe de ser una nadadora estupenda! —exclamó Ana con

admiración—. Yo no puedo nadar tan lejos. Estábamos equivocadas. Berta nada como un pez.

Jorge no dijo nada. Corrió hacia el agua, se metió en una ola en el momento en que ésta se rizaba y nadó rápidamente hacia el grupo. No podía creer que Berta hubiese llegado hasta allí. Y si así era, ¡los chicos tenían que haberla ayudado!

Pero sí que era Berta. Sus rubios cabellos mojados brillaban y gritaba de júbilo mientras se zambullía.

—¡Esto es estupendo! ¡«Marravilloso»! ¡Eh! ¡Me lo estoy pasando muy bien! *Jorge*, el agua está fenomenal, ¿verdad?

Julián y Dick gesticulaban junto a la jadeante *Jorge*.

—Lesley es un magnífico nadador —dijo Dick—. ¡Cielos! Pensé que iba a ganarme. Te ganará a ti, *Jorge*.

—No me ganará —replicó *Jorge*. ¡Pero no quiso desafiar a Berta a una carrera!

Era divertido ser cinco, perseguirse unos a otros en el agua, nadar por debajo del agua y coger la pierna de uno de ellos. Y Ana se revolcó de risa al ver seguir a uno por detrás de *Jorge* y zambullirla a conciencia.

¡Era Berta! Y aunque quiso, la enfadada *Jorge* no pudo cogerla después. ¡Berta nadaba demasiado aprisa!

Capítulo IX

UNA REPENTINA LLAMADA TELEFÓNICA

Berta pronto se sintió feliz con los Cinco. Al principio, *Jorge* no podía soportar la idea de que aquella niña tuviera que ir disfrazada de chico. Sin embargo, sus celos fueron desapareciendo a medida que pasaban los días, aunque no ayudaba precisamente a mitigar su enfado el que Berta hubiera probado ser tan buena nadadora. Ante la sorpresa de los chicos, podía sumergirse y nadar bajo el agua más tiempo que ninguno de ellos.

—¡Oh!, bueno, en mi casa tenemos una piscina en el jardín —explicó—. Una piscina maravillosa, deberíais verla. Y yo aprendí a nadar cuando tenía dos años. Pops me llamaba siempre «niña del agua».

Berta comía tanto como los demás, a pesar de no ser tan fuerte y robusta como ellos. Aplaudía ruidosamente las minutas y tía Fanny y Juana estaban muy contentas.

—Estás engordando, Lesley —le dijo tía Fanny una semana más tarde, contemplándola mientras comía con los demás—. Y lo que es mejor aún, estás poniéndote muy moreno. ¡Casi tan moreno como los otros!

—Sí, también yo lo creo —asintió Berta, complacida.

—Es estupendo coger el sol tan fácilmente —comentó tía Fanny—. Ahora, si algún malhechor ronda por aquí en busca de una niña americana de pelo largo y cara pálida, os echarán una mirada a todos y se irán. Nadie podrá imaginar que tú seas Berta.

—Pues yo quiero ser Berta —protestó ésta—. Aún no me gusta pretender ser un chico. Es una bobada y me hace sentirme muy tonta. Ahora, gracias a Dios, mi pelo ya ha crecido un poco. No

parezco completamente un chico.

—¡Pobre de mí! —exclamó tía Fanny, al tiempo que todos miraban a Berta—. Tendré que cortártelo otra vez.

—¡Cielos! —se lamentó Berta—. ¿Por qué diría yo eso? Usted no lo hubiera notado de no haberlo mencionado yo. Por favor, tía Fanny, deje que me crezca el pelo. Ya llevo una semana aquí y no ha habido ni rastro de los raptores. Calculo que ya no vendrá ninguno.

Pero tía Fanny se mantuvo firme respecto al pelo e hizo permanecer a Berta de pie después de la comida para recortárselo. No era rizado, como el de *Jorge*, y ahora que estaba cortado, no quedaba ni siquiera ondulado. Realmente, Berta parecía un pulido y buen chico.

—Bastante cursi —comentó *Jorge* poco amable, pero todos sabían que no estaba en lo cierto.

La perrita *Sally* era una auténtica joya. Ni siquiera *Jorge* podía amargar el día a la danzante y feliz perra de lanas. Correteaba y se metía por todas partes, bien firme sobre sus finas patitas, y *Tim* era su esclavo adorador.

—Parece como si siempre anduviese de puntillas —observó Ana.

Y en verdad lo parecía. Se hizo amiga de todos, incluso del repartidor de periódicos, que tenía miedo a los perros.

Tío Quintín era el único que no se acostumbraba a Berta y a *Sally*. Cada vez que se topaba con ellas, Berta disfrazada de chico y *Sally* pegada a sus talones, se paraba y las contemplaba atentamente.

—Déjame ver, ¿quién eres tú? —preguntaba—. ¡Ah, sí! Eres Berta.

—¡No, él es *Lesley*! —exclamaban todos.

—No debes llamarle Berta, querido —reconvenía su mujer—. No debes hacerlo. Es muy divertido. Nunca podías recordar que era Berta y en cuanto la hemos convertido en Lesley inmediatamente sabes que es Berta.

—Bueno, he de decir que habéis conseguido que parezca un chico completamente —dijo tío Quintín, para enfado de *Jorge*, quien estaba empezando a temer que Berta pareciera más chico que ella —. Bueno, espero que disfrutes con los otros, esto, esto…

—Lesley es su nombre —le ayudó tía Fanny con una pequeña risa—. Quintín, intenta recordarlo.

Pasó otro día pacíficamente y los cinco niños, con sus dos perros, pasaron todo el día fuera, nadando, remando, explorando y disfrutando intensamente.

Berta quería ir a la isla de Kirrin, pero *Jorge* empezó a inventar excusas para no ir.

—No seas pesada —dijo al fin Dick—. Todos queremos ir. Hace siglos que no vamos. Lo que pasa es que no quieres que Berta haga lo que le guste.

—No es eso —contestó *Jorge*—. Quizá vayamos mañana…

Pero al día siguiente ocurrió algo que trastornó sus planes de visitar la isla de Kirrin. Llamaron a tío Quintín al teléfono y en seguida se puso terriblemente excitado.

—¡Fanny, Fanny! ¿Dónde estás? —llamó—. Prepárame las maletas en seguida, ¿lo oyes?

Su mujer bajó corriendo las escaleras al oír sus chillidos.

—¿Qué pasa, Quintín? ¿Por qué gritas?

—Elbur ha encontrado un fallo en nuestros cálculos —explicó tío Quintín—. ¡Qué idiotez! ¡No hay ningún fallo! ¡Es imposible!

—Pero, ¿por qué no puede venir él aquí y trabajar contigo? —preguntó su mujer—. ¿Por qué tienes que precipitarte así? Dile que venga aquí, Quintín, le pondré una cama en alguna parte.

—Dice que no quiere venir mientras su hija, su hija… ¿cómo se llama?

—Lesley —terminó su mujer—. Muy bien, no necesitas explicarlo. Ahora comprendo que sería una locura que viniera mientras está Lesley aquí. Podría llamarle Pops y…

—¿Pops? —exclamó su marido, sorprendido—. ¿Qué significa Pops?

—Es así como llama a su padre —explicó pacientemente tía Fanny—. De todas maneras, tiene razón. Sería una tontería ocultar a Lesley aquí tan bien y luego que ella le llamara Pops y él a ella Berta. Si algún raptor lo siguiera, en seguida descubriría dónde está su hija. ¡Aquí, con nuestros cuatro niños!

—Sí, eso es lo que trataba de decirte —observó su marido, impaciente—. Así es que debo ir a reunirme con Elbur

inmediatamente. Hazme la maleta, por favor. Volveré dentro de dos días.

—En ese caso iré contigo, Quintín —decidió su mujer—. Puedo irme por dos días y tú no vas muy bien solo, perdiendo tus calcetines y olvidando que debes llevar limpios los zapatos y…

Su marido sonrió de pronto y su rostro se iluminó, haciéndole parecer más joven.

—¿Vendrás conmigo de veras? Creí que odiabas dejar a los niños.

—Es sólo por dos días —objetó su esposa—. Y Juana es muy buena con ellos. Lo arreglaré todo para que se vayan todo el día de excursión en barca. Estarán a salvo allí. Si hubiera algún raptor por los alrededores, le sería difícil raptar a Lesley de un bote. Aunque empiezo a no creer la historia de Elbur. Se ha espantado al oír un rumor y eso es todo.

Cuando los niños volvieron a casa a la hora de comer, les fue explicada su súbita decisión. Tuvo que decírselo Juana, porque tía Fanny y su esposo ya se habían marchado, cargados con dos maletas, la una llena de preciosos papeles y la otra de ropa para dos días.

—¡Sopla! —exclamó Julián—. Espero que no haya pasado nada malo.

—¡Oh, no! Solamente una repentina llamada telefónica del padre del señorito Lesley —explicó Juana sonriendo a Berta—. Tenía que ver a vuestro tío inmediatamente, a causa de algunos planos.

—¿Por qué no ha venido Pops aquí? Así me hubiera visto —quiso saber Berta en el acto.

—Porque todo el mundo se enteraría de que tú estás aquí —observó Dick—. Te estamos escondiendo, no lo olvides.

—¡Caramba, pues creo que sí lo había olvidado! —dijo Berta bastante sorprendida de sí misma—. ¡Es tan precioso estar aquí en Kirrin, con todos vosotros! ¡Los días pasan deslizándose suavemente!

—Tu madre dijo que sería mejor que os fuerais todo el día de excursión en barca —le dijo Juana a *Jorge*—. Deseaba facilitarme las cosas, desde luego. Pero esto no significa que tengáis que

hacerlo. Podéis venir a comer a casa todos los días si queréis.

—Haremos lo que tú quieras, Juana —dijo Berta dando a la sorprendida cocinera un repentino abrazo—. Eres una joya.

—Desde luego, es «marravillosa» —corroboró Dick—. Muy bien, Juana, nos llevaremos la comida y el té cada día hasta que vuelva la tía. Y haremos los paquetes de bocadillos nosotros solos.

—Sois muy amables —repuso Juana—. ¿Por qué no vais a la isla de Kirrin todo el día? El señorito Lesley quería ir.

Berta sonrió a Juana. Le parecía muy divertido que le llamaran «señorito Lesley» y Juana nunca lo olvidaba.

—Iremos si la barca está lista —afirmó *Jorge* de mala gana—. Sabes que Jaime está arreglando uno de los remos. Iremos a ver si ha terminado.

Fueron todos a verlo, pero Jaime no se encontraba allí. Su padre estaba trabajando en otra barca cerca del muelle y los llamó.

—¿Buscáis a mi Jaime? Ha salido en el bote de su tío a pescar. Me dijo que os comunicara que el remo no está arreglado todavía, pero que lo terminará esta noche cuando vuelva.

—Bien. Gracias —contestó Julián. Berta parecía bastante decepcionada—. Alégrate —dijo él—. Podremos ir mañana.

—No podremos —repuso Berta tristemente—. Algo más pasará para impedirlo o *Jorge* encontrará otra excusa para no ir. Bueno, si yo tuviera una isla «marravillosa», digo maravillosa, como ésta, iría y viviría en ella.

Volvieron a «Villa Kirrin» y prepararon una estupenda comida. El padre de Berta había enviado tres días antes un paquete de conservas americanas y quisieron probarlas.

—¡Navajas! —exclamó Dick leyendo en las latas—. Langostinos, langostas, cangrejos y una docena de cosas más, todo en la misma lata. Suena bien. Preparemos los bocadillos con esto.

—Tragantes —dijo Ana, leyendo el nombre en otra lata—. ¡Qué nombre más raro! Supongo que será algo para tragar. ¿Por qué no lo abrimos?

Abrieron media docena de latas de nombres excitantes y exóticos y se prepararon tantos bocadillos que Juana preguntó, asustada:

—¿Cuántos emparedados habéis hecho para cada uno?

—«Vente», quiero decir veinte —respondió Berta—. Pero no volveremos a casa para comer, ni para el té. Apuesto a que vendremos «mertos» de hambre.

—¡Muertos! —corrigieran todos, y Berta repitió obedientemente la palabra con una mueca en su tostado rostro.

¡Qué día pasaron! Anduvieron muchos kilómetros y se instalaron en un sombreado bosque, junto a un riachuelo que burbujeaba alegremente con un sonido muy fresco y atractivo.

Estaban tan cansados cuando regresaron a casa por la noche, que apenas si pudieron tomar su cena y subir arriba para acostarse.

—Mañana dormiré hasta las doce y media —bostezó Dick—. ¡Mis pobres pies! ¡Diablos! Estoy tan cansado que me dormiré probablemente mientras me esté lavando los dientes.

—¡Qué noche tan tranquila! —observó Ana mirando por la ventana—. Bueno, dormid bien todos. No creo que ninguno de vosotros abra los ojos hasta muy tarde por la mañana. Yo, por lo menos, no lo haré.

Pero sí que lo hizo. ¡Abrió los ojos de par en par a medianoche!

Capítulo X

UN MISTERIO

Todo estaba tranquilo en «Villa Kirrin». Los dos chicos dormían profundamente en su habitación. *Jorge* y Ana dormían también sin moverse de la suya. Berta estaba en la habitación de Juana, en el ático, y no se había movido desde que se metió en la cama.

Tim se hallaba, como de costumbre, a los pies de *Jorge*, y *Sally*, la perrita de lanas, acurrucada en la curvatura de las rodillas de Berta. Parecía un ovillo de lana negra. Nadie se movía. Una oscura nube cruzó el cielo y fue borrando las estrellas una por una. De pronto se oyó retumbar el trueno. El ruido era lejano y no se repitió, pero despertó a los dos perros y a Ana.

La niña abrió los ojos, preguntándose qué habría sido aquel ruido. Al fin, comprendió: había sido un trueno.

«¡Oh, espero que no haya tormenta y nos estropee este magnífico tiempo!», pensó mientras escuchaba tendida boca arriba. Se volvió hacia la ventana abierta y miró hacia las estrellas, pero éstas habían desaparecido.

«Bueno, si va a haber una tormenta iré a mirarla desde la ventana —dijo Ana para sí—. Debe de haber una magnífica vista sobre la bahía de Kirrin. De todos modos, tengo demasiado calor y me conviene un poco de aire fresco».

Se deslizó fuera de la cama en silencio y se acercó suavemente a la ventana. Se asomó, aspirando con avidez el aire fresco. La noche era muy oscura, verdaderamente, a causa de la gran nube.

Volvió a sonar el trueno, pero no muy cerca. A su espalda, Ana oyó un profundo gruñido. *Tim* saltó de la cama de *Jorge* y fue a colocarse junto a la niña. Apoyó sus patas sobre la ventana y

contempló solemnemente la bahía.

Y entonces los dos, Ana y él, oyeron otro ruido, un lejano «chup-chup-chup-chup-chup».

—¡Es una lancha motora! —exclamó Ana escuchando—. ¿Verdad, *Tim*? ¡Alguien que viaja a altas horas de la noche! ¿Puedes ver los faros de la barca, *Tim*? Yo no puedo.

El motor de la lancha se paró en aquel preciso instante y todo en el mar quedó en completo silencio, excepto el rumor de las olas sobre la playa. Ana esforzó la vista para intentar divisar cualquier luz que le indicara la situación de la motora. El sonido le había parecido bastante adentrado en el mar. ¿Por qué no había ido hasta el muelle?

Entonces vio una luz, muy débil, frente a la entrada de la bahía, casi en el centro. Resplandeció por un momento, moviéndose de aquí para allá, y desapareció. Ana estaba muy confusa.

—Brilló casi donde está la isla de Kirrin, seguro —le susurró a *Tim*—. ¿Habrá alguien allí? ¿Tú crees que la lancha habrá ido allí? Bueno, esperaremos a ver si se marcha otra vez.

Pero ningún otro ruido vino de la bahía, ni ninguna otra luz brilló de nuevo.

«Quizá la lancha se encuentre detrás de la isla de Kirrin —pensó Ana de pronto—. En ese caso, no podría ver ninguna luz. La isla ocultaría la barca y sus luces. Pero, entonces, ¿qué ha sido esa luz que he visto moverse? ¿Habrá alguien en la isla? ¡Pobre de mí! Mis ojos están tan cargados de sueño que a duras penas puedo mantenerlos abiertos. Acaso no haya visto ni oído nada, al fin y al cabo».

No hubo más truenos ni más luces. La gran nube negra empezó a desgarrarse y una o dos estrellas aparecieron por los huecos. Ana bostezó y se volvió a la cama. *Tim* saltó sobre la de *Jorge* y se hizo un ovillo con un ligero suspiro.

Por la mañana, Ana casi había olvidado lo que vio por la ventana abierta la noche anterior. Sólo cuando Juana mencionó que una gran tormenta había caído sobre una ciudad que distaba noventa kilómetros de allí, Ana recordó el trueno que había oído.

—¡Oh! —exclamó de pronto—. Sí, yo oí el trueno también y salté de la cama para ver la tormenta. Pero no cayó. Y oí una lancha

motora en la bahía, bastante lejos, aunque no pude ver luces. Sólo una muy débil, que se movía. Pensé que procedía de la isla de Kirrin.

Jorge dio un salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡La isla de Kirrin! ¿Qué quieres decir? No hay nadie allí. ¡Nadie puede ir allí!

—Bueno, puedo estar equivocada —reconoció Ana—. ¡Estaba tan adormilada! No oí marcharse la lancha. Me volví a la cama.

—Debiste despertarme si creías ver una luz en mi isla —dijo *Jorge*—. ¡Debiste hacerlo!

—¡Oh, señorita Ana! No serán raptores, ¿verdad? —inquirió Juana en seguida.

Julián rió.

—No, Juana. ¿Para qué les iba a servir ir a la isla de Kirrin? No pueden llevar a cabo ningún rapto allí, a la vista de todas las casas de la bahía.

—Apuesto a que fue sólo un sueño de Ana —opinó Berta—. Creo que oíste el trueno en sueños y te pareció el ruido de un motor. En los sueños ocurren cosas como ésta. Una vez me dejé el grifo del lavabo abierto al irme a la cama y me pasé la noche soñando que estaba sobre las cataratas del Niágara.

Todos rieron. Berta podía ser muy divertida a veces.

—Si el bote está a punto, desde luego que vamos a ir a la isla de Kirrin hoy —anunció *Jorge*—. Si hay algún excursionista, mandaré a *Tim* que lo persiga.

—Sólo estarán los conejos —repuso Dick—. Me pregunto si habrá todavía tantos cientos de gazapos. La última vez que fuimos estaban tan mansos que casi los pisábamos, ¡palabra!

—Sí, pero no teníamos a *Tim* con nosotros —apuntó Ana—. *Jorge*, será estupendo volver a la isla de Kirrin. Tenemos que explicarle a Lesley las aventuras que corrimos allí.

Fregaron los platos, se hicieron las camas y arreglaron las habitaciones después del desayuno. La redonda cabeza de Juana apareció en la puerta del dormitorio de los chicos.

—¿Quiere un paquete con la comida, señorito Julián? —preguntó—. Si no se van de excursión, puedo darles un hermoso

jamón frío para comer. El tendero me lo ofreció.

—Si la barca está arreglada iremos a la isla, Juana —contestó Julián—. Y entonces nos llevaremos la comida. Pero, si no vamos, estaremos aquí a la hora de comer. Sería más fácil para ti, ¿no? Nos hemos levantado tan tarde que no queda mucho tiempo para preparar emparedados, coger fruta y todo eso.

—Bueno, dígamelo tan pronto como sepa lo del bote —dijo Juana, y desapareció.

Entró *Jorge*.

—Voy a ver si el bote está arreglado. Sólo tardaré un minuto. Juana quiere saberlo.

Volvió en seguida.

—No está aún —dijo malhumorada—. Pero estará a las dos de la tarde. Así que comeremos aquí e iremos a la isla después. Llevaremos el té.

—Bien —asintió Julián—. Propongo que vayamos a bañarnos esta mañana. La marea estará alta y podremos divertirnos en la rompiente.

—Y de paso vigilar a Jaime para que cumpla su palabra y arregle el bote —añadió Dick.

Así que cuando acabaron sus tareas (todos las hacían a conciencia), los cinco niños y los dos perros bajaron a la playa. Había refrescado un poco por la tormenta, pero no demasiado, y se sentían bien en traje de baño. Habían llevado los jerseys para ponérselos más tarde.

—No hay nada más agradable que sentirse caliente y meterse en el agua fría y salir a calentarse de nuevo al sol y volverse a meter en el agua fría —empezó Berta.

—¡Dices eso a cada momento! —repuso *Jorge*—. ¡Pareces un disco rayado! A pesar de ello, estoy de acuerdo contigo. Vamos a bañarnos.

Todos se arrojaron en el seno de las rizadas olas, chillando cuando el agua se deslizaba sobre sus cuerpos, fría y punzante. Se persiguieron unos a otros, bucearon y nadaron, se dejaron flotar sobre la espalda y desearon no haber olvidado su gran pelota roja. Pero nadie quería ir a buscarla, así que tuvieron que conformarse.

Tim y *Sally* correteaban a la sombra de las olas en los

rompientes. *Tim* era un buen nadador, pero a *Sally* no le gustaba mucho el agua, así que siempre jugaban juntos en la orilla. Resultaba muy cómico verlos.

Los perros se alegraron cuando los niños salieron del agua, jadeantes. Se tendieron en la cálida arena y *Tim* se dejó caer junto a *Jorge*. Ella lo apartó.

—Hueles a alga marina —exclamó—. ¡Puaf!

Al cabo de un rato, Dick se incorporó para ponerse la chaqueta. Contempló la bahía y miró hacia la isla de Kirrin, resplandeciente bajo el sol. De pronto, chilló:

—¡Diantre! ¡Mirad todos allá!

Se levantaron de golpe.

—Hay alguien en la isla de Kirrin, aunque no podemos verlo —dijo Dick—. Alguien tendido, mirando a través de unos gemelos hacia nuestra playa. ¿No veis el resplandor del sol sobre los cristales?

—Sí —respondió Julián—. ¡Tienes razón! Alguien está usando unos gemelos para examinar esta playa. No podemos verlo, como tú decías, pero es fácil distinguir el centelleo del sol sobre los cristales. ¡Cielos, qué caradura!

—¡Caradura! —exclamó *Jorge*, con el rostro crispado de rabia—. Es mucho más que caradura. ¿Cómo se atreven a ir a mi isla para espiar a la gente en la playa? ¡Espiémosle nosotros a él! ¡Miremos con nuestros gemelos! ¡Entonces veremos quién es!

—Yo los traeré —se ofreció Dick, y corrió hacia «Villa Kirrin». Se sentía inquieto. Parecía una cosa extraña eso de espiar a la gente sentada en la playa, alrededor de la bahía, desde la isla de Kirrin y con gemelos de campaña. ¿Para qué?

Al cabo de un rato volvió con los gemelos y se los tendió a Julián.

—Creo que ya se ha ido quienquiera que fuera —dijo Julián—. No quiero decir que se haya marchado de la isla, sino que ha ido a otra parte de ella. Ya no vemos el reflejo del sol en sus cristales.

—Bueno, prueba a ver si puedes descubrir a alguien con nuestros gemelos —apremió *Jorge*, impaciente.

Julián los graduó y observó a través de ellos cuidadosamente. La isla parecía estar muy cerca mirando a través de los poderosos

cristales de aumento. Todos le contemplaban ansiosos.

—¿Ves a alguien? —quiso saber Dick.

—Ni rastro —contestó Julián, enojado.

Le pasó los gemelos a la impaciente *Jorge*, quien se los llevó a los ojos en seguida.

—¡Diablos! —exclamó—. No hay nada que ver. ¡Nada! Quienquiera que fuera se ha ocultado en alguna parte. Si son excursionistas que han ido a pasar allí el día, me voy a poner terriblemente furiosa. Si vemos humo de cigarrillos, sabremos que son excursionistas.

Pero no había rastro de humo. Dick miró a su vez por los gemelos y pareció asombrado. Apartó los gemelos y se volvió a los demás.

—Deberíamos poder ver a los conejos correteando por allí —dijo—. Pero no consigo ver ni uno. ¿Alguno de vosotros, Julián o *Jorge*, vio alguno?

—No, ahora que lo pienso, no he visto ninguno —repuso Julián, y *Jorge* asintió.

—Los ha asustado alguien, desde luego —observó Dick—. ¿Será prudente llevar a Lesley con nosotros cuando vayamos a la isla esta tarde? Quiero decir que es un poco raro que alguien utilice la isla para vigilar desde ella.

—Sí, ya veo lo que quieres decir —repuso Julián—. Si se les ocurre a los raptores que Berta puede estar con nosotros, sí que es una buena idea por su parte escoger la isla y vigilar desde ella la bahía. Seguramente pensaron que nosotros vendríamos a bañarnos a diario.

—Sí. Ya habrán visto cinco niños en vez de cuatro y habrán empezado a hacerse preguntas acerca del quinto —añadió Dick—. Sin duda están esperando ver a Berta en la playa. Deben de tener su fotografía y buscarán una niña con el pelo largo y rizado.

—¡Y no hay ninguna! —exclamó Ana—. Mi pelo no es rizado y no cae sobre mis hombros como lo hacía el de Lesley. ¡Estarán hechos un lío!

—Aquí hay alguien que les revelará que Berta aún está aquí —anunció Julián de pronto. Señaló a *Sally*.

—¡Diablos, es verdad! —dijo Dick—. ¡*Sally* lo va a echar todo a

rodar! ¡Tendremos que pensar algo acerca de ella!

Capítulo XI

OTRA VEZ EN LA ISLA DE KIRRIN

Jorge deseaba coger su barca inmediatamente hacia la isla. Estaba tan furiosa al pensar que alguien estaba allí sin su permiso, que lo único que quería hacer era ir a cazarlo.

Pero Julián dijo que no.

—Primero, porque el bote no estará arreglado hasta las dos. Segundo, porque debemos pensar si ir a la isla será sensato cuando hay la posibilidad de que sean los raptores en busca de Berta, de Lesley, quiero decir.

—Podríamos ir sin ella —propuso *Jorge*— y dejarla a salvo con Juana.

—Sería una locura hacerlo —intervino Dick—. Cualquiera que nos viera atravesar la bahía en la barca vería que falta uno de los cinco y adivinaría que se trataba de Berta. Si vamos, tenemos que ir todos.

—Me parece que será mejor ir —opinó Julián—. Llevar la guerra al campo enemigo… ¡Suponiendo que haya enemigos! Nos será muy útil si podemos ver la cara que tienen y dar una descripción de ellos a la policía. Voto por que vayamos.

—Sí —asintió Dick—. De todos modos, llevaremos a *Tim* con nosotros. Él puede manejar a cualquier intruso si intenta algo contra nosotros.

—En realidad, no creo que sean más que excursionistas —dijo Julián—. Me parece que estamos haciendo mucho escándalo por nada, sólo porque alguien observaba la playa con unos gemelos de campaña.

—Acuérdate de que yo creí ver una luz en la isla anoche —le

recordó Ana.

—Sí, lo había olvidado —contestó Julián, consultando su reloj —. Es casi la hora de comer. Vayamos a tomar algo y después volveremos a buscar el bote. Jaime lo está arreglando ahora. Preguntémosle si estará listo a las dos.

Llamaron a Jaime y él gritó en respuesta:

—¡Sí, señor! ¡La barca estará lista para zarpar a las dos, si la quiere! He hecho una o dos reparaciones en el remo.

—¡Estupendo! —exclamó Dick. Se dirigieron a «Villa Kirrin»—. Bueno, pronto sabremos quién está en tu isla, *Jorge*. Y si se obstina en quedarse, tendremos un poco de diversión a cargo de *Tim*. Él puede encargarse de ellos perfectamente, ¿verdad?

—También puede *Sally* —dijo Berta—. Los dientes de *Sally* no son muy grandes, pero son agudos. Una vez mordió a un hombre que accidentalmente me empujó y hubierais visto qué dentelladas le dio en la pierna…

—Sí, *Sally* nos será útil —asintió Dick.

Jorge se mostró bastante desdeñosa.

«¡Esta idiota perrita de lanas! —pensó—. ¡Una perra mimada, eso es lo que es! *Tim* vale cien veces más que ella».

Juana había preparado una comida extraordinaria: jamón y ensalada y una gran bandeja de patatas nuevas peladas. Había rojos tomates procedentes del huerto, lechugas de grandes hojas, rosados rábanos y un pepino enorme, a punto de ser cortado. Trozos de huevo duro se mezclaban en la ensalada y Juana había puesto a hervir zanahorias y también guisantes.

—¡Qué ensalada! —exclamó Dick—. ¡Parece digna de un rey!

—Y suficiente para todos los reyes —añadió Ana—. ¿Cuántas patatas, Julián? ¿Grandes o pequeñas?

Julián observó la pila de patatas.

—Bueno, yo me decido fácilmente cuando se trata de estas patatas —dijo—. Dame tres grandes y cuatro pequeñas.

—¿Qué hay para postre? —quiso saber Berta—. Me gusta tanto esta clase de ensalada que no creo que me quede lugar para ningún postre.

—Hay grosellas frescas con azúcar y helado hecho en casa —explicó Juana—. No creí que os apeteciera un postre caliente. Mi

hermana vino a verme esta mañana y le pedí que cogiera las grosellas.

—No puedo imaginar una comida mejor que ésta —exclamó Berta, sirviéndose más ensalada—. Realmente, no puedo. Me gustan más vuestras comidas que las que tomaba en casa, en América.

—Te convertiremos en un excelente muchacho inglés antes de que te des cuenta —anunció Dick.

Le explicaron a Juana lo que habían visto por la mañana. Su expresión se tornó inmediatamente grave.

—Ya sabe lo que dijo su tía, señorito Julián. Dijo: «Debemos comunicar a la policía cualquier cosa sospechosa». Será mejor que le notifiquen lo que han visto.

—Iré tan pronto como haya vuelto de la isla —decidió Julián—. No quiero parecer demasiado suspicaz, Juana. Si sólo son inofensivos excursionistas que no han encontrado nada mejor, no hay necesidad de avisar a la policía. Te prometo que la llamaremos si encontramos algo sospechoso.

—Creo que deberían avisarla ahora —insistió Juana—. Y lo que es más, no creo que deban ir a la isla si creen que hay gente allí.

—Llevaremos a *Tim* con nosotros —dijo Dick—. No tengas miedo.

—Y a *Sally* —añadió Berta en seguida.

Juana no dijo más y fue a buscar el helado y las grosellas, todavía con cara de susto. Trajo una gran fuente de cristal con las grosellas y otra fuente con los cremosos helados, recién salidos de la nevera.

Todos la contemplaron con admiración.

—¿Quién podría desear algo mejor? —preguntó Dick—. Y este helado, ¿cómo has conseguido hacerlo ni demasiado claro ni demasiado espeso, Juana? Espero que no vengan algunos americanos y te arrastren al otro lado del océano. ¡Vales tu peso en oro!

Juana rió.

—Qué cosas tan raras dice, señorito Dick. ¡Y todo por un vulgar plato de helado y fresa! ¡Exagerado! El señorito Lesley le dirá que no hay nada de particular en las grosellas y el helado.

—Estoy de acuerdo con cada palabra que han dicho los demás

—dijo Berta con fervor—. ¡Eres «maravillosa», eres un tesoro, eres…!

Pero Juana había salido de la habitación, riendo encantada. ¡No sabía qué decir con niños como aquéllos!

Cuando acabaron de comer, bajaron de nuevo a la playa. Jaime se hallaba aún en el bote.

—¡Ya está listo! —voceó—. ¿Van a salir ahora? Les ayudaré a sacarlo.

Pronto los cinco y los perros estuvieron instalados en la barca de *Jorge*. Los chicos cogieron los remos y empezaron a remar fuertemente en dirección a la isla. *Tim* iba en la proa, tal y como le gustaba hacer, con las patas delanteras en el borde de la barca, contemplando el agua.

—Se imagina ser el mascarón de proa —observó Dick—. Aquí está *Sally*. Quiere ser un mascarón también. Ten cuidado y no caigas al agua, *Sally*. Te mojarías tus lindas patitas y tendrías que aprender a nadar.

Sally se colocó junto a *Tim* y los dos perros contemplaron impacientes la isla. *Tim* porque sabía que había en ella cientos de conejos y *Sally* porque para ella suponía una aventura nueva el viajar en un bote como aquél.

Berta también miraba impaciente hacia la islita a medida que se acercaban. ¡Había oído hablar tanto de ella! Contemplaba especialmente el antiguo castillo que se levantaba en el centro. Estaba en ruinas y Berta pensó que debía de ser muy antiguo. Como a todos los americanos, le encantaban los edificios y las cosas antiguas. ¡Qué afortunada era *Jorge* por poseer una isla propia!

Las rocas rodeaban la isla y el mar chocaba fuertemente contra ellas, alzando montañas de espuma.

—¿Cómo vamos a llegar a salvo a la costa de la isla? —preguntó Berta alarmada, observando los fieros acantilados que la guardaban.

—Hay una caleta que siempre usamos —le explicó *Jorge*.

Estaba sentada junto al timón y conducía inteligentemente el bote entre las rocas.

Rodearon una profunda pared de acantilados muy escarpada y Berta vio de pronto la caleta.

—¡Oh! ¿Ésa es la caleta? —dijo—. Es un pequeño puerto natural

que se abre en la arena.

En efecto, una suave ensenada de agua corría entre las rocas, formando un puerto natural, como había dicho Berta. La barca se deslizó suavemente por la cala y encalló en la arena de la playa.

Dick saltó y tiró del bote hacia fuera.

—Quedará seguro aquí —le dijo a Berta—. ¡Bienvenida a la isla de Kirrin!

Berta rió. Se sentía muy feliz. ¡Qué lugar más maravilloso!

Jorge inició el camino desde la arenosa playa hacia las rocas y todos treparon por ellas. Se pararon en la cima y Berta exclamó, asombrada:

—¡Conejos! Miles de ellos. ¡Millones! Yo… yo… yo nunca he visto conejos tan mansos en mi vida. ¿Se dejarán coger?

—No —respondió *Jorge*—. ¡No son mansos hasta ese punto! Escaparán corriendo cuando nos acerquemos, pero no se meterán en sus madrigueras, probablemente. Nos conocen. ¡Hemos estado aquí a menudo…!

La perrita *Sally* estaba asombrada ante los conejos. No podía creer a sus ojos al contemplar a los movedizos animales desde su lugar junto a Berta, contrayendo su nariz al tratar de percibir su olor. No podía entender por qué *Tim* no corría hacia ellos.

Tim permanecía junto a *Jorge*, con la cola baja y cara de pena. Una visita a la isla de Kirrin no era tan agradable para él como para los niños porque no le permitían cazar conejos. ¡Qué cantidad de ellos!

—¡Pobre viejo *Tim*! ¡Miradlo! —comentó Julián—. Parece la imagen de la tristeza. Y mirad también a *Sally*. Está deseando correr detrás de los conejos, pero cree que no es de buena educación hacerlo antes que *Tim*.

Bien educada o no, *Sally* no podía esperar más. De pronto saltó hacia un conejo que había llegado temerariamente cerca y le hizo botar de miedo.

—¡*Sally*! —chilló *Jorge* del modo más tajante—. ¡No! No vas a cazar mis conejos. ¡*Tim*, ve y tráela aquí!

Tim fue hacia *Sally* y le dirigió un suave gruñido. *Sally* le miró con asombro. ¿Podía su amigo *Tim* estar gruñéndole? *Tim* empezó a empujarla y *Sally* se vio conducida junto a *Jorge*.

—Buen perro, *Tim* —dijo *Jorge* complacida al poder enseñar a todos lo obediente que era—. *Sally*, no puedes cazar esos conejos. Son demasiado mansos. No han aprendido a escapar y a esconderse, porque no viene nadie a cazarlos.

—Quienquiera que fuera el que estuvo aquí esta mañana, los asustó bastante bien —dijo Julián recordando—. ¡Cielos! No olvidemos que puede haber gente aquí. Bueno, yo no alcanzo a ver a nadie…

Caminaron cautelosamente, dirigiéndose hacia el viejo castillo. *Tim* iba delante. De pronto Julián se detuvo y señaló hacia el suelo.

—¡Colillas, mirad! Y muy recientes. Hay gente aquí, es verdad. Ve delante de nosotros, *Tim*.

Pero en aquel momento oyeron el ruido que había oído Ana la noche anterior, el ruido de una lancha motora: «R-r-r-r-r-r».

—¡Se van! —gritó Dick—. ¡Rápido, corramos al otro lado de la isla! Entonces los veremos.

Capítulo XII

MUY SOSPECHOSO

Los niños corrieron al otro lado de la isla, con los dos perros ladrando excitados. Grandes rocas guardaban aquella parte y las olas se rompían contra ellas, salpicando fuertemente.

—¡Está allí! ¡Una lancha! —chilló Dick.

Todos se detuvieron y observaron la barca, que se alejaba por el mar a gran velocidad.

—¿Dónde están los gemelos? ¿No los hemos traído? —pidió Julián—. Me gustaría enfocar con ellos la barca y tratar de leer el nombre o ver al hombre que va en ella.

Pero los gemelos habían quedado en «Villa Kirrin». ¡Qué lástima!

—Sin duda anclaron su barca aquí y alguno de ellos trepó hacia arriba por esas rocas —opinó *Jorge*—. Es peligroso hacerlo si no se conoce el camino.

—Sí. Y si vinieron anoche, como yo creí que habían hecho, porque ahora estoy segura de que era el motor de una lancha lo que oí —intervino Ana—, si vinieron anoche tuvieron que escalar el acantilado en la oscuridad. ¡Me admira que lograran hacerlo!

—Debió ser la luz de un farol o de una linterna lo que tú viste anoche en la isla —dedujo Julián—. Probablemente no querían ser vistos al llegar a la isla y por eso desembarcaron por la parte que da a mar abierto. Me pregunto si habría un hombre vigilando para saber si Berta está con nosotros o no.

—Exploremos un poco a ver si encontramos algo más —sugirió Ana—. La lancha está ya casi fuera del alcance de la vista.

Volvieron hacia la otra parte de la isla. Berta miraba asombrada el viejo castillo en ruinas que se alzaba en el centro.

Los grajos volaban alrededor de la torre graznando:

—¡Crac, crac, crac!

—Una vez, hace mucho tiempo, mi castillo tuvo fuertes murallas a su alrededor —explicó *Jorge*—. Y tenía dos grandes torres. Una está casi en ruinas, ya lo veis, pero la otra está bastante bien. Entremos en el castillo.

Berta siguió a los otros al interior, casi enmudecida por el asombro. ¡Pensar que esta isla y este maravilloso castillo en ruinas pertenecían a *Jorge*! ¡Cuán afortunada era!

Atravesaron un gran portal y se encontraron en una oscura habitación, con paredes de gruesas piedras. Toda la luz de la habitación entraba por dos ventanas tan estrechas que parecían hendiduras.

—Es extraño y viejo y misterioso —dijo medio para sí Berta—. Está dormido en los días en que vivía gente aquí. ¡No le gusta que hayamos venido!

—¡Despierta! —exclamó Dick—. ¡Pareces estar en otro mundo!

Berta se sacudió y miró a su alrededor de nuevo. Entonces se internó en el castillo y exploró las otras habitaciones. Algunas de ellas carecían de techo y a otras les faltaba una o dos paredes.

—¡Es un cielo de castillo! ¡Un cielo! —le dijo a *Jorge*—. ¡«Marravilloso», digo maravilloso!

Vagaron por allí, enseñándole a la boquiabierta Berta todo lo que había que ver.

—¡Vamos a enseñarte las mazmorras! —resolvió *Jorge*, contenta por haber impresionado tanto a Berta.

—¡Mazmorras! ¿Tienes mazmorras también? ¡Oh, claro! Me hablaste de ellas —exclamó Berta—. ¡Mazmorras! ¡No me digas! Yo… yo… ¡nunca olvidaré esta tarde!

Mientras avanzaban por el antiguo patio, *Tim* rompió de pronto a ladrar, quedándose alerta con el rabo bajo y los pelos del cuello erizados. Todo el mundo se detuvo automáticamente.

—¿Qué pasa, *Tim*? —preguntó *Jorge* en un susurro. La nariz de *Tim* señalaba hacia el puertecito en el que habían dejado la barca.

—¡Debe de haber alguien allí! —exclamó Dick—. ¡No puede ser que vayan a salir con nuestro barco!

Jorge lanzó un grito. ¡Su bote! ¡Su precioso bote! Echó a correr a

toda velocidad, con *Tim* saltando delante de ella.

—¡Vuelve, *Jorge*, puede haber peligro! —chilló Julián.

Pero *Jorge* no le escuchó. Corrió sobre las rocas que descendían hasta la pequeña cala y de pronto se detuvo sorprendida. ¡Dos policías caminaban sobre la arenosa playa! Su lancha se divisaba detrás del bote de *Jorge*. La saludaron y gritaron:

—¡Buenas tardes, señorita *Jorge*!

—¿Qué están haciendo ustedes en mi isla? —quiso saber *Jorge*, reconociéndolos—. ¿Por qué han venido aquí?

—Alguien nos informó de que había gente sospechosa en la isla —dijo uno de los policías.

—¿Quién fue? —exclamó *Jorge*—. Nadie sabía nada, excepto nosotros.

—Apuesto a que sé quién fue —anunció Dick de pronto—. ¡Lo hizo Juana! No le gustó que saliéramos nosotros solos y dijo que deberíamos llamar a la policía.

—Está bien —dijo el policía—. De manera que vinimos a comprobarlo. ¿Encontrasteis a alguien?

Julián tomó entonces la palabra y contó cómo habían encontrado primero las colillas y luego habían oído un motor arrancando y habían visto la lancha alejarse de la isla.

—¡Ah! —murmuraron ambos policías con cara de entendidos—. ¡Ah!

—¿Qué quieren decir con eso de «ah»? —preguntó Dick.

—Fred oyó una lancha motora en algún lugar de la bahía esta noche —dijo el otro policía—. ¿Qué estaría haciendo allí? Me gustaría saberlo.

—También a nosotros —repuso Julián—. Vimos a alguien en la isla esta mañana, mirando con los gemelos hacia la playa.

Esto hizo que los policías intercambiaran una mirada y lanzaran otros dos «ah».

—Es bueno que tengáis una pareja de perros con vosotros —dijo el llamado Fred—. Bueno, vamos a echar una ojeada y en seguida volveremos a nuestros botes. Y debéis llamarnos la próxima vez que veáis algo sospechoso. ¿De acuerdo, *Jorge*?

Se marcharon juntos, observando atentamente el suelo. Encontraron una colilla y la recogieron. Después continuaron juntos

su recorrido.

—Volvamos —propuso *Jorge* en voz baja—. Éstos estropearán las cosas si hay otra gente en la isla. No quiero merendar aquí ahora. Saldremos en la barca y tomaremos el té en una cueva.

Así que arrastraron el bote al agua y saltaron dentro. *Sally* estaba muy contenta de verse de nuevo en la barca y corrió de punta a punta, moviendo con deleite su colita. *Tim* la seguía arriba y abajo, interponiéndose en el camino de todos.

—¿Cómo puedo remar si estás saltando encima de mí? —se lamentó Dick—. *Sally*, tú eres igual de mala. Berta, ¿estás bien? Pareces un poco pálida.

—Es sólo la excitación y el movimiento al pasar las rocas —contestó Berta, ansiosa de no parecer mareada delante de los otros—. Estaré bien en cuanto nos encontremos en mar calmado.

Pero no se puso bien, así que remaron duramente hacia la costa. Tomaron el té perezosamente en la playa y Berta se recobró lo suficiente como para gozar de él.

—¿A alguien le queda lugar para un helado? —preguntó Ana—. Porque si es así, yo iré a la tienda y los traeré. Quiero comprar cordones para mis zapatos. Se me rompió uno esta mañana.

Pareció que todo el mundo deseaba un helado y Ana se marchó con *Sally*, que quiso unirse a ella.

—Siete, por favor —pidió.

La muchacha que despachaba sonrió.

—¿Siete? Siempre pedías cinco.

—Sí, ya sé. Pero hay alguien más con nosotros y otro perro —explicó Ana—. ¡Y a los dos perros les gustan los helados!

—Esto me recuerda que alguien estuvo preguntándome por tu tía ayer en la tienda —le informó la muchacha—. Dijo que la conocía. Quería saber cuántos niños había en «Villa Kirrin». Pensé que sólo estabais cuatro allí… y *Tim*, desde luego. Pareció sorprendido y preguntó: «¿Seguro que no hay otra niña allí?».

—¡Cielos! —exclamó Ana, sobresaltada—. ¿De veras? ¡Qué curioso! ¿Qué le contestaste?

—Le dije que sólo había dos chicos y una chica. Y otra chica que se vestía como un chico —respondió la muchacha.

Ana sonrió al pensar que la dependienta no sabía nada de Berta.

—¿Qué aspecto tenía el hombre? —preguntó.

—Bastante vulgar —contestó la joven, tratando de recordar—. Llevaba gafas oscuras, como tanta gente lo hace en verano. Y noté que tenía una gran sortija de oro en el dedo cuando pagó mi cuenta. Es todo lo que puedo recordar.

—Bueno, si alguien más te pregunta, dile que tenemos un amigo llamado Lesley pasando una temporada con nosotros —dijo Ana—. Adiós.

Se fue corriendo, ansiosa de contarles lo ocurrido a los demás. El hombre del restaurante debía de ser uno de los que habían ido a la isla para observar la playa. Sin duda los vio a los cinco mientras jugaban juntos en la playa. Debía de ser uno de los de la lancha. A Ana no le gustaba nada aquello. Le hacía sentirse inquieta.

Explicó a los otros lo que le había dicho la dependienta, mientras, sentados en la arena, se tomaban los helados. *Tim* engulló el suyo casi en seguida y se sentó paciente para contemplar a *Sally* que lamía el suyo, con la esperanza de que le dejasen un poco.

Los cuatro escucharon interesados la historia de Ana.

—Esto confirma nuestras sospechas —comentó Dick—. Aquellos hombres andan rondando por aquí para averiguar si Lesley está con nosotros.

—Y están llegando a conclusiones bastante incómodas —añadió Julián.

—Mañana vuelven vuestros tíos —intervino Berta—. Les explicaremos esto y quizás a ellos se les ocurra un buen plan.

—Espero que esos hombres no sepan que ellos se encuentran fuera —dijo Dick, inquieto—. Creo que debemos mantener una vigilancia cerrada a partir de ahora. Me pregunto si será conveniente que Berta continúe aquí con nosotros.

—Veamos qué dice mi padre mañana —concluyó *Jorge*.

Así que decidieron no hacer nada, excepto mantener una cuidadosa vigilancia hasta que regresaran los padres de *Jorge*. Volvieron prudentemente a «Villa Kirrin» y le contaron a Juana lo que había sucedido en la isla.

—¡Tú telefoneaste a la policía, Juana! —acusó Dick, señalándola con el dedo.

—Sí. Y muy bien que hice —asintió Juana—. Y lo que es más,

voy a apartar la cama de Lesley de la ventana esta noche. Cerraré la ventana aunque nos derritamos y, además, cerraré la puerta con llave.

—Te dejaré a *Tim* también, si quieres —dijo *Jorge*—. Puede dormir en la habitación con *Sally*. ¡Estaréis a salvo entonces!

En realidad dijo esto un poco en broma, pero, para su sorpresa, Juana aceptó.

—Gracias, señorita —dijo—. Estaré contenta con *Tim*. Me siento muy desgraciada, sola con vosotros y los raptores rondando a nuestro alrededor.

Julián rió.

—¡Oh, no es tan malo como eso, Juana! Sólo una noche más, y tío Quintín y tía Fanny estarán de nuevo con nosotros.

—¡Lo había olvidado completamente! —exclamó Juana—. Mirad este telegrama que ha llegado. ¡Van a estar fuera toda una semana! Ésta es la razón de mi susto. ¡Una semana! Pueden pasar muchas cosas en una semana.

Capítulo XIII

UN SUSTO TERRIBLE

Julián no quedó muy tranquilo al oír que sus tíos no pensaban volver hasta una semana después. Cogió el telegrama. Iba dirigido a *Jorge*, pero Juana lo había abierto.

> *No regresaremos en una semana, decía. Han surgido complicaciones. Espero que todo vaya bien. Abrazos. Mamá.*

No había dirección. ¡Qué lástima! Ahora Julián no podía siquiera demostrar que se sentía inquieto. Se propuso guardar a Berta durante cada minuto del día. ¡Qué suerte tener a *Tim*! Nadie conseguiría perpetrar un rapto a la vista de *Tim*.

Pensó que era una buena idea dejar a *Tim* en la habitación de Juana aquella noche. En efecto, si *Jorge* estaba de acuerdo, sería lo mejor hacerlo así cada noche. Pensó que no sería juicioso preguntárselo ahora a *Jorge*, porque veía que estaba medio arrepentida de la oferta que había hecho a Juana.

Julián se mostró muy cauteloso aquella noche. Insistió en cerrar los postigos cuando se sentaron para jugar a las cartas después de la cena. No quiso que Berta sacara a pasear a *Sally*, sino que la sacó él mismo, observando por si veía a algún extraño mientras recorría la senda.

—¡Me estás asustando! —comentó Ana con una sonrisa—. ¡Oh, Julián, hace demasiado calor en esta habitación! Déjanos abrir los postigos unos minutos para que entre un poco el aire. De lo contrario voy a desmayarme. *Tim* gruñirá si hubiera alguien fuera.

—Muy bien —asintió Julián, y abrió los postigos. Estaba oscuro

y la luz se derramó hacia fuera.

—Esto es mejor —exclamó Ana, secándose la húmeda frente—. Ahora, ¿a quién le toca jugar? A ti, *Jorge*.

Estaban sentados alrededor de la mesa jugando. Julián y Dick se hallaban uno junto a otro. *Jorge* estaba enfrente de la ventana, Ana se sentaba de espaldas a ésta y Berta junto *a Jorge*, quien la ayudaba en un nuevo juego de cartas. Parecía exactamente un serio muchacho, con su liso y corto pelo rubio.

—Te toca a ti, Dick —anunció *Jorge*—. No te cueles, estás muy torpe esta noche.

Se quedó esperando, mientras miraba por la ventana hacia la oscuridad. De pronto, tiró sus cartas sobre la mesa y saltó gritando. Todos dieron también un salto.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, *Jorge*? —gritó Julián.

—¡Allí fuera, mirad, una cara! He visto una cara asomándose. La luz de la ventana la cogió de lleno. ¡*Tim, Tim*! ¡De prisa, ve tras él!

¡Pero *Tim* no estaba allí! Ni tampoco *Sally*. *Jorge* llamó de nuevo, enfurecida.

—¡*Tim*! Ven aquí en seguida. ¡Oh, diablos, ese sujeto se va a escapar! ¡*Tim*!

Tim apareció saltando por el recibidor y entró en la salita ladrando. *Sally* le seguía.

—¿Dónde estabais? —gritó *Jorge*, furiosa—. ¡Saltad por la ventana! ¡Vamos, cazadlo, encontradle!

Tim saltó a través de la ventana y *Sally* trató de hacer lo mismo, pero no pudo. Ladró y gruñó, probando una y otra vez a saltar. Juana entró corriendo, presa del pánico, y preguntando qué pasaba.

—¡Escuchad! —dijo Julián de pronto—. ¡Cállate, *Sally*! ¡Escuchad!

Quedaron todos inmóviles, incluida *Sally*. Se oía un coche rodando sobre el sendero. El ruido fue apagándose a medida que el coche se alejaba.

—Quienquiera que fuera, se ha marchado, —dijo Dick. Y se sentó de golpe—. ¡Cielos! Me siento como si hubiera estado corriendo un kilómetro. Por poco me matas cuando lanzaste tus cartas, *Jorge*, y gritaste en mi oído.

Tim entró por la ventana en aquel momento y Dick casi se cayó

de la silla al dar un respingo. Lo mismo les pasó a todos los demás, incluida *Sally*, quien fue a parar hacia el sofá del susto.

—¿Pero qué significa todo esto? —exclamó Juana con fiereza—. ¡Realmente…!

Jorge estaba casi llorando de rabia, enfadada con *Tim*. Le chilló y riñó y el perro metió el rabo entre las patas casi en el acto.

—¿Dónde estabais? ¿Por qué te escabulliste a la cocina? ¿Cómo osaste dejarme y largarte así? ¡Justo cuando más te necesitaba! ¡Me avergüenzo de ti, *Tim*, podías haber cogido al bandido fácilmente!

—¡Oh, *Jorge*, basta! —intervino Berta con lágrimas en los ojos—. ¡Pobre *Tim*! ¡No sigas!

Entonces *Jorge* se volvió hacia Berta.

—Déjame reñir a mi perro cuando lo necesita. Y vete a reñir al tuyo. Apuesto a que *Tim* siguió a tu horrible perrita lanuda a la cocina. Fue culpa suya, no de *Tim*.

—Cállate ya, *Jorge* —intervino Julián—. Tu mal genio no nos conduce a ninguna parte. Cálmate y déjanos saber lo que viste. ¡Cálmate, he dicho!

Jorge lo contempló, mirándole con desafío. Entonces *Tim* dejó oír un pequeño ladrido. El corazón se le había hecho pedazos al oír a *Jorge*, a *Jorge*, su adorada dueña, enojarse de aquel modo. No tenía idea de lo que había hecho para enfadarla.

El ladrido despertó la compasión de *Jorge*.

—¡Oh *Tim*! —exclamó. Se arrodilló y pasó los brazos alrededor del peludo cuello de su perro—. No quería gritarte. Estaba enfadada porque perdimos la oportunidad de coger al hombre que nos estaba espiando. ¡Oh *Tim*! Ya todo está bien, de verdad.

Tim se alegró enormemente al oír esto. Le lamió la cara y se tendió tranquilamente a sus pies. Hubiera deseado saber el porqué de toda aquella excitación.

Lo mismo le ocurría a Juana. Golpeó en la mesa para reclamar la atención de todos y por fin consiguió que Julián se lo explicara todo. Contempló la ventana como si creyera que iba a ver rostros en la oscuridad, allí fuera.

Cerró los postigos de un golpe.

—Nos iremos a la cama —ordenó—. Todos. No me gusta esto. Y llamaré a la policía para advertirla. Lesley se vendrá conmigo

inmediatamente.

—Creo que tienes razón, Juana —asintió Julián—. Vamos, chicas, cerraré por todas partes.

Tim estaba atónito y asustado al verse llevado hacia arriba por Juana y Berta. ¿Estaba Jorge aún enfadada con él? Hacía mucho, mucho tiempo que él dormía con ella. Se alegró cuando vio que *Sally* iba a estar con él y trotó bastante fúnebremente hacia el ático, hasta la habitación de Juana.

Juana metió a Berta en la cama casi en el acto y se desnudó. Cerró la ventana y dio la vuelta al pestillo. Colocó una alfombra para *Tim* en una esquina y *Sally* subió a la cama de Berta, como de costumbre.

—Ahora estaremos a salvo —comentó Juana. Y se metió en el crujiente lecho.

En el piso de abajo, los dos chicos siguieron el mismo procedimiento y también Ana y *Jorge*. Las ventanas y las puertas se cerraron con aldabas y llaves, a pesar de que era una noche calurosa. Por la mañana se sentirían asfixiados.

Jorge no se atrevía a pensar en cómo estaría *Tim* con Berta y Juana, especialmente después de haberse enfadado tanto con él. Yacía en su cama, llena de remordimientos. Querido, amable, leal *Tim*, ¿cómo había podido gritarle de aquel modo?

—¿Crees que *Tim* se sentirá muy desgraciado? —preguntó cuando ella y Ana se hubieron metido ya en la cama.

—Un poco, quizás —opinó Ana—. Pero los perros olvidan pronto.

—Ya lo sé. Y eso lo empeora —asintió *Jorge*.

—Bueno, realmente no deberías tener esos arranques de genio —Ana aprovechó la ocasión para reprender un poco a *Jorge*—. Estabas en medio de un berrinche y no te diste cuenta de lo que hacías. Estos días has estado bastante irritable. A causa de Berta, me imagino.

—Me gustaría subir y decirle buenas noches a *Tim* —empezó de nuevo *Jorge* tras unos minutos de silencio.

—¡Santo cielo, *Jorge*! —exclamó Ana, medio dormida—. Sé sensata. No puedes subir y llamar a la puerta de Juana y preguntar por *Tim*. Les darías un susto de muerte.

Ana se durmió, pero *Jorge* no lograba conciliar el sueño. De pronto, oyó el sonido de una puerta al abrirse. Se sentó en la cama. Sonaba como si fuera en el piso de arriba. ¿Estaba Juana abriendo su puerta? ¿Qué le pasaría?

Una cautelosa llamada sonó en la puerta de *Jorge*.

—¿Quién es? —preguntó ésta.

—Soy yo, Juana —dijo la voz de la cocinera—. He bajado a *Sally*. *Tim* está tratando de subirse a la cama de Berta para estar con *Sally* y Berta no puede dormir, porque la cama plegable es demasiado pequeña para que duerman los tres en ella. Así que ¿quiere usted tener a *Sally*, por favor?

—¡Diablos! —exclamó *Jorge*. Y fue a abrir la puerta—. ¿Cómo está *Tim*? —preguntó en voz baja.

—Muy bien —aseguró Juana—, aunque se enfadará porque he bajado a *Sally*. ¡Estoy contenta de tenerlo arriba esta noche, con todos estos líos!

—¿Es… es feliz, Juana? —preguntó *Jorge*, pero Juana se había vuelto a su habitación y no la oyó.

Jorge gimió. ¿Por qué se había ofrecido a dejar a *Tim* con Juana y Berta aquella noche entre todas las noches, aquella noche en que ella le había reñido tan desagradablemente? Ahora tenía en su lugar a aquella tonta y pequeña *Sally*.

Sally gruñó. No le gustaba estar lejos de Berta y no era muy amiga de *Jorge*. Saltó de sus brazos y corrió por la habitación, gruñendo todavía.

Ana se despertó sobresaltada.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué está *Sally* en nuestra habitación? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Jorge se lo explicó muy enfadada.

—Bueno, espero que se acostumbre —dijo Ana—. No me gustaría oírla gruñir y corretear por el dormitorio toda la noche.

Pero *Sally* no quería acostumbrarse. Su gruñido se convirtió en ladrido. Y cuando saltó sobre la cama de *Jorge* y puso sus patas sobre el estómago de ésta, la chiquilla consideró que tenía bastante y le susurró con fiereza:

—¡Pequeña idiota! Me siento tentada a bajarte y dejarte en la caseta de *Tim*.

—¡Buena idea! —aprobó Ana, soñolienta.

Jorge cogió a la inquieta perrita y salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado. Ana volvió a dormirse pronto.

Jorge descendió por las escaleras y salió en pijama y bata, con el rizado pelo alborotado, transportando al gruñente perrito.

De repente, *Sally* se puso rígida entre sus brazos y soltó un gruñido sordo: «¡Grrrr!». *Jorge* se detuvo. ¿Qué había oído *Sally*?

De pronto, empezaron a sucederse los acontecimientos precipitadamente. Una linterna le iluminó la cara y, antes de que pudiera gritar, le arrojaron un saco sobre la cabeza y no pudo articular ni una palabra.

—¡Éste es uno de ellos! —dijo una voz quedamente—. El del pelo rizado. Y éste su perro de lanas. Ponlo en la caseta, rápido, antes de que eche la casa abajo con sus ladridos.

Sally, demasiado asustada incluso para ladrar, fue empujada al interior de la caseta y la puerta se cerró tras ella. *Jorge*, estrangulándose casi en sus esfuerzos por gritar, fue levantada y transportada velozmente hacia la puerta de la verja.

La puerta del jardín golpeaba fuertemente, empujada por el viento. *Sally* gimió en la caseta. Pero nadie oyó ni la puerta ni al perro. ¡Todos estaban profundamente dormidos en «Villa Kirrin»!

Capítulo XIV

¿DÓNDE ESTÁ *JORGE*?

A la mañana siguiente, hacia las siete y media, Juana bajó como hacía siempre. Berta estaba despierta y decidió ir a buscar a *Sally* a la habitación de *Jorge*. Se puso la bata y bajó seguida de *Tim*. La puerta estaba cerrada y llamó con los nudillos.

—Entra —sonó la voz adormilada de Ana—. ¡Oh!, ¿eres tú, Berta?

—Sí. He venido a buscar a *Sally* —respondió Berta—. Oye, ¿dónde está *Jorge*?

Ana contempló la cama vacía junto a la suya.

—No lo sé. La última vez que vi a *Jorge* fue a medianoche. Estábamos enfadadas con *Sally*, que no quería callarse, y *Jorge* dijo que iba a llevarla a la caseta.

—Bueno, probablemente *Jorge* ha ido a buscarla de nuevo —dijo Berta—. Subiré a vestirme. Hace una mañana espléndida. ¿Vas a bañarte antes del desayuno? Si es así, me pondré mi traje de baño y te acompañaré.

—Sí. Creo que lo haremos hoy. Es pronto y hace un día agradable —dijo Ana saltando de la cama—. Vete a despertar a los chicos. *Tim*, anda, busca a *Jorge*.

Dick y Julián estaban despiertos y a punto para un baño antes del desayuno. Ana se les unió mientras bajaban. Berta los esperaba abajo. Había encontrado a *Sally* en la caseta, que se puso excitadísima al verla. Saltó ladrando feliz.

Tim se acercó a los niños desconcertado. Había buscado a *Jorge* por todas partes sin encontrarla.

—¡Guau! —ladró a Ana—. ¡Guau! —Era como si estuviera

diciendo: «¿Dónde está *Jorge*, por favor?».

—¿No has encontrado a *Jorge* todavía? —preguntó Ana, desconcertada. Llamó a Juana—: Juana, ¿dónde está *Jorge*? ¿Se ha ido ya a bañarse?

—No la he visto —replicó Juana—. Pero supongo que habrá ido a bañarse, porque la puerta del jardín estaba abierta cuando bajé y supuse que uno de vosotros se había ido a la playa.

—Bueno, debe de estar en la playa —opinó Ana, sintiéndose bastante inquieta. ¿Por qué no la había despertado *Jorge* para invitarla a ir también?

Pronto los cuatro estuvieron en la playa con los dos perros, *Sally* muy feliz por encontrarse de nuevo con Berta y *Tim* asustado y extrañado. Observó la playa con aire de desamparo.

—No veo a *Jorge* por ningún lado —dijo Dick, asustado de pronto—. No está en el mar.

Todos escudriñaron el mar, pero no había nadie bañándose aquella mañana. Ana se volvió hacia Julián, presa de pánico.

—Julián, ¿dónde está?

—Me gustaría saberlo —respondió Julián ansiosamente—. No está aquí. Y no ha salido en el bote, porque el bote continúa en su sitio. Volvamos a casa.

—No creo que *Jorge* haya salido a tomar un baño temprano sin decírmelo —comentó Ana—. Y, además, estoy casi segura de que me hubiera despertado, al menos por un momento, al volver. ¡Oh, Julián, creo que le pasó algo cuando fue a llevar a *Sally* abajo a medianoche!

—Sí, yo también lo he pensado —repuso Julián serenamente—. Sabemos que había alguien por aquí anoche, porque *Jorge* vio una cara por la ventana. Volvamos a casa y veamos si podemos encontrar algún rastro que nos ayude cerca de la puerta del jardín o la caseta.

Regresaron caminando con ansiedad. Tan pronto como empezaron a buscar cerca de la caseta, Ana se agacho lanzando una exclamación y recogió algo que enseñó a los demás sin decir una palabra.

—¿Qué es? ¡Cielos! Es el cinturón de la bata de *Jorge* —dijo Dick, asombrado—. ¡Esto lo prueba! *Jorge* fue raptada cuando bajó

para colocar a *Sally* en la caseta.

—Debieron pensar que era yo —dijo Berta llorando—. ¿Os dais cuenta? Llevaba a *Sally* y ellos saben que *Sally* me pertenece. Además, ella tiene también el pelo corto y va vestida de chico durante todo el día.

—Así es —asintió Julián—. Actualmente pareces un chico con tus ropas, pero *Jorge* no tanto, y los raptores buscaban una chica vestida de chico. *Jorge* servía muy bien, especialmente teniendo a *Sally* en sus brazos. ¡Ha sido raptada!

—¿Y enviarán una nota a mi padre diciendo que su hija ha sido raptada y que no le pasará nada si cumple sus instrucciones? ¿Tendrá que entregarles su secreto? —preguntó Berta.

—Seguramente —asintió Julián.

—¿Qué harán cuando se den cuenta de que han cogido a *Jorge* y no a mí? —quiso saber la niña.

—Pues… —meditó Julián—. En verdad, no lo sé. Pueden intentar hacer lo mismo con tío Quintín… aunque, desde luego, él no tiene los planos que les interesan.

—¿Qué hacemos ahora con Berta? —preguntó Dick—. Una vez que esos hombres se hayan dado cuenta de que se llevaron a una chica por otra, volverán al momento en busca de Berta.

—*Jorge* no se lo dirá —intervino Ana de pronto—. Se dará cuenta de que Berta corre peligro si ella dice que no es la que buscan. Así que callará mientras pueda.

—¿No dirá nada? —preguntó Berta, maravillada—. ¡Es muy valiente! Podría quedar libre al instante si dijera que ella no era yo y lo probara. ¡Me parece «marravilloso» si es capaz de callar!

—*Jorge* es muy valiente —asintió Dick—. Tan valiente como cualquier chico cuando está en un apuro. Julián, vamos a decírselo a Juana. Tenemos que decidir qué vamos a hacer y también debemos ocultar a Berta en alguna parte. No puede estar más tiempo con nosotros.

Berta empezó a sentirse asustada. La repentina desaparición de *Jorge* le había hecho caer en la cuenta de que se hallaba en verdadero peligro. Antes no lo había creído realmente. Miró por encima de sus hombros a su alrededor, como si esperara ver surgir a alguien dispuesto a agarrarla.

—Está bien, Berta, no hay nadie aquí ahora —dijo Dick, consolador—. Pero será mejor que entres. No creo que *Jorge* les diga que se han equivocado de chica, pero los hombres pueden enterarse por otros medios. ¡Y entonces volverán muy enfadados!

Berta corrió hacia la casa como si la estuvieran persiguiendo. Julián cerró la puerta del jardín con llave y llamó a Juana. Tuvieron una reunión terriblemente seria. Juana estaba horrorizada.

Se echó a llorar cuando supo que *Jorge* debía de haber sido raptada a medianoche. Al fin se enjugó los ojos con la punta del delantal.

—Dije que cerráramos las puertas y las ventanas, dije que llamáramos a la policía… ¡y *Jorge* tuvo que bajar ella sola al jardín! —exclamó—. ¡Si no hubiera tenido a la perrita con ella! No me extraña que creyeran que era Berta, con *Sally* en sus brazos.

—Escucha, Juana —dijo Julián—. Hay muchas cosas que hacer. Primero, tenemos que avisar a la policía. Después tenemos que ponernos en contacto de algún modo con tía Fanny y tío Quintín. ¡Vaya capricho el suyo, no dejarnos su dirección! Después hemos de decidir qué hacemos con Berta. Tenemos que esconderla perfectamente en algún sitio.

—Sí. Eso es verdad —corroboró Juana secándose de nuevo los ojos. Se sentó y permaneció un minuto pensativa. De súbito se le iluminó la cara—. ¡Ya sé dónde podemos esconderla! —exclamó—. ¿Os acordáis de *Jo*, la gitanilla con quien corristeis una o dos aventuras?

—Sí —contestó Julián—. ¿Verdad que ahora vive con tu prima?

—Sí —asintió Juana—. Mi prima accedería con gusto a alojar a Berta si conociera el asunto. Vive en un tranquilo pueblecito donde nunca sucede nada y nadie encontraría extraño que mi prima invitara a un niño a pasar unos días con *Jo*. Lo hace a menudo.

—Parece una buena idea —opinó Dick—. ¿No, Julián? Simplemente dejaremos que Berta se vaya en seguida. Podemos confiar en que *Jo* la cuidará. ¡Es lista como una ardilla!

—La policía estará enterada también —dijo Julián— y ayudará a cuidarla. Juana, ¿puedes llamar pidiendo un taxi para llevar a Berta ahora?

—Será una sorpresa para mi prima el que llegue a esta hora de

la mañana —repuso Juana, levantándose y quitándose el delantal—. Pero es rápida en comprender y nos ayudará. Lesley, prepara sólo lo imprescindible. Nada de cosas inútiles, como tu cepillo de plata.

Berta parecía tremendamente alarmada. Se sentía inclinada a negarse a ir. Julián le pasó el brazo en torno a los hombros.

—Mira —le dijo—. Apuesto a que *Jorge* está manteniéndose callada, así que podemos ponerte a salvo antes de que los hombres caigan en la cuenta de que se equivocaron de niña. Pero tú tienes que ayudarnos. ¿Serás valiente?

—Sí —asintió la niña al fin, contemplando el rostro serio y amable de Julián—. Haré lo que dices. Pero, ¿cómo es esa *Jo*? Juana dijo que era una gitana. No me gustan los gitanos.

—Ésta te va a gustar —aseguró Julián—. Es una pícara y una bribona, pero tiene un gran corazón, ¿no es así, Juana?

Juana asintió. Siempre le había gustado la atrevida, la descarada, la pequeña *Jo*, y ella se encargó de encontrarle un hogar cuando su padre fue llevado a la cárcel.

—Vamos, Lesley —dijo—. Debemos apresurarnos. Julián, ¿tiene que ir como chico o como chica? Tenemos que pensar también en esto.

—¡Chica, por favor, por favor, quiero ser una chica! —saltó Berta al punto.

Julián lo pensó.

—Sí, tienes razón —manifestó—. Será mejor que seas una chica. Pero, ¡por favor, no digas que te llamas Berta!

—Puede ser Jane —intervino Juana firmemente—. Es un nombre bonito y lo bastante corriente para que nadie lo note. Berta es un nombre muy llamativo. Vamos ya, tenemos que recoger tus ropas normales.

—Ahora telefonearé a la policía —expuso Julián—. Y, de paso, avisaré a un taxi.

—No, no nos busque un taxi —atajó Juana—. No quiero llegar en taxi a la casita de mi prima para que todo el mundo se dé cuenta. Jane y yo cogeremos el autobús del mercado y la gente pensará que voy de compras. Podemos coger otro autobús allí que nos dejará casi en casa de mi prima. Sólo tendremos que atravesar la avenida andando.

—Buena idea —aplaudió Julián.

Se acercó al teléfono. Preguntó por el sargento y le explicó el asunto. El hombre no mostró la menor excitación, pero anotó rápidamente lo que le decía Julián.

—Llegaré ahí dentro de diez minutos —anunció—. Esperadme dentro.

Julián colgó. Dick y Ana lo observaban con cara de preocupación. ¿Cómo se encontraría *Jorge*? ¿Se sentiría asustada, o furiosa, o quizás herida?

Tim estaba completamente desesperado. Se daba cuenta de que algo le había sucedido a su ama. Había ido una docena de veces al lugar donde habían encontrado el cinturón de la bata y había olisqueado desconsoladoramente por los alrededores.

Sally sabía que *Tim* estaba triste y trotaba tras él silenciosa. Cuando él se tendía, ella se echaba a su lado. Cuando se levantaba, ella lo hacía al mismo tiempo. Hubiera resultado cómico de haber tenido alguno ganas de reír. ¡Pero nadie se sentía así!

Se oyeron pasos en el jardín.

—¡La policía! —exclamó Julián—. ¡No han tardado!

Capítulo XV

DESCUBRIMIENTOS EN EL BOSQUE

Había llegado el sargento, acompañado de un policía. Ana se sintió reconfortada cuando vio al hombre alto, sólido y responsable. Julián los condujo a la salita y les contó todo lo sucedido.

A media explicación, se oyeron pasos que bajaban a toda prisa las escaleras y salían de la casa.

—¡Nos vamos! —gritó la voz de Juana—. No podemos detenernos para despedirnos porque perderemos el autobús.

Juana se precipitó hacia el jardín, llevando una pequeña maleta que le había prestado a Berta, ya que la de ésta resultaba demasiado grande. En ella había metido algunos de los vestidos más sencillos de Berta, pero pensaba decirle a su prima que le pusiera algunas cosas de *Jo*.

Berta corría tras ella, una Berta distinta, vestida con un trajecito en vez de jersey y *shorts*. Llevaba un sombrero para cubrir su pelo corto. Se volvió hacia los otros mientras corría, tratando de sonreír.

—¡Buena chica, Berta! —exclamó Dick—. Es quieta y tranquila esta chiquita.

—Es verdad, es un corderito —añadió Julián, intentando hacer reír a Ana.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el sargento, sorprendido, volviendo la cabeza hacia el jardín por donde Juana y Berta acababan de salir corriendo.

Julián se lo explicó.

El sargento frunció el ceño.

—No debías haber decidido nada sin consultarnos —dijo.

Julián quedó avergonzado.

—Bueno, verá… —dijo—. Me pareció que debía sacar a Berta de casa y esconderla inmediatamente, por si acaso los raptores se dan cuenta de que se han equivocado de chica.

—Ya lo sé —replicó el sargento—. A pesar de ello, debiste consultar con nosotros. Sin embargo, parece una buena idea llevarla a ese tranquilo pueblo encargando a *Jo* de cuidarla. Es muy lista *Jo*. Estoy seguro de que engañará a los raptores. Pero éste es un asunto muy serio, ya lo sabes, Julián. No puede ser resuelto tratado por niños.

—¿Podrá usted rescatar a *Jorge*? —preguntó Ana, interrumpiendo con la pregunta que deseaba hacer desde que vio entrar al policía.

—Es posible —respondió el sargento—. Ahora me pondré en contacto con tus tíos, Julián, y con el señor Elbur Wright. Después…

Sonó en aquel momento el teléfono y Ana lo cogió.

—Es para usted, sargento —dijo. Y le tendió el auricular.

—Ya. ¡Hum…! Eso. Sí, sí. Ya. ¡Hum…! —El sargento depositó el auricular en su lugar y se volvió hacia Julián y los otros—. Acaban de notificarme que los raptores se han puesto ya en contacto con el señor Elbur Wright y le han dicho que tienen a su hija Berta —explicó.

—¡Oh! ¿Le han pedido que les entregue las fórmulas secretas que sólo él conoce? —quiso saber Julián.

El sargento asintió.

—Sí. ¡Casi se ha vuelto loco de pena! Les prometió darles todo lo que quisieran. ¡Qué locura!

—¡Cielos! Es mejor que le diga que no es a Berta a quien tienen, sino a *Jorge* —propuso Dick—. Entonces se sentirá bien.

El sargento frunció el ceño.

—Dejad eso en nuestras manos —advirtió pomposamente—. Sólo conseguiréis estorbarnos si os interferís o intentáis actuar por vuestra cuenta. No tenéis más que sentaros y tomar las cosas con calma.

—¡Qué! ¿Con *Jorge* raptada y en peligro? —estalló Dick—. ¿Qué van a hacer para rescatarla?

—Basta, basta —interrumpió el sargento, enojado—. No está en

peligro. No es la persona que ellos quieren. La dejarán en libertad tan pronto como se den cuenta.

—No la dejarán —denegó Dick—. Se dirigirán a su padre y le obligarán a confesar sus secretos.

—Bueno, esto nos dará más tiempo para encontrar a esos hombres —dijo el irritado sargento. Y se levantó. Parecía muy grande y corpulento en su uniforme azul marino—. Comunicadme inmediatamente si descubrís algo nuevo y, por favor, no *tratéis* de interferiros. Os aseguro que sabemos perfectamente lo que hemos de hacer.

Salió con el otro policía. Julián gimió:

—Él no se da cuenta de que esto es urgente. Además es muy complicado. La chica raptada equivocada, el padre a quien han llamado equivocado, el padre verdadero no muy dispuesto a revelar secretos y la pobre *Jorge* sin saber lo que pasa.

—Bueno, gracias a Dios que sacamos de aquí a Berta —dijo Dick —. Ana, pones una cara rara; ¿estás bien?

—Sí, sólo estoy un poco asustada y… ¡oh, cielos! ¡Me siento terriblemente vacía! —dijo Ana pasándose la mano por la frente.

—¡Claro, nos olvidamos del desayuno! —advirtió Dick mirando el reloj—. ¡Y son ya las diez! ¿Qué hemos estado haciendo todo este rato? Vamos, Ana, danos algo de comida. Nos sentiremos mejor después.

—Lo siento mucho por el pobre *Tim* y la pequeña *Sally* —dijo Ana entrando en la cocina—. ¡*Tim*, querido, no me mires así! No sé dónde crees que está *Jorge* o si crees que yo la he ocultado. Y tú, *Sally*, tendrás que conformarte conmigo por un tiempo, porque, aunque sé dónde está Berta, no puedo llevarte con ella.

Pronto estuvieron tomando un sencillo desayuno de huevos cocidos y tostadas con mantequilla. Parecía extraño ser sólo tres. Dick intentó sostener la conversación, pero sus dos hermanos estaban muy callados. *Tim* se sentó bajo la mesa, con la cabeza sobre los pies de Ana, y *Sally* se situó junto a él, con las patas delanteras sobre las rodillas de la niña. Ana consoló a los tristes perros lo mejor que pudo.

Después del desayuno, Ana fue a fregar los platos y a hacer las camas y los chicos salieron a echar una última ojeada al lugar

donde habían encontrado el cinturón de la bata de *Jorge. Sally* y *Tim* fueron con ellos.

Tim olisqueó por allí un poco más. De pronto, con la nariz en el suelo, echó a correr por el sendero del jardín hacia la puerta delantera y, empujándola, pasó al otro lado. Con la nariz siempre pegada al suelo, salió al camino y se internó por un pequeño sendero.

—Dick, está siguiendo alguna clase de rastro —dijo Julián—. Estoy casi seguro de que se trata de la pista de *Jorge*. Aunque alguien la haya llevado en brazos, *Tim* es lo suficientemente listo como para saber que *Jorge* ha ido por aquí. Sólo necesita un poco de su olor.

—Vamos, sigamos a *Tim* —propuso Dick.

Y los chicos y *Sally* avanzaron por el caminito siguiendo a *Tim*.

El perro empezó a correr y Dick le llamó:

—¡No tan de prisa, muchacho! También vamos nosotros.

Pero *Tim* no aminoró la marcha. Lo que quiera que había olido, el olor era muy fuerte. Los muchachos corrieron tras él, empezando a sentirse excitados.

Pero pronto *Tim* se detuvo en un pequeño claro del bosque. Dick y Julián se precipitaron hacia donde estaba husmeando. Evidentemente, el rastro llegaba allí a su término.

—¡Huellas de neumáticos! —exclamó Dick señalando hacia el húmedo césped bajo un roble, que aparecía surcado por huellas de gruesos neumáticos—. ¿Ves? Los hombres trajeron un coche y lo ocultaron aquí. Entonces fueron a través de los bosques hacia «Villa Kirrin» y aguardaron la oportunidad de atrapar a Berta. Se apoderaron de *Jorge* en su lugar… ¡Pero no hubieran cogido a nadie si *Jorge* no hubiera sido tan burra como para llevar a *Sally* a la caseta! La casa estaba cerrada y segura.

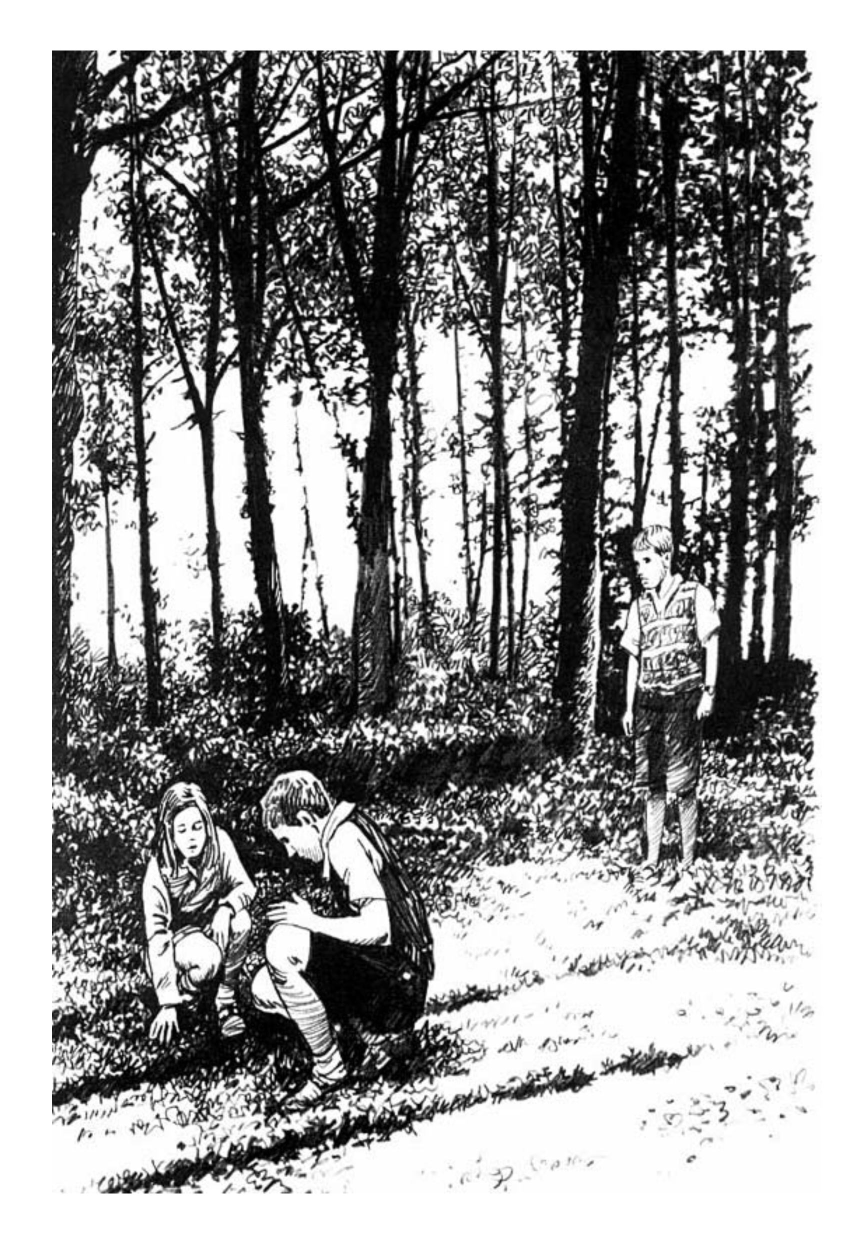
Julián estaba observando las huellas.

—Estas huellas fueron hechas por unos neumáticos muy gruesos —dijo—. Era un coche muy grande y creo que son huellas de neumáticos americanos. Puedo averiguarlo. Cuando regresemos, se lo preguntaré a Jim, el encargado del garaje. Él lo sabrá. Voy a dibujar una de las huellas rápidamente.

Sacó una libretita y un lápiz y empezó a dibujar. Dick se agachó

y contempló cuidadosamente las marcas.

—Hay muchas huellas cruzadas —dijo—. Me parece que los hombres llegaron aquí y esperaron. Después, cuando tuvieron *a. Jorge*, la metieron en el coche y dieron la vuelta para salir por donde habían llegado. ¿Ves? Las huellas se dirigen hacia aquel camino ancho, por allí. Hicieron mucha maniobra para girar y, a pesar de ello, chocaron contra este árbol. Mira, hay una señal en la base.



—¿Dónde? —preguntó Julián en seguida—. Sí, una raya azul brillante… El coche era azul o, por lo menos, lo eran los costados. ¡Bueno, esto es algo más que conocemos! Un gran coche pintado de azul, probablemente americano. Seguramente la policía podrá seguir su pista.

—*Tim* está husmeando aún. Es la imagen de la tristeza —exclamó Dick—. ¡Pobre viejo *Tim*! Espero que sepa que *Jorge* fue subida en el coche justamente aquí. ¡Eh! ¡Está desenterrando algo!

Corrieron a ver qué era. *Tim* trataba de sacar un pequeño objeto encajado en la huella de rueda. Evidentemente, el coche había pasado por encima de aquello, fuera lo que fuera.

Dick vio algo partido por la mitad, algo verde. Cogió las dos mitades.

—¡Un peine! ¿Tenía *Jorge* un pequeño peine verde como éste?

—En efecto, lo tenía —aseguró Julián—. Sin duda lo dejó caer cuando la metieron en el coche con la esperanza de que lo encontráramos, para revelarnos que estuvo aquí. Y mira, ¿qué es esto?

Era un pañuelo colgando de un arbusto espinoso. Tenía bordada una J en azul.

Julián lo cogió.

—Sí, es de *Jorge* —dijo—. Tiene seis de esta clase, todos con la inicial de distinto color. Debe de haberlo tirado también. Rápido, Dick, mira por ahí, a ver si pudo tirar algo más desde el coche, mientras le daban la vuelta. Seguramente la montaron en la parte trasera y tuvo la oportunidad de tirar lo que tenía en el bolsillo de su bata, para que supiéramos que estuvo aquí si pasábamos por este camino.

Buscaron durante mucho tiempo. *Tim* encontró una cosa más, otra vez metida en las huellas del coche, un dulce envuelto en papel de celofán.

—¡Mira! —señaló Dick cogiéndolo—. ¡Uno de los dulces que tomamos la otra noche! *Jorge* debía guardarlo en el bolsillo de su bata. Si hubiera tenido papel y lápiz casi seguro que nos habría escrito una nota, ya que tuvo tiempo para ello.

—Es una idea —asintió Julián—. Busquemos con más cuidado.

Pero aunque examinaron cada trocito de césped y cada arbusto, no había ninguna nota que encontrar. ¡Era esperar demasiado!

—Sigamos las huellas del coche y asegurémonos de que alcanzaron la carretera —propuso Julián.

Por lo tanto, las siguieron por el ancho sendero del bosque.

En el borde, un poco más allá, un pedazo de papel volaba con el

viento, avanzando uno o dos centímetros cada vez que la brisa lo levantaba. Dick lo cogió y miró a Julián excitado.

—¡Tuvo tiempo de escribir una nota! Es su letra… Pero sólo hay una palabra. ¿Qué quiere decir?

Julián y Dick se concentraron sobre el pedazo de papel. Sí, era la letra de Jorge, la misma que cuando firmaba.

—*Gringo* —leyó Julián—. Sólo esta palabra: *Gringo*. ¿Qué significa? Será algo que ella oyó decir a los hombres, supongo, y tuvo el tiempo justo de escribirlo y lanzar fuera el papel. ¡*Gringo*! *Tim*, ¿qué significa *Gringo*?

Capítulo XVI

JO

Dick y Julián volvieron a «Villa Kirrin» con los dos desconsolados perros. Le enseñaron a Ana las cosas que habían encontrado y ella también se extrañó ante la palabra *Gringo*.

—Tenemos que avisar a la policía sobre lo que habéis descubierto —dijo—. Pueden seguir al coche y averiguar qué o quién es *Gringo*.

—Voy a telefonearles ahora mismo —resolvió Julián—. Dick, vete al garaje con este dibujo de la huella del neumático y averigua si pertenece o no a un coche americano.

La policía se mostró interesada, pero no demasiado dispuesta a colaborar. El sargento aseguró que enviaría a un hombre a examinar el claro donde el coche había estado detenido y dijo que, en su opinión, aquel trozo de papel no era muy importante, ya que lo habían encontrado un poco lejos del lugar en donde el coche dio la vuelta.

—Vuestra prima no pudo tirar nada por la ventana cuando el coche estaba en marcha —dijo—. Seguro que había alguien con ella en el asiento trasero. La única razón por la que consiguió tirar algunas cosas en el claro fue porque el segundo hombre… seguro que eran dos… debía de estar guiando al otro para dar la vuelta al coche.

—El viento puede haber arrastrado la nota por el camino —opinó Julián—. De todos modos, le he dado toda la información que teníamos.

Era un día desgraciado, aunque el sol brillaba cálido y el mar estaba azul e invitador. Pero nadie quería bañarse, nadie quería

hacer otra cosa en realidad más que hablar y hablar de *Jorge* y de lo que había pasado y de dónde podía estar en aquel momento.

Juana volvió a tiempo para hacerles la comida y se alegró al encontrar que Ana había guisado patatas y preparado la ensalada y que Dick se había encargado de recoger grosellas. Los niños se mostraron muy contentos de ver a Juana. Era alguien sensato, firme y consolador.

—Bueno, Jane está a salvo en casa de mi prima —anunció—. Estaba muy triste, pero yo le dije que debía sonreír y jugar, porque, en caso contrario, las vecinas empezarían a hacerse preguntas acerca de ella. La vestí con algunas ropas de *Jo*. Le sientan muy bien. ¡Sus trajes parecen de mucho precio y harían hablar a la gente!

Le explicaron a Juana lo que habían descubierto en el claro, por la mañana. Cogió la nota y la examinó.

—¡*Gringo*! —repitió—. ¡Qué nombre más raro! Me suena a nombre de gitano. Es una lástima que *Jo* no esté aquí. Ella podría decirnos lo que significa.

—¿Has visto a *Jo*? —preguntó Dick.

—No. Estaba de compras —respondió Juana levantando la tapa para ver las patatas—. Espero que cuide bien de Jane. Realmente, es difícil recordar todos los cambiantes nombres de esta cría.

Las únicas noticias frescas del día fueron la llamada telefónica de la asustada tía Fanny. Estaba asombrada y alarmada por las noticias que había oído.

—¡Vuestro tío está completamente hundido! —dijo—. Ha estado trabajando muy duro, ya sabéis, y las noticias de *Jorge* han supuesto para él el último golpe. Está muy enfermo. No puedo dejarlo por el momento y, de todos modos, nosotros no podemos hacer nada. Sólo la policía es capaz de ayudarnos ahora. ¡Pensar que estos hombres horribles han raptado a *Jorge* por error…!

—No te preocupes, tía Fanny —la tranquilizó Julián—. Hemos ocultado a Berta en un lugar donde se hallará a salvo y espero que esos hombres suelten a *Jorge* tan pronto como ella les diga que se han equivocado.

—¡Si es que lo dice! —comentó Dick en voz baja—. Pero no lo hará a causa de Berta… al menos por unos días.

Todo el mundo se fue muy triste a la cama aquella noche. Ana se llevó a *Tim* y a *Sally* con ella. Los dos parecían tan abandonados que no podía hacer otra cosa. *Tim* no había querido comer nada y Ana estaba preocupada por él.

Julián no podía dormir. Daba vueltas y más vueltas en la cama, pensando en *Jorge*. ¡Impetuosa, valerosa, impaciente, independiente *Jorge*! Se preocupaba y pensaba en ella, deseando poder hacer algo en su favor.

¡De pronto, una piedrecita golpeó contra su ventana! Se sentó, inmediatamente alerta. Algo entró en la habitación y rodó por el suelo. Julián se acercó a la ventana. ¿Quién tiraba piedras a aquellas horas?

—¿Eres tú, Dick?

—¡*Jo*! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Julián, asombrado —. Soy Julián. Dick duerme. Lo despertaré y te dejaremos entrar.

¡Pero no necesitó bajar a abrirle! ¡*Jo* trepó por un árbol que crecía junto a la ventana y saltó desde la rama al alféizar antes de que hubiera despertado a Dick!

Se deslizó en la habitación. Julián la iluminó con la linterna. Allí estaba *Jo*, sentada al borde de la cama de Dick, con la conocida mueca en su cara. Estaba muy morena, pero aún se transparentaban sus pecas, y su pelo seguía tan corto y rizado como siempre.

—Tenía que venir —explicó—. Cuando llegué a casa al volver de la compra me encontré a esa chica, Jane. Me lo explicó todo, cómo ha sido capturada *Jorge* por equivocación en lugar de ella. Y cuando le dije. «Vete y explica que estás a salvo y que todo es un error y *Jorge* podrá salir libre», ella no quiso. Se sentó y se echó a llorar… ¡Pequeña cobarde!

—No, no, *Jo* —dijo Dick. Y trató de explicárselo a la indignada muchacha. Pero no podía convencerla.

—Si yo fuera esa chica, Jane, no dejaría que nadie fuera raptado en mi lugar —continuó—. No me gusta, es tonta. ¡Y estoy obligada a cuidarla! ¡Uf! Yo no. Me gustaría que la raptaran a ella, lo mismo que a *Jorge*.

Julián contempló a *Jo*. Era extremadamente leal hacia los Cinco y estaba orgullosa de ser su amiga. Había corrido dos aventuras con ellos. Era una pícara gitanilla, pero una buena y leal amiga. Su

padre estaba en la cárcel y ella vivía con la prima de Juana. Y por primera vez en su vida ¡iba a la escuela!

—Escucha, *Jo*, nosotros sabemos algunas cosas más que Berta…, no, que Lesley…, no, tampoco…, que Jane.

—¿Qué dices? —quiso saber *Jo*, extrañada.

—Quise decir Jane —aclaró Julián—. Hemos encontrado algunas cosas más desde que Juana se llevó a Jane a casa de su prima esta mañana.

—Vamos, decídmelas —apremió *Jo*—. ¿Sabéis dónde está *Jorge*? Si lo sabéis, iré allí y la sacaré.

—¡Oh, *Jo*! No vale la pena ponerse tan atrevida —la calmó Dick —. Las cosas no son tan fáciles.

—*Jorge* lanzó un trozo de papel con esto escrito —dijo Julián. Y lo puso ante *Jo*—. ¿Ves? Sólo hay una palabra: *Gringo*. ¿Significa algo para ti?

—¿*Gringo*? —preguntó *Jo*—. Me suena. Veamos… *Gringo*. —Frunció el ceño, pensando. Después asintió—. ¡Oh, si! Ya me acuerdo. Vino una feria a la ciudad hace pocas semanas. A la ciudad que está cerca de nuestro pueblo. Se llamaba «Gran Feria de Gringo».

—¿Adónde se fue? —preguntó Dick, impaciente.

—Iba a Fallenwick y después a Granton —respondió *Jo*—. Me hice amiga del chico cuyo padre era el dueño del tiovivo. ¡Cielos! Di cientos de vueltas gratis.

—¿De veras? —preguntaron los dos niños a coro, y *Jo* les hizo una mueca burlona.

—¿Crees que Gringo, el de la feria, puede tener algo que ver con el nombre que *Jorge* escribió en ese papel? —indagó Julián.

—No lo creo —replicó *Jo*—. Pero, si quieres, puedo ir a buscar la feria y valerme de *Spiky*, el chico del tiovivo, para averiguar algo. *Spiky* dijo que Gringo tenía un verdadero horror por el trabajo y se creía un gran señor.

—¿Tiene coche, un coche grande? —preguntó Dick de pronto.

—No lo sé tampoco —contestó de nuevo *Jo*—. Puedo averiguarlo. Bueno, me voy ahora mismo. Si me dejáis una «bici» iré con ella hasta Granton.

—Claro que no —atajó Julián, imaginándose a *Jo* pedaleando

los veintidós kilómetros que había hasta Granton en medio de la noche.

—Bueno —dijo ella bastante huraña—. Sólo pensé que os gustaría que os ayudase. Puede ser que ese Gringo tenga a *Jorge* en alguna parte. Es la clase de sujeto que haría de intermediario. ¿Comprendéis qué quiero decir?

—¿Cómo? —preguntó Dick.

—Bien, *Spiky* dijo que, si alguien quería hacer algo sucio, ese Gringo les echaría una mano. Si le ponen un montón de billetes en ella hace lo que sea y no dice nada —aclaró *Jo*.

—Ya veo —asintió Julián—. ¡Hum! Suena como si los raptores hubiesen seguido ese camino.

Jo rió desdeñosa.

—No supondría nada para él. Es muy bruto. Anda, Julián, déjame tu «bici».

—¡*No*! —negó con firmeza Julián—. Muchas, muchísimas gracias, pero no voy a permitir que nadie vaya a una feria a medianoche a averiguar si un tipo llamado Gringo tiene algo que ver con *Jorge*. Además, no puedo creerlo. Sería demasiada coincidencia.

—Bueno, pero me preguntaste si el nombre significaba algo para mí —explicó *Jo* en tono ofendido—. De todos modos, es un nombre bastante común para un circo o una feria. ¡Probablemente hay miles de Gringos!

—Es hora de que vuelvas a casa —advirtió Julián mirando su reloj—. Y pórtate bien con Berta, con Jane quiero decir, *Jo*, por favor. Puedes venir mañana a ver si hay más noticias. Oye, por cierto, ¿cómo has venido esta noche?

—Andando —respondió *Jo*—. Mejor dicho, corriendo. No por las carreteras, claro. Dan demasiadas vueltas. He venido como los pájaros, lo más recto que he podido. ¡Es mucho más corto!

Dick se imaginó inmediatamente a la pequeña y valiente *Jo* corriendo a través de bosques y campos, trepando por las colinas y atravesando los valles, tan directa como un avión volando sobre la región. ¿Cómo podía encontrar así el camino? ¡Él estaba seguro de no poder hacerlo!

Jo se deslizó por el alféizar de la ventana y por el árbol tan

fácilmente como los gatos.

—Adiós —susurró—. ¡Hasta pronto!

—Dale recuerdos a Jane —murmuró Dick.

—No lo haré —repuso *Jo* muy fuerte, y desapareció.

Julián apagó la luz.

—¡Uf! —exclamó—. Siempre me siento como si me hubiera tirado al suelo un fuerte y fresco viento cuando veo a *Jo*. ¡Qué chica! ¡Qué capricho, ir en bicicleta hasta Granton esta noche, después de correr todo el camino desde donde está Berta!

—Sí. Me alegro de que le hayas prohibido coger tu «bici» —observó Dick—. Es una cosa buena que no se atreva a desobedecerte.

Se metió en la cama. Y en aquel preciso instante los dos chicos oyeron un fuerte timbrazo. Dick se sentó de un salto.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Esa pequeña idiota!

—¿Qué pasa? —preguntó Julián. Y entonces se dio cuenta de que el timbrazo provenía de una bicicleta. ¡Sí, un timbre sonaba ruidoso y desafiante, tocado por alguien que pedaleaba por la carretera de la costa hacia Granton!

—¡Es *Jo*! —gritó Dick—. ¡Y se ha llevado mi «bici»! Conozco el timbre. ¡Demonios! Le romperé la cara cuando la vea.

Julián dio un sonoro resoplido.

—Es un mono, un valeroso, resuelto, leal y entorpecedor monito. ¡Qué caradura! No se atrevió a coger mi «bici» cuando se lo prohibí, así que cogió la tuya. No puedo imaginar qué va a decir el chico del tiovivo cuando sea despertado por *Jo* en mitad de la noche.

—Probablemente está acostumbrado a ella —opinó Dick—. Bueno, durmamos. Me pregunto si *Jorge* estará dormida o despierta. Odio pensar que está prisionera en algún lado.

—Apuesto a que *Tim* lo odia aún más que nosotros —apuntó Julián, oyendo un prolongado gemido en la habitación contigua—. ¡Pobre viejo *Tim*! Tampoco puede dormir.

Dick y Julián se durmieron al fin, ambos pensando en la veloz pequeña figura que corría sobre una bicicleta en la noche para hacer algunas preguntas al chico de un tiovivo llamado *Spiky*.

Capítulo XVII

A LA FERIA DE GRINGO

A la mañana siguiente, a las siete y media, Juana llegó corriendo al dormitorio de Julián con un trozo de papel en la mano. Llamó a la puerta.

—Señorito Julián, he encontrado un pedazo de papel sucio cuando he abierto la puerta esta mañana. Estaba plegado, con su nombre en el exterior.

Julián saltó de la cama al momento. ¿Una nota de los raptores, quizá? No, no podía ser. ¡No le iban a escribir a él!

¡Era de *Jo*! Estaba tan mal escrito que Julián apenas podía leerlo.

Julián, he visto a Spiky, *vendrá a las «oce» a la «plalla». Cogí la «bici» de Dick para ir a casa, la «devolberé» a las «oce». No te enfades. Jo.*

—Supongo que «plalla» será la playa —dijo Dick—, y que «oce» querrá decir las once. ¡Pequeña cabeza loca! Espero que no me haya estropeado la «bici».

Jo no la había estropeado. Por el contrario, había encontrado tiempo para limpiarla antes de salir de su casa y llegó con la bicicleta tan reluciente y brillante que Dick no tuvo ánimo para reñirla.

Era bastante temprano y *Jo* se dirigió a la casa en lugar de ir a la playa. Atravesó la verja y entró en el jardín, acercándose a la puerta. *Tim* corrió a darle la bienvenida con una serie de emocionados ladridos. Le gustaba *Jo*. Realmente, quería mucho a la gitanilla. Ella tenía un don para atraerse a los animales. *Sally* la seguía bailando sobre sus patitas como siempre, dispuesta a recibir

amistosamente a cualquiera que gustara a *Tim*.

Dick saludó a *Jo* desde la puerta principal al verla llegar.

—¡Hola, ciclista! ¡Diablos! ¿Qué le ha pasado a mi «bici»? ¿Le has hecho la limpieza primaveral?

Jo esbozó una mueca, mirando a Dick con cautela.

—Sí. Lo siento, Dick, la cogí sin tu permiso…

—No lo sientes ni pizca, pero voy a olvidarlo —respondió Dick —. ¿Así que, a pesar de todo, llegaste sana y salva al circo?

—Sí. Desperté a *Spiky*. No se sorprendió —explicó *Jo*—. Pero su papá dormía en el mismo carromato que él, así que no pude hablar mucho con él. Sólo le dije que estuviera a las once en la playa de Kirrin. Después, me volví a casa. Debía haberte devuelto la «bici» en el camino de regreso, pero estaba un poco cansada y me fui a casa montada en lugar de andar.

—No puedes haber dormido mucho esta noche —comentó Julián contemplando a la soñolienta muchacha, que tenía el rizado pelo revuelto—. ¡Hola! ¿Quién es aquél?

Un pequeño y rollizo muchacho se aproximaba corriendo a la verja. Tenía un mechón de pelo negro que sobresalía en torno a la coronilla, formando curiosas puntas.

—¡Ah, éste es *Spiky*! —aclaró *Jo*—. Ha llegado puntual, ¿no? Le llaman *Spiky* por su pelo[2]. No lo vais a creer. Se gasta fortunas en fijapelo, para tratar de aplastarse esas puntas. Pero no puede. —Y *Jo* le llamó a grandes voces—: ¡*Spiky*! ¡Eh! ¡*Spiky*!

Spiky se volvió al punto. Tenía una cara agradable, grandes orejas y los ojos tan negros como dos pedazos de carbón. Se detuvo mirando a *Jo* y a los chicos.

—Ahora iba a la playa —dijo.

—Bien. Nosotros también vamos —le contestó *Jo*.

Y ella y los chicos se unieron a *Spiky*. Encontraron al hombre de los helados por el camino y Julián compró un helado para cada uno.

—¡Oh…! Gracias —exclamó *Spiky*, complacido. Se sentía bastante tímido ante Dick y Julián y estaba muy intrigado pensando por qué le habrían hecho venir.

Se sentaron en la arena.

—Casi me asustaste cuando viniste anoche a golpear mi ventana —dijo a *Jo*, lamiendo el helado con su rosada lengua—. ¿Qué

ocurre?

—Bueno —empezó Julián con cautela—. Estamos interesados en alguien llamado Gringo.

—¿Gringo? —comentó *Spiky*—. Mucha gente se interesa por Gringo. ¿Sabéis lo que decimos en la feria? Decimos que Gringo debería poner un anuncio: «Todos los trabajos sucios se hacen aquí». Es un mal sujeto ese Gringo, pero nos paga muy bien, aunque nos haga trabajar como a esclavos.

—La feria es suya, ¿no? —preguntó Julián, y *Spiky* asintió—. Supongo que la usa de tapadera para sus otros grandes negocios —dijo Julián dirigiéndose a Dick. Contempló al muchacho regordete de negros ojos, preguntándose hasta qué punto podía confiar en él. *Jo* vio su mirada y adivinó lo que estaba pensando.

—Es de confianza —manifestó señalando a *Spiky*—. Puedes decir lo que quieras. Sabe ser mudo, ¿verdad, *Spiky*?

Spiky sonrió con su franca sonrisa. Julián decidió confiar en él y, hablando en una voz baja que emocionó profundamente a *Spiky*, le explicó el rapto de *Jorge*. Los ojos de *Spiky* casi se salieron de sus órbitas.

—¡Demonio! —exclamó—. Apuesto a que el viejo Gringo está detrás de todo esto. La semana pasada fue a Londres. Le dijo a mi «pap» que iba por un negocio grande, un asunto con americanos, dijo que era.

—Sí, suena como si todo encajara —comentó Julián—. *Spiky*, este rapto tuvo lugar hace dos noches. ¿Sabes si ocurrió algo anormal en el recinto de la feria? Debió de ser a medianoche.

Spiky meditó. Al fin sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. El gran carromato doble de Gringo está aún allí. Ayer por la mañana lo trasladó lejos del campo. Dijo que había demasiado ruido para su vieja «ma», que vive en el remolque y le cuida. Todos nos alegramos de que se alejara. Ahora no puede vigilarnos tan fácilmente.

—Supongo que tu… —empezó Julián, pero fue interrumpido por Dick, que lanzó una exclamación.

—¡Tengo una idea! —exclamó—. Imaginad que el carromato fue movido por «otra» razón. Imaginad que alguien estuviera armando escándalo dentro del coche, alguien gritando y pidiendo ayuda.

Gringo tenía que mover el carromato, por si acaso alguien lo oía.

Hubo una pausa y entonces *Spiky* asintió.

—Sí, puede ser —dijo—. Que yo sepa, Gringo nunca había apartado su caravana del campo. ¿Queréis que haga algunas averiguaciones?

—Sí —respondió Julián, excitado—. ¡Cielos! ¡Sería una suerte si encontráramos a *Jorge* tan rápidamente y tan cerca de nosotros! Un recinto ferial es un lugar muy bueno para esconderla, desde luego. Gracias a Dios que encontramos el trozo de papel con el nombre de Gringo escrito en él.

—Vayamos todos a la feria esta tarde —propuso Dick—. Nos llevaremos a *Tim*. Olerá a *Jorge* en seguida.

—¿No sería mejor llamar primero a la policía? —inquirió Julián.

Al momento, *Spiky* y *Jo* se alarmaron, ¡*Spiky* parecía a punto de echar a correr!

—¡No avises a la policía, Julián! —suplicó *Jo* con urgencia—. No conseguirás nada más de *Spiky* si lo haces. Nada más.

—Me voy —dijo *Spiky*, aún aterrorizado.

—No, no te vas —atajó Dick sujetándole—. No acudiremos a la policía. Asustarían a Gringo y éste se desharía de *Jorge* inmediatamente. No dudamos de que está planeando hacerlo en cualquier momento. No vamos a decir una palabra, así que siéntate y sé sensato.

—Puedes creerle —le dijo *Jo* a *Spiky*—. Es honrado, ¿ves?

Spiky se sentó con cautela.

—Si vais a venir a la feria, hacedlo a las cuatro —dijo—. Es medio día de fiesta hoy para los pueblos de los alrededores y la feria estará llena. Si queréis husmear por allí, podéis entrar mezclados entre la gente.

—Bueno —aceptó Julián—. Estaremos allí. Mantén los ojos abiertos, *Spiky*, y búscanos si tienes noticias.

Spiky se fue y los muchachos no pudieron menos que sonreír al verle de espaldas. Desde luego, las puntas de sus cabellos eran muy extrañas.

—Es mejor que te quedes a comer con nosotros, *Jo* —invitó Dick. Y la cara de la complacida niña resplandeció.

—¿Le gustará a la prima de Juana que no vuelvas a comer? —

advirtió Julián.

—Le dije que no volvería en todo el día —aclaró *Jo*—. Aún tengo vacaciones en el colegio. De todos modos, no puedo aguantar a Jane. Ella se lamenta todo el día y se ha puesto algunas de mis ropas también.

Jo estaba tan enfadada con Berta que los chicos no pudieron por menos que reír.

Volvieron a «Villa Kirrin» y encontraron a Juana y Ana trabajando duramente.

—¡Tú, monito! —le dijo Juana a *Jo*—. Sigues con tus trucos de siempre. ¡Tirando piedras a las ventanas de la gente en medio de la noche! Intenta hacerlo con mi ventana y… ¡verás lo que te pasa! Ahora ponte este delantal y ayúdanos un poco. ¿Cómo está Jane?

Juana se excitó mucho al oír las últimas ideas de los chicos acerca del lugar en que *Jorge* podía estar. Julián le advirtió:

—Pero nada de avisar a la policía a nuestras espaldas esta vez, Juana. Es mejor que lo hagamos Dick y yo.

—¿Puedo ir yo con *Sally*? —preguntó Ana.

—Será preferible no llevar a *Sally* —le explicó Dick—, por si alguien en la feria la reconoce. Así que es mejor que te quedes con ella y nosotros nos llevaremos a *Tim*. Seguro que olerá a *Jorge* si está escondida en alguna parte del campo. Pero yo creo que probablemente estará en la propia caravana de Gringo.

Tim levantaba sus orejas cada vez que oía mencionar a *Jorge*. Se sentía terriblemente triste y corría al jardín continuamente, esperando ver llegar a su ama. Cuando alguien le necesitaba, ya sabía dónde encontrarle: tendido en el vacío lecho de *Jorge*, desesperado y, casi seguro, con una igualmente desesperada *Sally* junto a él.

A las tres y media, los chicos y *Jo* se dirigieron a la feria en sus bicicletas. *Jo* iba en la de Ana y *Tim* corría valientemente junto a ella. *Jo* contemplaba de cuando en cuando la brillante bicicleta de Dick. ¡Qué bien la había limpiado aquella mañana!

Llegaron a la feria.

—Podéis dejar las «bicis» apoyadas en el carromato de *Spiky* —aconsejó *Jo*—. Estarán seguras aquí. Pagad y entraremos. No necesitáis pagar por mí. Saltaré la valla por el extremo. Soy amiga

de *Spiky*, así que no estará mal que lo haga.

Le dio su bicicleta a Dick y desapareció. Julián pagó y se acercó a la puerta. Vieron a *Jo* corriendo desatinadamente hacia ellos desde el extremo del gran campo y arrastraron las tres bicicletas en dirección a ella, con *Tim* a sus talones.

—¡Hola! —exclamó *Spiky* apareciendo súbitamente—. ¡Os veré dentro de un rato! He de ir a atender el tiovivo. Tengo algunas noticias, pero no muchas. Aquél de allí es el carromato de Gringo, aquel doble, con el coche grande delante y el coche pequeño detrás.

Señaló con la cabeza hacia el magnífico carro que estaba un poco alejado de los demás. Había gente paseando en torno a los otros coches, pero ni una sola persona junto al de Gringo. Evidentemente, nadie osaba acercarse demasiado.

—Voto por comprar una pelota en alguno de los puestos y luego ir a jugar cerca del carromato de Gringo —dijo Dick en voz baja—. Entonces, uno de nosotros tirará la pelota demasiado fuerte y ésta irá a parar junto al remolque. De algún modo nos arreglaremos para echarle una ojeada. *Tim* puede ir husmeando por allí mientras jugamos. Si *Jorge* está allí, ladrará.

—¡Estupenda idea! —aplaudió Julián—. ¡Vamos, *Jo*! Y abre bien los ojos todo el tiempo para advertirnos si hay peligro.

Capítulo XVIII

SPIKY ES UNA GRAN AYUDA

Los dos chicos y *Jo*, con *Tim* pegado a sus talones, vagaron por la feria buscando algún sitio donde comprar una pelota. Parecía no haber ninguno que se dedicara a vender, así que tuvieron que ir al puesto de tiro de anillas y Julián trató de colocar una anilla en torno a una pelota roja. ¡No era fácil!

Era una feria grande y ruidosa, y cientos de personas de los pueblos cercanos habían venido aprovechando que era fiesta para disfrutar de ella. El tiovivo hacía sonar su potente y ronca música sin cesar, las barcas iban y venían, los autos de choque se embestían y se golpeaban unos a otros y los hombres gritaban sus mercancías.

—¡Globos! ¡Globos gigantes! ¡Cinco pesetas uno!

—¡Helados! ¡Todos los gustos!

—¿Le digo la buenaventura? Le diré la pura verdad.

Jo se sentía como en su casa en la feria. Se había criado en una y conocía todos los trucos del oficio. *Tim* estaba bastante asustado por el ruido y se acercaba lo más posible a los chicos, con la cola todavía baja, pues no había olvidado que *Jorge* no se hallaba con ellos.

—Ahora vamos a jugar a la pelota —anunció Julián—. Ven, *Tim*. Si nos metemos en un lío tienes que gruñir y enseñar los dientes, ¿oyes?

Los tres, acompañados de *Tim*, fueron hacia el espacio de campo sin gente que separaba el remolque de Gringo del resto de la feria. Un hombre de un puesto cercano les llamó.

—¡Eh! Os vais a meter en un lío si jugáis ahí.

Pero no le hicieron caso y él, encogiéndose de hombros, empezó

a pregonar sus mercancías.

Se lanzaron la pelota unos a otros y, de pronto, Julián la tiró tan fuerte que fue a caer directamente bajo las ruedas del remolque de delante de los dos. Inmediatamente, Dick y *Jo* fueron tras la pelota. *Jo* se encaramó a la rueda y miró al interior por la ventana, mientras Dick corría hacia el pequeño remolque situado detrás del gran carromato.

Una pequeña ojeada convenció a *Jo* de que el carromato estaba vacío. El interior estaba amueblado lujosamente y parecía un rico dormitorio-salita. Se deslizó hacia abajo.

Dick se asomó a la ventana del coche pequeño. Al principio creyó que no había nadie allí, pero de pronto vio un par de fieros y enfadados ojos mirándole, los ojos de una pequeña y encorvada anciana. «Parece una bruja», pensó Dick. Estaba sentada en un rincón y, cuando él la miró, le amenazó con el puño y gritó algo que él no pudo oír.

Saltó y se reunió con los otros.

—No hay nadie en el carromato grande —anunció *Jo*.

—Y sólo una vieja con cara de bruja en el otro —añadió Dick profundamente desilusionado—. A menos que tengan a *Jorge* bajo una litera o metida en una alacena, no está allí.

—*Tim* no parece interesado en los carromatos, ¿verdad? —observó Julián—. Estoy seguro de que si *Jorge* estuviera en realidad en una de esas carretas, ladraría y trataría de entrar.

—Sí, creo que sí —asintió Dick—. ¡Eh! Alguien sale del segundo remolque. ¡Es la anciana! ¡Está enfadada!

¡En efecto! Bajó los escalones, gritando y sacudiendo el puño hacia ellos.

—¡*Tim*, ve y busca, busca en aquel carromato! —gritó Julián de pronto, mientras la anciana venía hacia ellos.

Los tres se quedaron donde estaban, mientras la vieja se acercaba. No podían entender ni una palabra de lo que decía, en parte porque no tenía dientes y en parte porque hablaba una mezcla de muchos idiomas. De todos modos, resultaba bastante claro que les estaba insultando por su osadía al jugar junto a los remolques.

Tim había entendido lo que le había dicho Julián y se había deslizado en el segundo carro. Estuvo allí medio minuto y luego

empezó a ladrar. Los chicos pegaron un salto y Dick inició un movimiento hacia el carromato.

Entonces apareció *Tim*, arrastrando algo tras él con los dientes. Intentó ladrar al mismo tiempo, pero no lo consiguió. Bajó la cosa, que parecía un abrigo, hasta el suelo, antes de que la vieja se le acercara chillando a pleno pulmón y pegándole. Cogió la prenda de vestir y subió los escalones y, ante la sorpresa de *Tim*, le dio una coz cuando intentó coger la prenda. La puerta se cerró de golpe.

—Si esta anciana no hubiese sido vieja, *Tim* pronto le hubiese mostrado que es un perro fiero —repuso Dick—. ¿Qué es lo que arrastraba fuera del remolque?

—Ven aquí, fuera de la vista del coche —dijo Julián con urgencia—. ¿No lo reconociste, Dick? ¡Era la bata de *Jorge*!

—¡Diablos! —soltó Dick, parándose sorprendido—. Sí, tienes razón. Lo era. ¡Sopla! ¿Qué significa esto exactamente? *Jorge* no está allí, desde luego. *Tim* la hubiese encontrado.

—Lo mandé allí para ver si olía a *Jorge*, por si ésta había estado escondida en el carro —explicó Julián—. Pensé que ladraría excitadamente si olía su rastro en algún lado, en una cama por ejemplo. ¡Nunca se me ocurrió que encontraría su bata y la arrastraría para enseñárnosla!

—¡Buen chico, *Tim*! ¡Inteligente *Tim*! —dijo Dick acariciando al perro, cuyo rabo estaba ahora medio levantado. Había encontrado al fin la bata de *Jorge*… ¡Pero cuán sorprendente encontrarla en un remolque!

—¿Por qué razón guardan con ellos la bata cuando no tienen a *Jorge*? —preguntó Julián—. No hay duda de que ella ha estado en el carromato. Fue traída aquí hace dos noches, supongo. ¿Dónde está ahora?

—Sin duda la vistieron —aventuró Dick—. Habrán tenido que darle vestidos cuando la llevaron a otro lado. Al fin y al cabo, iba sólo con el pijama y la bata.

Jo estaba escuchando esto, asombrada e inquieta. Le dio un codazo a Dick.

—*Spiky* nos está llamando —le advirtió.

Rodearon el tiovivo del que ahora cuidaba el padre de *Spiky*. Éste les hizo entrar en su carromato, pequeño y bastante sucio, en el

cual vivía con su padre.

—Vi a la vieja «ma» de Gringo persiguiéndoos —dijo con su amplia sonrisa—. ¿Qué es lo que arrastraba vuestro perro?

Se lo explicaron. Él asintió.

—He estado indagando por ahí un poco, muy prudentemente —explicó—, sólo para saber si alguien oyó algo en el remolque de Gringo. El compañero del carromato cercano me dijo que oyó gritos y gemidos hace dos noches. Calculó que había alguien en el carro de Gringo, pero tiene demasiado miedo para interferirse, desde luego.

—Debía de ser *Jorge* la que se quejaba —sugirió Dick.

—Bueno. Entonces la caravana de Gringo fue cambiada de sitio al día siguiente, lejos de las demás —continuó *Spiky*—. Y esta tarde, antes de que se abriera la feria, Gringo cogió su coche y remolcó el carromato pequeño fuera del campo y se fue con él. Nos preguntábamos por qué, pero él dijo a todos que necesitaba reparación.

—¡Y *Jorge* iba dentro! —saltó Dick—. ¡Qué modo más astuto de llevarla a otro escondite!

—¿Cuándo volvió el carromato a su sitio? —preguntó Julián, asustado.

—Justo antes de que llegarais —dijo *Spiky*—. No sé a dónde fue. Estuvo fuera una hora, calculo.

—Una hora —repuso Dick—. Bueno, suponiendo que fuera a una velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora, no se puede ir muy de prisa remolcando algo; eso quiere decir que se alejó unos veintiuno o veintidós kilómetros y volvió haciendo un viaje de una hora, contando con el tiempo que se detuvo para dejarla en el sitio que fuera.

—Sí —asintió Julián—. Pero hay muchos lugares en un radio de veintidós kilómetros.

—¿Dónde está el coche de Gringo? —preguntó Dick de pronto.

—Por allá, bajo aquel gran toldo —señaló *Spiky*—. Es uno de color gris plata, americano y muy bueno. Gringo cree que es el mejor del mundo.

—Voy a echarle una ojeada —resolvió Julián. Y se alejó. Llegó al toldo que cubría el coche hasta el suelo. Levantó la lona y estaba

a punto de mirar debajo cuando un hombre llegó corriendo y gritando:

—¡Eh, tú! ¡Deja eso! Te echaré de la feria si te metes en lo que no te importa.

Pero *Tim* estaba con Julián y se volvió gruñendo tan ferozmente que el hombre se detuvo con apresuramiento. ¡Julián tuvo bastante tiempo para echar una buena ojeada!

Sí, era un coche gris plata, americano, muy grande… ¡y los laterales eran azul brillante! Julián miró el lado izquierdo y vio varios pequeños arañazos. Antes de bajar el toldo tuvo tiempo de examinar los neumáticos. ¡Estaba seguro de que eran del mismo patrón que las huellas que había dibujado! Había consultado el dibujo con Jim, el mozo del garaje de Kirrin, y él le había asegurado que era un dibujo americano.

Dejó caer la lona y volvió junto a los otros, excitado, sin hacer caso de las palabras que el hombre le gritaba.

—Es el coche —anunció Julián—. Ahora, ¿dónde habrá ido esta tarde? ¡Si lo pudiéramos averiguar!

—Es un coche tan llamativo que alguien tiene que haberlo visto, sobre todo si arrastraba un pequeño remolque —opinó Dick.

—Sí, pero no podemos ir por todos los alrededores preguntando a los que encontremos si han visto un coche gris con los costados azules —objetó Julián.

—Vamos a casa a buscar un mapa y estudiaremos la comarca —propuso Dick—. *Spiky*, ¿hacia dónde fue el coche cuando salió del campo?

—Hacia el Este —repuso *Spiky*—. Por la carretera de Big-Twillingham.

—Algo más que sabemos —replicó Dick—. Vamos a buscar las «bicis». Gracias, *Spiky*. Has sido una gran ayuda. Ya te contaremos lo que pase.

—Llamadme si necesitáis más ayuda —dijo *Spiky*, orgulloso. E hizo un saludo moviendo la cabeza, de modo que sus mechones se agitaron cómicamente.

Pronto pedaleaban los tres, con *Tim* tras ellos de nuevo. Tan pronto como llegaron, le contaron a Ana y a Juana lo ocurrido. Juana estaba a punto de llamar a la policía, pero Julián la detuvo.

—Creo que este pequeño trabajo podemos hacerlo nosotros mejor que ellos —dijo—. Vamos a tratar de encontrar el lugar adonde se dirigió el coche, Juana. ¿Dónde están los mapas de esta región?

Los encontraron y empezaron a escudriñarlos. *Jo* se sentía perdida delante del mapa. Podía encontrar su camino en cualquier parte, de noche y de día, ¡pero no en un mapa!

—Aquí está la carretera a Big-Twillingham y a Little-Twillingham —dijo Julián—. Observemos con cuidado todas las carreteras que pudo seguir desde aquí.

Capítulo XIX

UN PLAN EXCITANTE

Quince minutos después tenían seis pueblos en su lista, a los cuales se podía llegar en media hora desde Big-Twillingham, que distaba tres kilómetros y medio de la feria.

—Y ahora, ¿qué propones que hagamos, Julián? —quiso saber Dick—. ¿Ir en «bici» a todos esos sitios y preguntar si alguien ha visto el coche?

—No, no podemos hacer eso —aclaró Julián—. Voy a ir al garaje a ver a nuestro amigo Jim y le pediré su ayuda. Le pediré que telefonee a los amigos que tenga en los garajes de esos pueblos y les pregunte si vieron pasar el coche.

—¿No creerá que es una broma? —inquirió Ana.

—Si. Pero no le importará que sea una broma si le pagamos todas las llamadas y le damos diez chelines de propina —repuso Julián blandiendo el mapa—. Y lo que es más, no nos hará preguntas. Probablemente pensará que se trata de una tonta apuesta entre nosotros.

Jim llamó al garaje de Hillingford y sostuvo una corta conversación con su amigo de allá. Colgó el teléfono.

—Por allí no ha pasado —explicó—. Dice que no ha pasado ningún coche como ése por Hillingford. Él lo hubiera visto a esa hora del día. Voy a llamar a Jack, del «Green's Garage», en Lewington.

—Tampoco fue aquí —dijo después de un minuto de conversación—. Probaré con el portero ahora. Es mi primo.

El portero tenía noticias.

—¡Sí! —exclamó Jim—. Sí, ése es. Sí, sí. ¿Le oíste decir eso?

Gracias, muchas gracias.

—¿Qué pasa? —inquirió Dick ávidamente cuando Jim colgó por fin el teléfono.

—Pat, el portero, dice que estaba libre esta tarde y que fue a comprar cigarrillos a una tiendecita situada en la calle principal de Gransfield, donde está el hotel. Se detuvo hablando con el encargado de la tienda. De pronto, un enorme coche pasó por delante de ellos, un coche gris plata, con los lados azules, americano, con el volante a la izquierda y todo.[3]

—Sí, ¿qué más? —preguntó Julián, impaciente.

—Bueno, el conductor paró y bajó a comprar cigarrillos en la tienda. Llevaba gafas oscuras y un grueso anillo de oro en el dedo. Pat notó que…

—¡Ése debe ser el hombre que preguntó por nosotros en el salón de té de Kirrin! —saltó Julián, recordándolo—. ¡Sigue, Jim, esto es estupendo!

—Pues Pat está interesado en los coches grandes, así que se acercó a echarle una mirada —continuó Jim—. Dice que el coche tenía las cortinillas echadas en la parte de atrás, por lo que no pudo ver el interior. El tipo de los lentes negros se sentó de nuevo ante el volante. Llamó a alguien que estaba en la parte de atrás y dijo: «¿Ahora, por dónde?».

—Sí, sí. ¿Oyó Pat la respuesta? —le apremió Julián.

—Alguien respondió diciendo: «No es muy lejos. En Twining, gira a la izquierda. Es la casa de la colina».

—Bueno, ¡qué suerte! —exclamó Dick—. ¿Sería ese G…? —Se detuvo ante el codazo de Julián y recordó que era mejor no decir demasiado al servicial Jim.

Julián dio diez chelines al complacido mozo del garaje, quien se los metió en el bolsillo sonriendo.

—Venid a mí siempre que queráis saber algo más respecto a coches —dijo—. ¡Telefonearé a todas partes! Muchas gracias.

Corrieron a «Villa Kirrin», demasiado excitados incluso para hablar. Apoyaron sus bicicletas contra la pared y se apresuraron a entrar para explicarlo todo a Juana y Ana. *Tim* y *Sally* advirtieron su excitación y corrieron en torno a ellos, ladrando fuertemente.

—¡Sabemos dónde está *Jorge*! —anunció Dick—. ¡Lo sabemos, lo

sabemos!

—Bueno, Julián —dijo Juana con admiración—. Fue realmente una extraordinaria idea hacer que Jim telefoneara. La policía no lo hubiese hecho mejor. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Llamar al sargento?

—No —atajó Julián—. Temo que, si la policía se pone en movimiento, alarmará a Gringo y éste se llevará a *Jorge* a otro lado. Dick y yo iremos al lugar esta noche y veremos si podemos rescatarla y traerla aquí. Al fin y al cabo, es sólo una casa corriente y supongo que Gringo no sospecha que alguien sabe dónde está *Jorge*. No la tendrá muy oculta.

—Bien —asintió Dick—. Bien, bien, bien.

—Yo también iré —intervino *Jo*.

—Tú no vendrás —saltó Julián en seguida—. Que quede bien claro, *tú no vendrás, Jo.* Pero me llevaré a *Tim*, desde luego.

Jo no dijo nada más, pero se quedó tan mustia que Ana rió.

—Alégrate, *Jo*. Puedes hacernos compañía a *Sally* y a mí. Julián, ¿no sería maravilloso que encontraseis a *Jorge* y la rescataseis?

Volvieron a estudiar el mapa, con objeto de decidir cuál era el mejor camino para ir en bicicleta hasta Gransfield.

—Búscanos las mejores linternas que tengamos, ¿quieres, Ana? —pidió Dick—. Y veamos, ¿cómo podemos traer a *Jorge* una vez que la hayamos libertado? ¡Ah, sí! En el portaequipajes de mi «bici», aunque ya sé que está prohibido. Pero esto es muy urgente. No podemos llevar una tercera «bici» con nosotros. ¡Cielos, es emocionante!

—Deberíamos llamar a la policía —advirtió Juana, quien repetía esto a intervalos regulares.

—Juana, suenas como una cotorra —reprochó Julián—. Si no hemos vuelto por la mañana, puedes llamar a la policía de todo el país si quieres.

—Su tía ha llamado de nuevo hoy, señorito Julián, casi lo había olvidado —dijo entonces Juana—. Su tío Quintín está mejor y van a venir lo más pronto que puedan.

—Espero que no sea esta tarde —objetó Julián, alarmado—. ¿Te dijeron algo sobre el señor Elbur Wright, el padre de Berta?

—¡Oh! Sigue con sus secretos, bastante feliz ahora que sabe que no fue Berta la raptada —explicó Juana—. No sé si los raptores

ignoran aún que cogieron una niña equivocada. Todo esto es muy complicado. Sus tíos tienen que obedecer a la policía y su tía está muy alarmada por *Jorge*.

—Sí, debe de sentirse terriblemente asustada —comentó Julián muy despacio—. Hemos tenido tantas emociones que casi hemos olvidado el susto. Y, de todos modos, cuando puedes hacer algo, las cosas no parecen tan malas.

—Tened cuidado de no hacer demasiado y encontraros metidos en un lío —advirtió Juana, sentenciosa.

—Tendremos cuidado —afirmó Julián guiñándole un ojo a Dick —. Oye, ¿no es hora de cenar? Me siento terriblemente hambriento.

—Bueno, no hemos merendado —le recordó Dick—. ¡Qué extraordinario que hayamos olvidado la merienda! No me extraña que estemos hambrientos.

—¿Os gustaría huevos con jamón para cenar? —preguntó Juana, y, al instante, hubo un coro de aprobación. *Tim* y *Sally* agitaron sus colas. ¡Como si la pregunta de Juana sirviera también para ellos!

—Saldremos tan pronto oscurezca —anunció Julián—. *Jo*, es mejor que te vayas a casa después de cenar. Pueden preocuparse por ti.

—Bueno —respondió *Jo*, contenta por quedarse a cenar, pero todavía enfadada por la prohibición de ir con Dick y Julián aquella noche.

Jo se marchó después de cenar, con muchos recados para Berta de Dick, Julián, Ana y *Sally*.

—¡Y apuesto que no le transmitirá ni uno solo! —dijo Dick—. Ahora, juguemos un poco antes de salir, Julián. Sólo para quitarnos la preocupación. ¡Estoy muy nervioso!

Juana se fue a la cama porque estaba cansada. Ana se quedó para ver salir a los chicos.

—Tened cuidado —les aconsejó—. ¡Tened mucho cuidado! ¡Cielos! Es mucho peor quedarse atrás preguntándose qué sucede que el ir con vosotros.

Por fin llegó la hora de partir. Eran las doce menos cuarto y, excepto la luz que daba una franja de luna, la noche era oscura, con grandes nubarrones que casi ocultaban aquélla.

—¡Vamos, *Tim*! —llamó Dick—. Vamos a buscar a *Jorge*.

—¡Guau! —asintió *Tim*, contento.

Sally gruñó y se enfadó porque la dejaban atrás. Los muchachos arrastraron sus bicicletas hasta la verja.

—¡Adiós, Ana! —susurró Dick—. Vete a la cama. Verás a *Jorge* cuando despiertes.

Salieron con las bicicletas y *Tim* corriendo junto a ellos. Pronto llegaron al campo donde estaba la feria y fueron pedaleando hacia el Este, siguiendo la carretera que el coche gris plata había recorrido aquella tarde.

Se sabían el camino de memoria porque lo habían estudiado en el mapa. Mientras pasaban los postes indicadores, sentían que su excitación aumentaba por momentos.

—¡Gransfield es el siguiente! —exclamó Dick por fin—. Pronto estaremos allí, *Tim*. No estás cansado, ¿verdad?

Entraron en Gransfield silenciosamente. El pueblo estaba dormido y en ninguna ventana brillaba una luz. Un policía surgió repentinamente de las sombras, pero, cuando vio dos chicos pedaleando, no los detuvo.

—Ahora, en Twining, girar a la izquierda y buscar una casa en una colina —dijo Dick.

Avanzaron a través del pequeño y silencioso caserío de Twining y tomaron el camino de la izquierda. Se hallaron en un sendero estrecho y escarpado. Los chicos tuvieron que desmontar, porque la colina era demasiado pendiente para ellos.

—¡Allí está la casa! —susurró Julián—. Mira a través de aquellos árboles. Parece oscura y solitaria.

Llegaron a una enorme verja de hierro, pero, cuando intentaron abrirla, comprobaron que estaba cerrada con llave. Un alto muro les privaba por completo el paso.

—¡Porras! —exclamó Julián—. ¡Porras!

—¿Y la verja? —susurró Dick. De pronto, empezó a mirar nerviosamente en torno al oír crujir una ramita—. ¿Has oído? ¿Nos estarán siguiendo?

—¡No! ¡No te asustes, por amor de Dios! —le calmó Julián—. ¿Qué es lo que estabas diciendo?

—Dije: «¿Y la verja?» —repitió Dick—. No veo por qué no podemos trepar por ella, ¿no? Nadie lo haría a plena luz, pues lo

verían en seguida, pero no sé por qué no podemos hacerlo ahora. No parece muy difícil.

—¡Sí, desde luego! —asintió Julián—. ¡Vamos!

Capítulo XX

MOMENTOS EMOCIONANTES

Los dos chicos regresaron junto a la verja. Dick se volvió dos o tres veces.

—Espero que nadie nos siga —dijo—. Siento como si alguien nos estuviera espiando todo el tiempo…

—¡Oh, calla de una vez! —interrumpió Julián—. Mira, aquí está la verja. Dame un impulso y estaré arriba en un segundo.

Dick le ayudó y Julián trepó por las rejas sin demasiada dificultad. Estaba corrido el pestillo y no cerrado con llave. Deslizó los grandes pasadores con cuidado y abrió un poco para que pasaran Dick y *Tim*.

—No podemos dejarle fuera —dijo—. Él no podría trepar por esta verja.

Se colocaron en el lado sombreado de la calzada mientras avanzaban hacia la casa. La luna desapareció tras una gran nube cuando se hallaban cerca. Era una casa antigua, con altas chimeneas; una casa fea. Tenía estrechas ventanas que parecían ojos vigilantes.

De pronto Dick se volvió para observar detrás de sí y Julián lo descubrió.

—¿Otra vez con tus manías? —preguntó impaciente—. Dick, no seas burro. Sabes perfectamente que, si alguien nos estuviera siguiendo, *Tim* lo oiría e iría tras él al momento.

—Ya lo sé —replicó Dick—. Soy un idiota, pero esta noche tengo la sensación de que hay alguien más aquí.

Se acercaron a la casa.

—¿Cómo podremos entrar? —murmuró Julián—. Seguramente

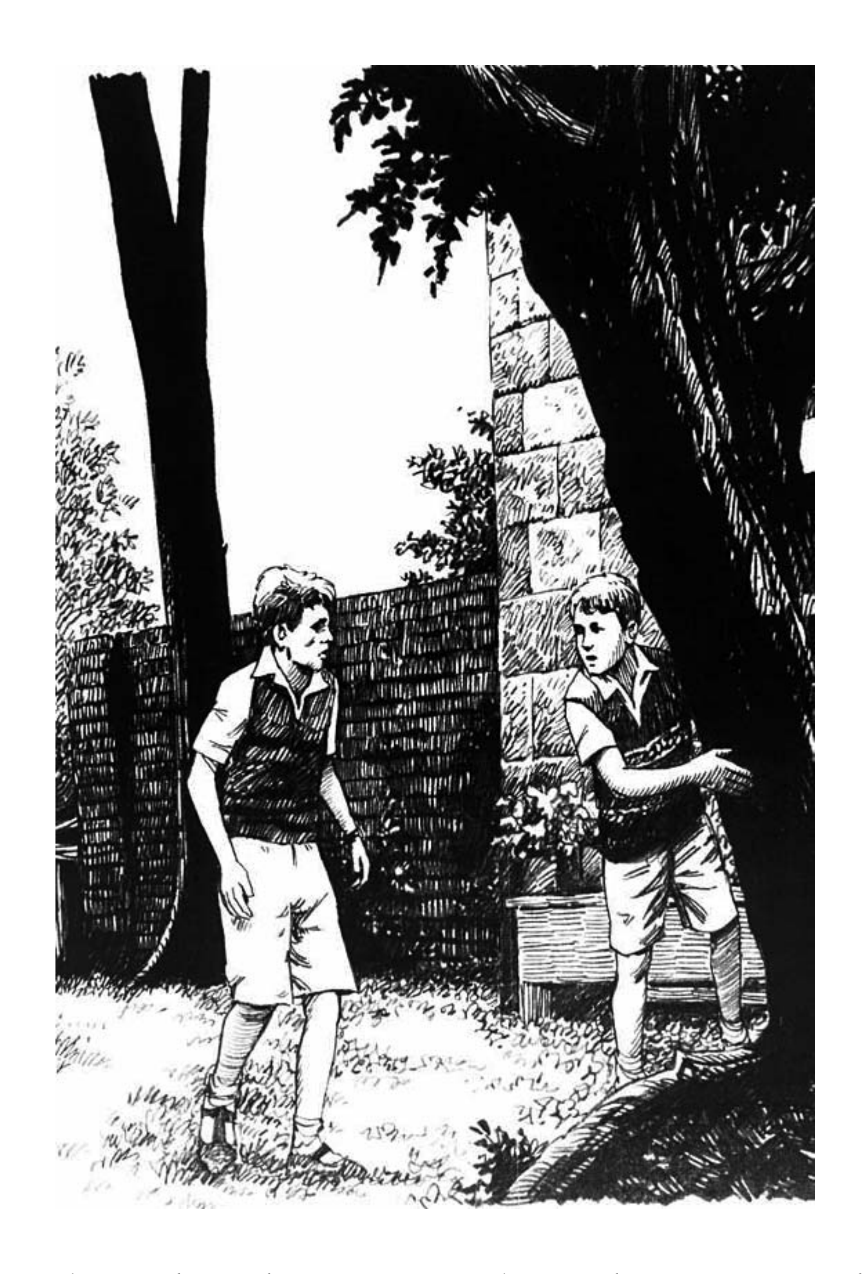
todas las puertas estarán cerradas con llave. Tendremos que probar las ventanas.

Rodearon el caserón en silencio. Como había dicho Julián, todas las puertas aparecían aseguradas. Las ventanas también estaban cerradas, cerradas a conciencia. No encontraron ninguna que estuviera abierta ni que pudiera abrirse.

—Si esta casa pertenece a Gringo, debe de tener escondidas muchas cosas, sabiendo que están completamente a salvo. ¡Verjas con pestillo, puertas cerradas, altas paredes, ventanas cerradas! —exclamó Dick—. Ningún ladrón sería capaz de entrar.

—Ni nosotros tampoco —dijo Julián, desesperado—. ¡Hemos dado la vuelta a la casa tres veces! No hay ni puerta ni ventana por la que podamos introducirnos. No hay un balcón adonde trepar ni hiedra por la cual subir. ¡Nada!

—Demos la vuelta una vez más —pidió Dick—. ¡A lo mejor se nos ha pasado algo!



Así que rodearon la casa una vez más. Cuando pasaron junto a la cocina, descubrieron algo. Salió la luna e iluminó un agujero negro y redondo en el suelo. ¿Qué diablos era aquello?

Llegaron junto a él justo cuando la luna se ocultaba de nuevo. Iluminaron brevemente con sus linternas.

—¡Es la carbonera! —exclamó Julián, atónito—. ¿Por qué no la vimos antes? Mira, la tapa está junto a ella. La han dejado abierta. Supongo que la luna estaba oculta la última vez que pasamos por este trozo de casa. No puedo imaginar cómo no la vimos.

Julián estaba desconcertado.

—No lo vi antes, es verdad. Es extraño. Podría ser una trampa, ¿no crees?

—No veo cómo —replicó Dick—. Vamos, ¡adelante! Al fin y al cabo, es un modo de entrar. —Iluminó con su linterna el interior—. Sí, mira, hay un montón de carbón aquí abajo. Podemos saltar fácilmente sobre él. *Tim*, ve delante y observa el terreno.

Tim saltó inmediatamente y el carbón se deslizó bajo sus cuatro patas.

—Ha llegado bien —observó Julián—. Ahora iré yo.

Saltó y el carbón se deslizó de nuevo, originando lo que parecía ser un enorme ruido en el silencio de la noche. Julián iluminó a su alrededor con la linterna.

Estaban sobre un enorme montón de carbón, en medio de un gran sótano. Al fondo había una puerta.

—Espero que no esté cerrada —susurró Dick—. Ahora, *Tim*, pégate a nuestros talones y, ¡por favor!, no hagas el menor ruido.

Fueron hacia la puerta, pisando sobre trozos de carbón; Julián movió el sucio pomo… ¡y la puerta se abrió hacia dentro!

—¡No está cerrada! —dijo Julián, agradecido.

Atravesaron la puerta, con *Tim* tras ellos, y se encontraron en otro sótano, lleno de estantes de piedra en los que aparecían apiladas latas y cajas y cuévanos.

—¡Bastante comida para resistir un asedio! —cuchicheó Dick—. ¿Dónde está la escalera? Tenemos que salir de aquí.

—Ahí —respondió Julián. De pronto se detuvo y apagó su linterna. Había oído algo.

—¿Oíste eso? —murmuró—. Sonaba como si alguien pisara el carbón allá en la carbonera. ¡Cielos, espero que no haya nadie siguiéndonos! Si es así, pronto estaremos prisioneros.

Escucharon, pero no oyeron nada nuevo. Subieron la escalera de piedra y abrieron la puerta que había en lo alto. Al otro lado se extendía una gran cocina, iluminada por la débil luz de la luna. Una

sombra se alzó de pronto ante ellos y *Tim* gruñó. El corazón de Dick casi dejó de latir. ¿Qué era aquello que se arrastraba por el suelo y desaparecía en las sombras? Agarró a Julián y le hizo dar un salto.

—¡No hagas eso! Era sólo el gato de la cocina lo que viste —musitó Julián—. ¡Cielos, me hiciste dar un salto! ¿No fue estupendo que *Tim* no corriera tras el gato? ¡Se hubiera producido un terrible escándalo!

—¿Dónde supones que tienen a *Jorge*? —inquirió Dick—. ¿En alguna parte arriba?

—No tengo idea. Tendremos que mirar en cada habitación —repuso Julián.

Así que miraron en cada habitación de la planta baja, pero estaban todas vacías. Eran grandes habitaciones, feamente amuebladas.

—Vamos por la escalera —propuso Dick.

Subieron. Y llegaron a un enorme rellano, cubierto de tapices y con cortinas en las ventanas. *Tim* lanzó un ligero gruñido y al instante los dos chicos se ocultaron tras los pliegues de las largas cortinas. *Tim* se acercó a ellos, sorprendido. Dick asomó la nariz un minuto más tarde.

—Creo que era ese gato otra vez —susurró—. Míralo, está sobre aquella caja. Nos está siguiendo, preguntándose qué diablos hacemos, supongo.

—¡Demonio! —exclamó Julián—. Ahora estoy yo sintiendo sensaciones extrañas al verme observado por un oscuro gato. Es real, ¿verdad?

—Por lo menos, *Tim* lo cree así —replicó Dick—. Ven, hay algunas puertas de dormitorios en ese rellano y comprobaremos si *Jorge* está en ellos.

Entraron en las habitaciones que tenían la puerta abierta, pero no había nadie durmiendo allí. Se acercaron a una puerta cerrada y escucharon. ¡Alguien roncaba allí dentro!

—No es *Jorge* —dijo Dick—. De todos modos, ella debe de estar encerrada y esta puerta tiene la llave por dentro.

Fueron hasta la puerta siguiente, que también estaba cerrada.

Alguien respiraba dentro acompasadamente.

—No es *Jorge* —volvió a decir Dick.

Continuaron hasta el siguiente tramo de escaleras. Había cuatro habitaciones más, dos de ellas sin amueblar.

Las puertas de las otras dos estaban entreabiertas y era claro que había gente durmiendo en ellas, porque una vez más se oía una profunda respiración.

—No parece que haya más habitaciones —observó Dick con desmayo, después de iluminar cuidadosamente el último rellano—. Bueno, ¿dónde está *Jorge*?

—Mira, ahí hay una puertecilla de madera —murmuró Julián en la oreja de Dick—, una puerta que conduce al cuarto de la cisterna.

—No estará tampoco ahí —repuso Dick—. Pero, espera… Hay un cerrojo muy grande en la puerta. Y los cuartos de la cisterna no suelen tener cerrojos, ni siquiera cerraduras. Éste no tiene cerradura, pero sí cerrojo.

—¡Chisss… no tan alto! —advirtió Julián—. Si, es extraño, lo reconozco. Pero, ¿cómo podemos intentar abrirla sin despertar a la gente que duerme en las otras habitaciones?

—Cerraremos sus puertas sigilosamente y echaremos la llave —propuso Dick, excitadísimo—. Yo mismo lo haré.

Y así lo hizo. Ajustó la puerta en silencio. Cerró la primera y luego la otra, habiendo sacado previamente las llaves del interior. Aparte un ligero «clic», que se oyó al sacar la segunda, todo marchó sobre ruedas. Nadie se movió en las dos habitaciones y los muchachos respiraron tranquilizados.

Volvieron ante la pequeña puerta de madera de enfrente. Empujaron con cuidado el cerrojo, temerosos de que chirriara, pero no lo hizo. Por lo visto, era bastante nuevo y se deslizaba con facilidad. La puerta se abrió hacia afuera, con un leve crujido. En el interior reinaba la oscuridad y se oía el gotear del agua en la cisterna.

Dick encendió su lámpara, pero la apagó en seguida. Acababa de ver algo que le hizo dar un vuelco al corazón. Allí había un colchón pequeño, tirado en el suelo y con alguien encima, envuelto hasta la cabeza con la sábana. Julián también lo había visto y pasó su brazo por el hombro de Dick. Temía que no fuera *Jorge*, sino cualquier otro que pudiera dar la voz de alerta, o incluso otro prisionero.

Pero *Tim* supo en seguida de quién se trataba. El perro corrió al

instante, lanzando un suave gemido, y se lanzó como un bólido sobre la figura durmiente.

Dick cerró la puerta de la cisterna, temiendo que se oyera el ruido. *Tim* podría ponerse a ladrar o *Jorge* a gritar de un momento a otro.

La figura «ensabanada» soltó un gruñido y se incorporó. La sábana resbaló y empezó a verse el cabello rizado de *Jorge* y su cara perpleja.

—¡Chisss…! —susurró Dick levantando el dedo en señal de imponer silencio.

Entre tanto, *Tim* lamía a *Jorge* de pies a cabeza, lleno de alegría, pero extrañamente silencioso. ¡Qué listo era el perro! ¡Sabía de sobra que aquélla era una de esas ocasiones en que la alegría debía ser muda!

—¡Oh *Tim*! —exclamó *Jorge*, mirando a su perro cada vez que podía—. ¡Oh *Tim*! Te encontré tanto a faltar… ¡Oh *Tim*, mi querido y adorado *Tim*!

Dick permanecía junto a la puerta cerrada, escuchando por si alguien se movía en las otras habitaciones. Nada en absoluto. Todo en silencio.

Julián se acercó a *Jorge*.

—¿Estás bien, *Jorge*? —preguntó—. ¿Te han tratado bien?

—¡No mucho! —contestó la niña—. Pero confieso que yo tampoco me porté muy bien con ellos. Les solté gran cantidad y mordiscos, hasta que me encerraron aquí.

—¡Pobre *Jorge*! —se compadeció Julián—. Bueno, ahora hemos de salir. Ya nos lo explicarás cuando estemos fuera. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte. ¿Puedes venir con nosotros?

—¡Claro! —contestó *Jorge* incorporándose del colchón. Estaba vestida con un raro conjunto de trapos que le daban un aspecto muy especial—. Aquella vieja antipática, la madre de Gringo, me dio estos pedazos de ropa cuando me llevaron a la carreta. ¡Demonio! ¡Si supierais cuánto tengo que contaros!

—Silencio —ordenó Dick—. Ni una palabra más. Voy a abrir la puerta.

La abrió lentamente. Todo continuaba tranquilo.

—Ahora bajaremos las escaleras. ¡Sin ruido!

Y así lo hicieron mientras recorrían el primer tramo de la escalera. Llegaron al enorme descansillo. Luego, en el justo momento en que Dick ponía su pie sobre el primer escalón del siguiente tramo, pisó algo blando, que chilló y arañó. Era el gato.

Dick se cayó escaleras abajo y *Tim* no logró contenerse. Persiguió al gato escaleras arriba hasta el cuarto de la cisterna. No pudo evitar ya sus ladridos en la persecución.

Se oyeron entonces ruidos en las habitaciones cercanas y aparecieron dos hombres en pijama. Uno de ellos encendió la luz de la escalera y ambos se precipitaron escaleras abajo, persiguiendo a los tres niños.

Dick se levantó, pero se había torcido el tobillo derecho y no podía seguir corriendo.

—¡Corre, *Jorge*! Yo ayudaré a Dick —gritó Julián.

Pero *Jorge* también se detuvo. Y en un santiamén, los dos hombres los alcanzaron. Agarraron a Dick y a Julián y los metieron en la habitación más cercana.

—*Tim, Tim* —gritó *Jorge*—. Ven a ayudarnos, *Tim*.

Mas antes que *Tim* llegara, saltando escaleras abajo, *Jorge* también fue atrapada y arrastrada dentro de la habitación. Y la puerta fue cerrada.

—¡Cuidado con el perro! —advirtió uno de los hombres al otro —. ¡Es peligroso!

Tim lo era, ciertamente. Llegó gruñendo y rabioso, con los ojos brillantes, mostrando sus dientes furioso.

Los hombres huyeron a otra habitación, cerrando la puerta. *Tim* se lanzó contra ella, con rabia y fiereza, ladrando y gruñendo de manera terrible. ¡Si pudiera agarrarlos! ¡Ay, si pudiera!

Capítulo XXI

¡ALGO TOTALMENTE INESPERADO!

Pronto se armó un gran alboroto en aquella vieja casa. Los que dormían en el piso de arriba se despertaron y encontraron sus puertas cerradas, por lo que se pusieron a golpearlas furiosamente. Los tres niños gritaban y pataleaban en la habitación de la planta baja, y *Tim* parecía loco, ladrando y gruñendo.

Únicamente los hombres que estaban en la habitación contigua a la de los niños guardaban silencio.

Se sentían atemorizados con los gruñidos feroces del perro. Hubieran deseado encerrarse, pero la llave había quedado en el lado exterior y no se atrevían a abrir, ni siguiera para alcanzar la llave.

Pronto se cansaron los niños. Dick se sentó exhausto en una silla:

—¡Maldito gato! ¡Estúpido animal! ¡Viejo y asqueroso! ¡Demonios fritos! Lo pisé, me arañó hasta los huesos y, por si fuera poco, me hizo caer escaleras abajo, haciéndome torcer el tobillo.

—¡Y cuando ya estábamos a punto de ponernos a salvo! —se lamentó Julián.

—No puedo imaginarme lo que nos ocurrirá ahora —dijo *Jorge* —. *Tim* está ahí fuera, sin poder unirse a nosotros. Y nosotros no podemos salir a ayudarle porque nuestra puerta está cerrada. Y esos hombres no se atreverán a poner un pie fuera de su cuarto, porque *Tim* está en la puerta.

—Y nosotros hemos encerrado a la gente del otro piso —añadió Julián—. Bien, no cabe duda de que nadie esta libre para ayudar a los demás. De manera que nos quedaremos todos aquí hasta el día

del Juicio Final.

Era evidente que se trataba de una encerrona general. Los únicos que estaban en libertad de salir eran los dos hombres, quienesquiera que fueran, pero tampoco se atrevían a escapar. *Tim* señalaba su presencia continuamente, gimiendo y rascando la puerta de los niños, o bien ladrando y empujando la puerta vecina, como si quisiera derribarla.

—Apuesto a que esos hombres están temblando de miedo —dijo Dick—. Ni siquiera se atreven a salir por la ventana, pensando que *Tim* es capaz de rodear la casa y descubrirlos.

—¡Les está bien merecido! —opinó *Jorge*—. ¡Demonios! Suerte que llegasteis. Confieso que fui imprudente al bajar a *Sally* aquella noche a la perrera.

—Menos mal que lo reconoces —repuso Julián—. Realmente lo fuiste. Los hombres estaban esperando la ocasión de apoderarse de Berta y, desde luego, al verte a ti con su perro, te confundieron con la chica que esperaban.

—Así fue. Echaron un saco por encima de mi cabeza, de manera que no pude ni gritar —explico *Jorge*—. Luché con todas mis fuerzas y fue entonces cuando debí perder el cinturón. ¿Lo encontrasteis?

—Sí —afirmó Dick—. Y eso nos llenó de alegría. También encontramos algunas cosas más: el peine, el pañuelo, el caramelo y, desde luego, la nota.

—Me llevaron en volandas un trecho, hasta un lugar del bosque —continuó *Jorge*—, y allí me metieron en la parte trasera de un coche. Pero tuvieron que dar la vuelta y fue una maniobra difícil. Entonces tuve la idea de ir tirando todas las cosas que llevaba en el bolsillo de mi bata, por si tenía la suerte de que fuerais por allí y las encontrarais.

—¿Cómo se te ocurrió escribir la palabra Gringo en aquel papelito? —preguntó Julián—. Fue una ayuda enorme para nosotros. No estaríamos hoy aquí si no fuera por aquella pista.

—Es que oí como uno de los hombres llamaba Gringo al otro —explicó *Jorge*—. Era un nombre tan poco usual que pensé escribirlo en un trozo de papel y echarlo también fuera. Fue una ocasión que me pareció que ni pintada.

—¡Una idea estupenda! —aplaudió Dick—. Suerte que llevabas lápiz y una libreta de notas contigo.

—¡No lo creas! No llevaba nada de eso encima de mí —repuso *Jorge*—. Fue que uno de los hombres había dejado su chaqueta en donde me encerraron. En su bolsillo encontré lápiz y papel.

—¡Vaya suerte! —exclamó Julián.

—Bien, sigo. Con el coche me condujeron al carromato de una feria —continuó *Jorge*—, pues al día siguiente oí la musiquita típica de los titiriteros. En el carromato había una vieja horrible, que me pareció una auténtica bruja. A ella tampoco le debía de gustar mi presencia. Tuve que dormir en una silla y estaba tan furiosa que empecé a chillar, gritar y a dar tumbos, rompiendo cacharros y todo lo que por allí encontraba. Incluso me divertí, os lo aseguro.

Los chicos se echaron a reír.

—Te creo capaz de todo —dijo Dick—. Y seguramente apartaron el carromato del recinto ferial por temor de que los demás te oyeran. Estoy convencido de que fue entonces cuando Gringo decidió encerrarte aquí.

—Sí. De pronto, noté un movimiento raro y me di cuenta de que el carricoche se iba hacia otro sitio —continuó *Jorge*—. Me quedé sorprendida. Miré por las ventanas y grité mientras pasábamos por las calles de los pueblos, pero parece que nadie encontraba raro oír chillar a una niña. Observé, eso sí, que algunas personas volvían la cara para mirarme, pero nada hicieron. Luego, tras haber seguido por caminos solitarios, llegamos aquí, después de haber atravesado patios y portillos. Como ya os conté, me encerraron para que no alborotara más.

—¿Les dijiste que tú no eras Berta? —preguntó Dick.

—No —respondió *Jorge*—. ¡Claro que no! ¡No faltaría más! Por dos razones: pensé que así no había peligro de que el padre de Berta soltara aquellos secretos, pues vosotros le haríais saber que era yo quien estaba secuestrada y no su amada Berta, por lo que no tenía que temer represalias; y, en segundo lugar, porque mientras yo no revelara mi personalidad, Berta estaría segura.

—Eres una chica estupenda —dijo Julián dándole golpecitos cariñosos en la espalda—. ¡Una chica muy buena! Estoy orgulloso de ti. ¡No hay nadie en el mundo como nuestra *Jorge*!

—¡No seas pelota! —exclamó su prima, aunque íntimamente satisfecha por el halago—. Bueno, ahora ya no tengo nada más que contar, excepto que el cuarto de la cisterna era terriblemente húmedo y que tenía que envolverme la cabeza lo mismo que el cuerpo para resguardarme de la humedad. Y en la cisterna se oían unos ruidos que me asustaban un poco, algo así como eructos, que me hacían exclamar «perdón». Desde luego, sabía que tarde o temprano me rescataríais. Así que no pasé demasiado miedo.

—Pero no te hemos salvado del todo —se lamentó Julián—. Todo lo que hemos conseguido es ser tres prisioneros en lugar de uno.

—Contadme cómo descubristeis que estaba aquí —les pidió *Jorge*.

Los muchachos no se hicieron rogar. Le contaron todo de pe a pa y ella escuchaba emocionada.

—¿De manera que Berta se quedó con *Jo*? —preguntó—. Apuesto que a *Jo* no le gustará.

—No le gustó, efectivamente —confirmó Julián—, pero *Jo* ha sido una buena ayuda. Desearía que estuviese aquí ahora y que pudiese hacernos una demostración de escalada o algo por el estilo.

—¡Quietos, escuchad! *Tim* se ha callado de repente —dijo nerviosa *Jorge*, con la oreja pegada a la puerta—. ¿Qué habrá ocurrido?

Se pusieron todos al acecho. ¡*Tim* no daba señales de vida! Había cesado de gemir y de ladrar. ¿Qué ocurriría? El corazón de *Jorge* latía furioso. ¿Le habrían hecho algún daño aquellos hombres?

Pero de pronto volvieron a oírle, aunque esta vez gimiendo alegremente, con extraña exaltación. Y luego oyeron una voz familiar.

—Dick, Julián, ¿dónde estáis?

—¡Diablos! ¡Es *Jo*! —exclamó Dick asombradísimo—. ¡Estamos aquí! —añadió golpeando la puerta—. ¡Ábrenos, por favor!

Jo abrió en seguida y se asomó sonriente.

Tim entró como un vendaval, lanzándose contra *Jorge*, que por poco cayó al suelo.

Dick salió de la habitación inmediatamente después de haber entrado *Jo*. Todos se extrañaron, pero poco después regresó muy

contento.

—Vamos. Todo está en calma —dijo.

—Sí, pero hemos de tener cuidado. Esos hombres saldrán al no oír junto a su puerta al perro —dijo Julián, recordando que aquellos individuos podían aprovechar la ocasión de que *Tim* estuviera allí con ellos y encerrarlos de nuevo.

—Todo está en orden. No hay tanta prisa —contestó Dick—. Pensé en seguida en ellos. Por eso salí rápidamente para encerrarlos al entrar *Jo* aquí. Ahí se quedarán hasta que mandemos a los policías a buscarlos mañana por la mañana. Podrán detener a toda la colección, incluyendo a los individuos de arriba.

—Estoy seguro de que a la policía le interesará registrar toda la casa, incluso el sótano —manifestó Julián—. Sin duda alguna, encontrarán muchísimas cosas importantes. ¡Vayámonos ahora!

Se les ocurrió despedirse alegremente de sus carceleros:

—¡Estamos libres! —gritó Dick—. ¡Y vosotros bien encerraditos para que el perro no os ataque!

Y todos juntos emprendieron la marcha, atravesando el vestíbulo, con Dick cojeando a causa del dolor de su tobillo.

—Menos mal que salimos con dignidad —se jactó Julián al descorrer el cerrojo de la puerta principal—. Será mejor que la puerta quede abierta para que la policía entre tranquilamente. No creo que les guste hacerlo también por el portillo del carbón. Ha sido una buena idea tuya el insinuar a los hombres que *Tim* quedaba de guardia. Así ni siquiera se atreverán a escapar por la ventana.

—Hemos dejado muchas luces encendidas —advirtió *Jorge* volviendo la cabeza—. Bueno, no importa. No vamos a pagar nosotros la cuenta de la electricidad. Adelante, *Tim*, la noche oscura nos aguarda.

Bajaron los peldaños de la puerta de entrada y se adentraron en la oscuridad nocturna. Todos se sentían ya a salvo, con *Tim* como guardián fiel.

—*Jo*, dinos cómo llegaste aquí —se interesó Dick de repente—. Te habíamos prohibido venir.

—Lo sé —respondió *Jo*—, pero cogí la «bici» de Ana y os seguí. Esto es todo. Y pasé por la puerta principal que dejasteis abierta.

Fue fácil.

—¡Diablos! Ya notaba yo que había alguien que nos seguía —exclamó Dick—. ¡Y, claro, eras tú! ¡Caradura! Ahora comprendo por qué *Tim* no se molestó en ladrar ni en gruñir. Debió de conocerte.

—Sí, fui yo —afirmó *Jo*—. Os seguí alrededor de la casa, mientras intentabais entrar. Y como temí que nunca veríais la trampa del carbón, quité la tapadera y la puse en el suelo, esperando que entonces os dierais cuenta. Así ocurrió.

—¿De manera que hiciste eso? —preguntó Dick, admirado—. Reconozco que me sentía intrigadísimo, pues sabía que al pasar antes no estaba de aquella manera. ¿De forma que fuiste tú? ¡Merecerías un buen azote, pequeña sinvergüenza!

Jo se echó a reír.

—No podía tolerar que fuerais sin mí —replicó—. ¡Qué estupenda idea tuve siguiéndoos! Estuve esperando junto a la trampa del carbón a que volvierais a aparecer con *Jorge*. Y como tardabais tanto, me metí en la casa. *Tim* me oyó y vino a mi encuentro. Por poco me tira al suelo con la alegría.

—Ya hemos llegado a la verja —intervino *Jorge*—. ¿Qué haremos con las bicicletas? No habrá ninguna para mí.

—*Jo* puede montarse detrás de mi asiento, agarrada a mi cintura —dispuso Julián—. Tú, *Jorge*, monta en la «bici» de Ana. Dejaremos el portón abierto y la policía quedará complacida con tantas facilidades.

Todos bajaron camino de la colina, mientras *Tim* corría tras las ruedas, agitando el rabo, feliz. ¡Había recobrado al fin a su amita! ¡Todo volvía a estar en orden en su mundo perruno!

Capítulo XXII

¡ESTOS CHICOS SON FORMIDABLES!

¡Cuántas exclamaciones de alegría lanzaron Juana y Ana al ver llegar a los cuatro felizmente a «Villa Kirrin»! Eran las tres y media de la madrugada. Juana estaba todavía despierta, pero Ana acababa de acostarse. Dormía en la habitación de Juana para no estar sola y *Sally* también estaba con ellas.

La historia de la aventura fue narrada una y otra vez. Primero Dick, después Julián, luego *Jorge* y, por último, *Jo*. Todos ellos hablaban sin parar, excitados y felices.

Sally corría de uno a otro lado o jugueteaba con *Tim*, pero a veces bajaba su expresivo rabo y quedaba cabizbaja, al recordar que Berta no se encontraba allí.

—¡Santo Dios! —exclamó Dick abriendo los postigos de la sala de estar—. ¡Pero si ya es día! Ha salido el sol. Y yo que estaba convencido de que aún era noche oscura.

—Entonces es inútil que nos acostemos. Venga ese magnífico desayuno en seguida: jamón, huevos, tomates, pan tostado. ¡Ah! Y, además, setas. ¿Tienes setas, Juana? Y todo acompañado de cantidades astronómicas de café caliente, mantequilla y mermelada. ¡Tengo un hambre canina!

Todos descubrieron que también tenían un apetito feroz. Poco después, todo el mundo estaba alrededor de la mesa, tragando como si no hubiesen comido en un mes.

—¡Ya no puedo más! —suspiró más tarde Dick—. Y no comprendo lo que pasa a mis ojos: se me están cerrando.

—Los míos también —aseguró *Jorge*—. Juana, no nos obligarás a lavarnos, ¿verdad que no?

—¡Seguro que no! —contestó Juana compasivamente—. Subid ya a vuestras camas. No hace falta siquiera que os desnudéis.

—Tengo una sensación como si me faltara por cumplir algo importante, pero no acierto qué demonios puede ser —manifestó Julián mientras subía las escaleras—. No logro recordarlo.

Se tiró sobre su cama y se quedó dormido como un tronco tan pronto como su cabeza tocó la almohada. A los dos minutos, todos dormían, excepto Juana. Ésta se entretuvo en dar de beber a *Tim* y luego lo colocó a los pies de la cama de *Jorge*. El perro se quedó arrollado como de costumbre. Juana también se tumbó entonces con la intención de descansar, aunque no quería dormirse. Sin embargo, pronto se quedó dormida.

El sol fue elevándose por el cielo en su carrera diaria. El lechero se acercó como cada día por el camino y colocó cuatro botellas de leche en el umbral. Las gaviotas trazaban sus rítmicos círculos sobre la bahía. Pero nadie se enteraba en «Villa Kirrin».

Por la verja principal entró un coche seguido de otro. Del primero descendieron tío Quintín, tía Fanny, el señor Elbur Wright y… ¡*Berta*!

Del segundo salió el sargento y su ayudante.

Berta corrió hacia la puerta principal. ¡Estaba cerrada! Dio la vuelta hacia la puerta posterior y también la halló cerrada, como asimismo la de la cocina.

—¡Caramba! Tendremos que llamar —exclamó—. Todas las puertas están cerradas.

De pronto se oyeron unos estruendosos ladridos en el piso superior y la cabeza de *Sally* asomó por la ventana de un dormitorio.

Cuando se convenció de que era verdaderamente Berta quien llamaba, se precipitó escaleras abajo y comenzó a rascar la puerta de entrada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están todos? —preguntó tía Fanny, asombrada—. ¡Todas las puertas cerradas y son ya las diez de la mañana! ¡Qué raro es todo! ¿Dónde estarán esos chicos?

—Yo llevo mi llave —recordó entonces tío Quintín. Y abrió la puerta principal.

Sal/y saltó entonces a los brazos de Berta y se puso a lamer su

cara de la frente a la barbilla.

Tía Fanny penetró en el vestíbulo y llamó:

—¿No hay nadie en casa?

No hubo contestación. Silencio absoluto. *Tim* había oído su llamada, pero, al ver que *Jorge* no se movía, optó por quedarse tranquilo también. No quería abandonar a su amita ni un solo momento, ni siquiera para ir al piso de abajo. Tía Fanny recorrió una a una todas las habitaciones de la planta baja.

Nadie en absoluto.

En efecto, no había nadie por ninguna parte. Se extrañó al ver restos de comida encima de la mesa del comedor y, más todavía, al descubrir en la cocina los platos y las tazas sucias. ¿En qué estaría pensando Juana para dejar todo aquello así? ¿Dónde se encontraban todos? No esperaba hallar a *Jorge*, pues sabía que estaba secuestrada, pero ¿dónde estaban los otros?

Subió al piso de arriba, seguida por su marido, Berta y su padre. Todos estaban realmente intrigados. Por fin entraron en el cuarto de Julián. ¡Santo Dios! Pero si estaba allí. Y Dick también. ¡Tumbados de cualquier manera sobre sus camas, profundamente dormidos!

Tía Fanny no podía explicarse aquello. Imposible comprender cómo dormían a aquellas horas. Luego entró en el cuarto de las chicas. Y allí encontró a Ana, también profundamente dormida y… ¡Dios del cielo!, también *Jorge* estaba allí. ¡Pero si la habían raptado! Entonces, ¿dónde? ¿Por qué? ¿Cuándo…?

Se acercó con cuidado hacia *Jorge*, dormida, y la abrazó con emoción. ¡Había pasado tanta pena por ella y ahora estaba allí, sana y salva al fin!

Jorge se despertó. Se incorporó y, pasado el primer desconcierto, se abrazó también a su madre:

—¡Oh, estáis de vuelta! ¡Qué estupendo! ¿Cuándo habéis llegado?

—Ahora mismo acabamos de llegar —contestó su madre—. Pero, dinos, *Jorge*, ¿cómo es que estabais todos durmiendo? ¡Y tú también aquí! Pensábamos que te habían…

—¡Oh, mamá, pobrecita! —interrumpió *Jorge*—. No sabes ni la mitad de la historia, ¿verdad? ¡Pero si también está aquí Berta y su padre! ¡Hurra! ¡Ya estamos todos!

Aún estaba medio dormida y empezó a dudar de si no se trataría de un sueño todo aquello que veía. Pero entonces se despertó Ana y chilló de alegría, con lo que también Julián y Dick salieron de su sueño. Ambos entraron en la habitación, repleta ya, y pronto se armó tal jaleo que Juana y *Jo*, que dormían en la del piso alto, también se despertaron.

Bajaron con cara de sueño. Juana, balbuceando excusas, corrió escaleras abajo para calentar café, pero se dio de bruces con los policías que se hallaban en el vestíbulo. Soltó un chillido de susto.

—Perdone, señorita —dijo el sargento a Juana, a quien sostenía para que no cayera—, ¿es que todo el mundo piensa quedarse arriba? Estamos aquí para custodiar a la señorita Berta.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Juana—. Ya no hace falta ahora. —Se repuso y continuó—: ¿No les telefoneó el señorito Julián la noche pasada, mejor dicho, esta madrugada? Creí que iba a hacerlo.

—¿Para qué? —preguntó el sargento.

—Para hablarles de los secuestradores. Todo ha terminado bien —explicó Juana a los dos boquiabiertos policías—. Tenemos de nuevo a la señorita *Jorge* con nosotros. ¡Ay! ¡Santo cielo! ¡Esos malvados! Pero, ¿no saben que los tenemos encerrados y esperándoles? ¿No se lo han dicho todavía?

—Vamos a ver, señorita, ¿de qué demonios está usted hablando? —preguntó el sargento, totalmente desconcertado—. ¿Qué es eso tan absurdo que nos cuenta de unos secuestradores encerrados y esperándonos…?

—¡Señorito Julián! —llamó entonces Juana—. La policía está aquí. Usted se olvidó de telefonearles y explicarles lo que pasó esta noche. ¿No sería mejor que fuesen ya a aquella casa para capturar a los hombres? ¿No le parece?

—Ya sabía yo que me olvidaba de algo ayer —dijo Julián dándose un golpe en la frente y corriendo escaleras abajo—. Tuve la intención de avisarles, pero estaba tan rendido que se me fue el santo al cielo. ¡Perdón!

Todos los demás fueron bajando y entraron en el cuarto de estar. *Jo* estaba asustada al ver tanta gente en la casa y de ninguna manera quiso sentarse cerca de los policías.

—Nos acaban de comunicar, señor Wright, que no hay necesidad

de custodiar a su hija ahora —dijo el sargento en tono oficial, aunque algo molesto—. Al parecer, la policía es la última en enterarse de las cosas.

—Bueno, la cuestión es que descubrimos que Gringo, propietario de una feria llamada «Feria de Gringo», recibió dinero por raptar a Berta —explicó Julián—. Pero, por equivocación, secuestró a *Jorge*. Nosotros descubrimos el lugar en que Gringo la había escondido y fuimos a rescatarla anoche. Ahora sigue tú, Dick.

—… Y dejamos allí a Gringo y a sus compinches encerrados en unas habitaciones de la planta baja de aquella casa y a otros dos individuos en un cuarto del piso de arriba. Luego hemos dejado la puerta principal y el portón de entrada abiertos para que ustedes pudiesen entrar fácilmente —continuó Dick—. De manera que no hay que preocuparse mucho, sargento. Hemos procurado que lo tuvieran todo a punto. Nosotros hemos rescatado a *Jorge*, como pueden comprobar ustedes, y ahora la policía se encargará de detener a los culpables.

El sargento ponía una cara escéptica, como si no creyese ni una palabra de aquella historia. Tío Quintín le golpeó la espalda.

—Bien, despierte, hombre. Se le escaparán antes de que usted los agarre si no reacciona de prisa.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó al fin el sargento en pleno despiste.

—No conozco ni el nombre de la casa ni el del camino que lleva a ella —contestó Julián—. Pero atraviesen ustedes el pueblo de Twining y giren a la izquierda. Es la casa que hay en la cumbre de la colina.

—¿Cómo descubrieron todo esto? —se atrevió por fin a preguntar el sargento.

—Es demasiado largo para explicarlo ahora —contestó Dick—. Escribiremos un libro contándolo todo y le dedicaremos un ejemplar. Lo titularemos… lo titularemos… ¡Hum! ¿Cómo lo llamaremos? Vosotros, ayudadme. Fue una aventura muy especial, terminó con todos roncando en las camas.

—¡Necesito café! —gruñó el tío Quintín—. Creo que hemos hablado bastante ya. Ustedes vayan ahora por los secuestradores, buenos hombres.

Los policías desaparecieron rápidamente. El señor Elbur Wright, radiante de felicidad, tenía a Berta sobre sus rodillas.

—Bien, esto es un auténtico «final feliz». Gracias a Dios, podré llevarme conmigo a mi pequeña Berta.

—¡Oh, no! —sollozó Berta ante la sorpresa de su padre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Papaíto, sé bueno y déjame quedar aquí —imploró Berta—. Estos niños son «marravillosos».

—¡Maravillosos! ¡Maravillosos! ¡Maravillosos! —contestaron todos a coro.

—Déjela que se quede si lo desea —intercedió tía Fanny—. Pero esta vez como chica, no como chico.

Jorge soltó un suspiro de alivio. ¡Eso estaba mucho mejor! No le importaba tener a Berta como niña, aunque fuera tan tontaina.

—¡Guau! —interrumpió repentinamente *Tim*, sobresaltando a todos.

—Dice que está muy contento de que te quedes, Berta, porque entonces la perrita *Sally* también se quedará —tradujo Dick—. Así tendrá alguien con quien jugar.

—¿Es verdad que enviaremos al sargento un libro sobre esta aventura? —preguntó Ana—. ¿Lo dijiste en serio, Dick?

—Desde luego —afirmó Dick—. Ésta será nuestra aventura número catorce. ¡Y muchas otras que viviremos después! ¿Cómo titularemos este libro?

—Ya lo sé —intervino *Jorge* de pronto—. Ya lo sé: *Los Cinco se divierten*.

Bien. Esto es todo. Así lo titularon y esperan que os haya gustado.

F I N



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] En inglés, «Lesley» y «Leslie» se pronuncian igual (*N. del T.*). <<

[2] En inglés, *spikes* significa «el que tiene puntas». (*N. del T.*). < <

[3] En Inglaterra, los coches circulan por la izquierda y llevan el volante a la derecha. (*N. del T.*). < <